



**El hombre triste
del puerto**

SABRINA BLANCO LAVADO

EL HOMBRE TRISTE DEL PUERTO

Capítulo I : Vida

A través de la ventana se le veía con una figura borrosa.

La persona que alquilaba la casa miró la figura de aquel desconocido que rondaba su casa desde hacía tiempo como si se tratara de un fantasma. Realmente ese hombre del puerto llenaba su ánimo de miedo.

El hombre seguía ahí, mirando en dirección a la casa cuando sabía que ella no estaba en la ventana.

Los ojos de él se clavaron en la fachada. Cada mañana al volver del puerto y cada noche al irse antes de embarcar paseaba iba hasta allí, cubriendo la breve distancia de la lonja.

El pescador se acarició nerviosamente la maraña de su cabello enredado desde hacía semanas. Lo tenía tan largo y descuidado que le llegaba a media espalda. Su descomunal cuerpo estaba embutido en un abrigo raído de un color indefinido entre verde oscuro y negro.

Hacía ya tres largos meses que lo hacía. Iba a observar su mayor joya. Lo único que le importaba. Aquel hogar que se le escapaba de entre las manos.

Creía poder ver las paredes deshacerse, y como si fuera un edificio sin ellas, podía ver lo que Luna hacía dentro. Como cantaba, como susurraba cosas a su pequeña, mientras cerraba la ventana y movía la cuna mirando hacia el mar, donde la había encontrado él hacía tantos años. Donde la había conocido.

Luego la veía coger las caracolas y colocarlas por orden en la mesa, escuchando el CD con música del mar mientras. Las ordenaba según la forma y el tamaño de las conchas y las dibujaba en su pequeño cuaderno a carboncillo. Luna no cocinaba bien, y apenas tenía la casa limpia u ordenada. Apenas hablaba también.

Cuando Ezequiel venía de trabajar siempre se encontraba la casa llena de dibujos con formas oscuras, deprimentes y casi negras, sin vida, y veía a Luna mirando hacia el mar. Sabía que quería irse, pero no cuando.

Todo el mundo le había dicho a Ezequiel que era demasiado confiado por haberse casado con una mujer de la que no sabía nada, pero a Ezequiel Chauntel no le había importado. Lo consideraba escrito por el destino, el hecho de haberse enamorado de Luna.

Ella se quedaba dormida cada noche en sus brazos, tras haber acostado a su pequeña Lucrecia.

Luna no era particularmente hermosa, pero era suficiente para Ezequiel, y más aún. Su piel aceitunada y su mirada perdida era lo que le había atraído. Parecía un ser de otro lugar. Alguien lejana, que no entendía nada porque no quería entenderlo, no porque no pudiera. La había encontrado casi en un naufragio. Que día tan extraño.

Igual que su muerte, todo era extraño.

Su pequeña llamándole por el nombre que apenas los niños que empiezan a hablar tienen para sus padres “Pap...” había sido arrancada de este mundo junto a su madre por aquel accidente. No le había dado tiempo a escucharla susurrar su nombre real ni el que su hija le llamaría para siempre “Papá”.

Luna era un desastre para la casa y como amiga, las había perdido todas. Era lo que el padre de Ezequiel la había llamado tantas y tantas veces “una ruina”. Pero ¿qué esperaban? Luna ni siquiera había hablado con él muchas veces, ¿cómo iba a hacerlos con toda esa gente tan vulgar que poblaba el mundo real, embutidos en sus móviles, sus coches, el gimnasio, las dietas, las tiendas de modas y de videojuegos? Ellos no podían comprender nada. La gente de hoy en día nada veían, nada entendían, nada querían que no fueran esas horribles modas impuestas, esos aparatos, sus ordenadores y teléfonos, sus coches grandes, los auriculares, el dinero. Ezequiel había amado a Luna, porque ambos eran iguales. Ambos amaban lo sencillo, lo que ya no existía, el lado más romántico de una vida que no existía. Luna le llamaba “Inocente”.

—Cántame una de tus canciones de mar, Inocente —decía ella con mucha frecuencia cuando se despertaban y se quedaban mirándose el uno al otro.

Dos raritos. Dos personas.

Tan solo habían tenido una televisión de segunda mano y una vieja cámara de fotos, la que ella traía consigo. De esas fotos que ya ni se revelaban.

Ezequiel tenía el radio que siempre traía consigo. Como su padre había hecho cuando era niño.

Odiaba todo cuanto el hombre moderno podía dar. Odiaba al mundo con toda su alma, ya lo había odiado antes de que su mujer y su hija murieran.

Esa era la venganza del mundo sobre él, el haberle arrebatado a todo cuanto él amaba, y ahora el ver como lo poco que quedaba de ese pasado era disfrutado por manos ajenas.

La casa había sido de dos personas antes de que esta última mujer viniera a vivir a ella.

De una pareja de sádicos ancianos que la tenían tan sucia y descuidada que hacía que Luna junto a ellos fuera la reina de la limpieza, y por un matrimonio cuyo marido maltrataba a su mujer, que salieron de allí por separado. Él para la cárcel y ella a un nuevo destino con sus dos hijos pequeños, dos niños que apenas callaban de llorar.

Ezequiel los había contemplado desde lejos, como si fueran una parte molesta de aquella casa, como si fueran piojos o invasores, unos parásitos a los que había que expulsar.

No le habían conmovido ninguna de las dos historias acabadas en tragedia para esas familias pues la deshumanización había comenzado dentro de él, al alejarse cada día más y más de la civilización, del mundo compartido por todos aquellos que conformaban su familia, sus compañeros, su círculo de trabajo y de ocio. Se había alejado de ellos tanto que ni trabajaba ya con gente. No quería estar con gente, tan solo lo mínimo en su trabajo.

Andaba por las calles más solitarias, y conocía la ciudad de cabo a rabo.

El puerto estaba ya desgastado de tanto sentir sus pasos. Apenas dormía. Bajo sus ojos las dos grandes ojeras comenzaron a devorar sus ojos grandes y oscuros, que habían seducido a su maravillosa mujer una vez.

Luna no había ejercido una buena influencia sobre él, eso Ezequiel lo sabía, podía sentirlo. Pero él la amaba con una sinrazón que poco le importaba a ambos.

Tenía una barba oscura, en la que mechadas doradas filtradas allí por su continua exposición al sol era el único aspecto juvenil que había en él desde hacía tiempo.

También tenía mechadas cobrizas en el pelo.

El hombre del puerto suspiró antes de acabar con aquel acoso insoportable sobre aquel lugar, al que consideraba como un tesoro rescatado del fondo del mar por él mismo el cual le correspondía por derecho y que no tenía.

Por culpa de esos malditos ladrones. No quiso pensar más y se encaminó hacia su nueva residencia, aquel primer maldito primer piso desde el que no

veía más que la punta de la casa que tanto espiaba, que tanto quería.

Ya se iba, pero antes se paró en seco, mirándola con la mirada de un perro herido en el combate, pensando con rencor en quién la habitaba.

¿Qué tenía esa persona de especial? ¿Por qué la vida le había entregado ese precioso lugar? Era un palacio marino, era que todos los demás no podían verlo. Luna se lo había dicho una vez.

Pues él veía a la casa como la había visto Luna, un precioso palacio bajo las aguas, donde fue más feliz, donde podría haber vivido con su ángel durante toda la existencia humana de ella, pues él siempre había sabido que viviría más.

Había nacido para ser un superviviente, solo así se explicaba la suerte que había tenido de haber sobrevivido a lo que lo había hecho. Ese lugar era suyo, de alguna manera.

Su mente dejó escapar una melodía de soledad. Recordaba lo que la gitana le había dicho:

—Recuerda, toda tu existencia será larga, y tumultuosa al igual que el invierno junto al mar, y siempre estarás solo si no cambias el mundo. Tu mundo.

Siempre solo.

No. Algún día tras esa existencia la vería otra vez. Él acabaría muriendo de dolor, de amor, para morir y volver a nacer y reencarnarse en sí mismo y vivir con paz en aquella misma casa. Con Luna de nuevo.

—Luna... —dijo en voz alta.

Fue como un susurro. Como si por decirlo ella pudiera aparecer, como si su sola invocación hiciera que ella saliera de la casa y lo llamara desde lejos para que él dejase de cotorrear con alguno de sus compañeros de trabajo y pudiera volver a estar en casa.

Sentía que todo se lo habían quitado, que lo más sagrado que tenía se había ido con Luna.

Se fue a su nueva casa cuando vio que la nueva inquilina encendía la lámpara de la primera planta. Sabía que dormía en la misma habitación en la que él lo había hecho con su mujer. Esta nueva inquilina era una abyecta, pues disfrutaba de la casa. Se le notaba, sobre todo por el mucho tiempo que dedicaba a las plantas.

Los otros no lo habían hecho. Los viejos siempre estaban de excursión, nunca allí, y apenas atendían la casa, ese era el signo inequívoco de que no la

habían explotado en su potencial. Y la mujer maltratada siempre estaba encerrada en sí misma. Limpiaba el porche y las ventanas, y por ende el interior de su casa mucho más para su familia, pero no tenía tiempo para observar su belleza e intentar de buscar las perlas que nacían dentro de ella, como si fuera una ostra, su poder, su belleza. El poder del mar que le acompañaba.

Sin embargo esta nueva inquilina era diferente.

Siempre estaba sola, pero era una mujer de mundo. Amaba al mundo tanto como él lo odiaba, pero amaba a la casa tanto como él.

¿Acaso el amor de aquella joven mujer podía competir con el que él sentía?

Ezequiel ya había encendido el radio que llevaba.

El equipo local había perdido contra el Zeltaya, su máximo rival.

Cabo Corín, su ciudad marinera, perdía contra el Zeltaya. Todos los bares saltaban a su paso por las calles lluviosas con gritos de dolor y desesperación.

El fútbol, una de las pocas cosas que el mundo tenía de buenas.

Ezequiel observaba en el deporte rey algo que siempre había querido ser, hacer. Había huido de un equipo que le había fichado, uno de primera división.

No aguantaba a las personas, pero sí al deporte. Tristemente el deporte era hecho por personas, por eso él no podía formar parte de eso.

Escuchó voces a su espalda.

—Oh, gracias Luchi —dijo la inquilina.

Oh sí, era su voz, no había duda. Era una voz aguda, una verdadera voz de mujer.

No tenía la ronquera excitante de su mujer Luna, era como si fuera todo lo contrario.

Ezequiel bajó el volumen de su radio. Y se dio la vuelta. Anduvo junto a las vallas blancas hasta que llegó a la altura de su antigua casa y allí de paró, escondiéndose entre las dos vallas de su casa y la del vecino de al lado.

Observó a la mujer que ocupaba su casa por primera vez.

Tenía el cabello rubio, como el dorado de la Navidad que a Luna deslumbraba. Pero lo llevaba recogido en un hermoso recogido de trenzas que tenía poco de usual. Nunca había visto un recogido así.

Sus ojos azules brillaron. Tenía la hermosura que le faltaba a su esposa

Luna. Era como si ella fuera la luna en vez de Luna. No era justo.

Además aquel mundo le había dado su casa a ella, libre del tormento que poseyeron los otros inquilinos.

La vio coger ropa de la mujer que se la traía. Era una mujer como cualquier otra la que venía, tal vez más sensual de las que él estaba acostumbrado a ver, la verdad que nunca había hecho más caso a las mujeres que el del momento, cuando necesitaba verter ese ardor que le atenazaba sus venas afuera, hasta que había conocido a Luna. Había conocido por los puertos cuando se embarcaba de más joven y estuvo en otros países mujeres como ella, las había por todos los lugares.

Era vulgar y buscona.

En el mundo de los marinos era lo único que existía cuando había escalas. Las únicas mujeres que los saciaban. La pasión de los hombres del mar.

Era por el tiempo, eso decían. Ezequiel solía encogerse de hombros cuando oía estas cosas. Como hombre de pocas palabras todo le parecía bien, todos tenían razón. Se la daba para que ellos, los hombres del mundo rieran y le llamaran “amigo” o “compañero” mientras él seguía pescando o comiendo y le dejaban en paz. Si les llevaba la contraria o no alababa su sentido común es cuando se metían con él y con la frialdad de los que ya no son escolares le llamaban “Lobo del puerto”. El sabía muy bien como le veían como a un despreciable lobo de puerto con mirada triste y lleno de pulgas seguramente.

Lo que no sabían era que se duchaba cada día, cada mañana y cada noche, meticulosamente. Porque el agua le recordaba a Luna.

Cuando veía el fondo de un vaso de agua, cuando la observaba caer gota a gota de un grifo mal cerrado. Los riachuelos que sobre el tapón se formaban en su bañera bajo sus piernas a medio depilar. Se las depilaba porque Luna le había pedido que lo hiciera. Desde entonces era normal verle ir a un centro de belleza. Despreciaba tener que hacerlo, pero aún obedecía lo que su esposa le había mandado.

Luego por las noches, también hacía un puzle. O más bien tenía varios puzles empezados en tres mesas plegables que silenciosamente llenaba de fichas, y que las tenía en un pequeño cuartito en el que había habido un ordenador del que se había deshecho, como si quisiera algo con las nuevas tecnologías.... Así pasaba su rato libre. Lo mismo que hacía estando su esposa viva lo hacía ahora estando solo. Luchi, la visitante de la mujer que

ocupaba su casa se tiraba de la chaqueta de cuero negro.

Falda corta, tacones altos, espalda recta.

—¿Cuánto tardarás Virginia?

Ahí estaba.

Ezequiel clavó sus ojos en los labios de Luchi, la vecina con cara de furcia que venía a ver a Virginia, la Usurpadora. En su mente todas tenían un aspecto y un nombre caricaturesco.

'La Furcia'

'La Usurpadora'

Pero ahora esos nombres desaparecían por completo de su mente.

Una ráfaga de éstas que sacudían su pensamiento con Luna pareció subir a la cabeza de Ezequiel, pues vio los labios rojos de Luchi repetir aquel nombre que le hizo estremecer.

—V —i —r —g —i —n —i —a

Virginia.

Luego sintió que algo extraño iba a suceder pero no fue así.

Las hojas de las madre selvas que ya colgaban desde los tiempos de Luna en la casa se movieron, el aire hizo que le moño postizo de Luchi casi volara, la camisa atada a la cintura de Virginia se deshizo.

Virginia era de corta estatura.

—Gracias, me pondré con ello ahora mismo —dijo Virginia metiendo la ropa que su vecina le había dado en una bolsa.

Luchi se fue, mientras la Usurpadora se dirigió al interior de la casa.

Ezequiel miró desde la distancia a la mujer rubia entrar en su casa. Luego observó cómo había puesto más plantas con flores de colores en la ventana que daba acceso al porche, y había trabajado en la pequeña huerta de detrás. Nuevas verduras habían crecido, incluso había calabazas.

Siempre había adorado a las calabazas.

La Usurpadora entonces salió de nuevo llevando algo, y vio al hombre que siempre la estaba observando mirar abiertamente a su portón desde la esquina.

Entre los dos se produjo un silencio egoísta. Nadie quiso decir nada.

Los ojos azules de la Usurpadora se movieron hasta el fondo de la calle, donde estaba su coche rojo aparcado.

Tenía puestos los auriculares y el móvil metido en el bolsillo de arriba de su camisa de rayas azules y blancas.

El hombre triste del puerto miró entonces su casa.

A la luz de esa noche parecía realmente una casa que se sostenía sobre las aguas. La fachada había sido limpiada hacía poco, y las flores que colgaban de las plantas en cada alfeizar le daban un aspecto de etérea belleza a la pintura blanca que nunca había admirado más que ahora.

Algo sucedía en su habitación pues las luces cambiaban de azul a blanca, de blanca a verde, de verde a amarillo, o eso le pareció. No calculó el tiempo, que se había detenido al escuchar el nombre de la Usurpadora como mágicamente.

Aprovechando que el extraño miraba su casa, Virginia frunció las cejas.

“¿Llamaré a la policía ya? ¿Qué hago ahora? Es ese hombre loco”.

Se dirigió al coche, dejando al extraño delante de su casa, algo dentro de ella le hizo volver a su casa a cerrar la puerta mientras se entretenía con lo que debía de traer y no de su maletero.

Varias piezas de su taller de costura.

Varios retales de telas...pero ¿y si aquel criminal (pues apostaría su sello de la suerte a que era un criminal) entraba en la casa?

Pues no fue así.

Se arriesgó a dejarle allí y cogió sin prisa aparente por miedo a que él notase que no se fiaba de él y se enfadara o pudiera hacerle algo las cosas de su maletero tranquilamente. Apagó la música de Enya y cerró el coche desde la distancia, luego con la enorme caja de los retales y la ropa que su amiga le había dado difícilmente podía caminar hacia la casa.

Miró hacia el fondo.

El hombre triste del puerto seguía allí, absorto en las luces de la habitación, que se proyectaban de mil colores.

El ruido de los pasos de Virginia le hizo girarse, justo en el momento en que ella tropezó.

Fue algo realmente mágico, tal vez su primer paso hacia el mundo real, cuando la vio tropezar y le cogió el mismo la caja llena de telas que ella estaba a punto de caer, y de hecho hizo. La Usurpadora cayó ante sus ojos, y un ruido hueco se coló entre el escalón y el golpe, el peso de su cuerpo que cayó de pronto sobre el húmedo hormigón.

—¡Ay!

El segundo estremecimiento llegó hasta Ezequiel.

Y volvió como una tormenta silenciosa cuando comienza con un viento

suave.

Todo en su vida era una tormenta marina, como la profecía decía que su vida sería. Como el invierno sobre el mar. Solo que aún no había comenzado, pero sentía que lo haría en cualquier momento, quisiera él o no.

Ezequiel observó con la caja en la mano, como la Usurpadora se levantaba casi sin fuerzas.

Él se agachó, extendiendo la mano, sin decir nada.

Ella la cogió.

La caja que él tenía en la mano era una de esas cajas compradas en las tiendas de saldo, de tapa roja, transparentes en su base de plástico. Parte de las telas colgaban del enorme brazo de aquel rudo desconocido, y parte en el suelo.

—Gracias —susurró ella débilmente mientras se tiraba de los pantalones vaqueros hacia su base, sacudiéndose de las manchas que el alquitrán de la carretera mezclado con el agua habían dejado en ellos.

Luego quitó las telas del brazo del presunto acosador de su casa, quien seguía mirando la variedad de las luces. Luego algo tiró de él hacia abajo.

Era la Usurpadora, quien cerraba la caja. No volvió a darle las gracias, pues notó la intensidad con que aquel ser estaba pegado a su casa.

Virginia no supo qué hacer.

¿Qué habría hecho su madre en su lugar?

¿Qué, Luis?

Ella seguía peleándose mientras con la tapa.

—Dichosa tapa.

Luego se agachó, mientras Ezequiel siguió mirando las telas de colores. Colores como los que desprendía su casa.

En sus labios un susurro.

—Las telas son de colores, como las luces de mi casa —dijo él mirando la casa de nuevo.

—Oh no es su casa, señor —dijo ella quitándole con una sonrisa fingida la caja.

La Usurpadora fingía una amabilidad que no sentía. Pero cuando le quitó la caja le miró a la cara directamente. Era tan alto que tuvo que subir el rostro. Él tuvo que bajarlo.

Con Luna nunca había sido así.

Ezequiel se aclaró la garganta. Hacía casi tres largos meses que no

hablaba con nadie. Se limitaba a ser un fantasma que vagaba por el puerto. Ese “Lobo” al que todos llamaban así. Eso era.

Eso fue lo que ella vio en sus ojos. Los ojos de un hombre triste, obsesionado, que pertenecía al puerto, a sus recuerdos y a su casa...

¿Y él? ¿El qué vio?

Vio como la hermosa mujer caminaba dentro de lo que él consideraba aún su propiedad. Se veía a través de las ventanas.

Las palabras que él le había dirigido habían roto el silencio de hacía más tiempo del que estaba recomendado. Vio a alguien extraño sonreírle de manera fingida, para luego dejar caer su larga melena tras ella mientras se alejaba, confundida.

Pero esos primeros pasos que ella dio para liberarse, y esos colores aún brillando en la habitación, como el único faro en un mar inabarcable. Sus ojos azules, las palabras de aliento cálido que ese hombre pronunció y que ella sintió contra su frente, fueron como la marca que Dios puso sobre Caín.

La marca que les acompañaría siempre.

Más grande que el pasado de él, más temible que una tormenta que comenzaba.

La tormenta del hombre de ojos tristes.

La tormenta de la costurera Virginia.

—Virginia —dijo él mientras ella caminaba.

La que traía el color, esa era.

—Soy Virginia Iglesias —dijo ella desde la lejanía —¿y usted?

Se quedó mirando a la mujer asomada al porche, y se marchó viéndola agitar las manos.

Quería decirle quién era. Como si tuviera interés en ella, en vez de en la casa.

¿Qué le estaba pasando?

Ella era una mala yerba. No había en ella nada de bueno, ni siquiera por sus colores.

Si Luna hubiera querido tener colores en su casa los habría puesto. Sintió la amarga intuición del olvido sobre su esposa, por esa maldita mujer dentro de su casa.

¡Ojalá hubiera tenido el dinero suficiente para haber pagado la hipoteca y vivir allí!

Sentía que su cabeza se iba llenando de ideas y preguntas, donde antes

no las había habido. Sintió que la curiosidad le arrastraría al día siguiente por la mañana a esa casa, y que no se contentaría con ver la casa sola, que querría ver a esa modista dentro.

Ya era tarde. Se mordió los labios al subir a su barco en el puerto y zarpar. Sabía que había cosas a las que no se podía escapar.

Y la curiosidad que él sentía era imposible de evitar, pero la combatiría aún así.

Virginia cerró la puerta de la casa.

Ahora sí que le daba miedo ese hombre.

Se sentía molesto porque ella viviera allí, era obvio.

Iría a la comisaría, la policía debía de saberlo. Aquel extraño era realmente ¿peligroso? Mientras se ponía el abrigo miró por la ventana.

Él ya se había ido. Luego decidió ir a denunciarle. Se puso el abrigo, pero al salir pensó en él de verdad. No como cuando ves a un perro callejero que pasa, o a la lluvia caer.

Si no que pensó en él de verdad.

Por un momento se detuvo, respiró hondo y decidió liberar su mente de todo cuanto había dentro, como su profesor de yoga le había dicho.

Respiró hondo.

Allí estaba él, delante de ella, con la caja de sus telas abierta, y esa mirada... rota. Rota, esa era la palabra.

Ella necesitaba oírla.

—Rota —se repitió para sí como si fuera una oración.

Dejó caer su abrigo.

Preguntaría por el vecindario quien era. O mejor, le seguiría. Sin duda por la mañana estaría allí.

Recordaba como un día no había estado, y ella lo había echado incluso de menos.

¡Qué extraña era la naturaleza humana!

Capítulo II : Primeros aires

A primera hora él aún no estaba allí. El pescador tal vez no volvería más. Virgina respiró tranquila, aunque en cierto modo aunque tenía miedo estaba decidida a comenzar una persecución al revés, a seguirle, a ver cómo reaccionaba él. El muy cobarde no llamaría a la policía porque tendría causas pendientes. Seguramente las tendría.

Virgina se pasó casi toda la noche arreglando el traje del marido de su vecina Luchi.

Apenas durmió, como Ezequiel.

Tras una larga jornada él volvía, pero no iría a ver su casa, no hoy después del bochorno que había pasado tanto él como la Usurpadora.

Había pescado demasiado. Los peces esa noche parecía que querían acudir. Había soltado los cebos horas antes, y ellos habían acudido como si quisieran ser pescados, salir del mar y ver el mundo. Este pensamiento hizo estremecer a Ezequiel mientras se acercó a la red, alejándose de su tumbona.

No había dormido nada. Se había quedado pensando en esa maldita Usurpadora toda la noche. La veía delante de él adornando su casa, poniéndola lo más hermosa posible.

¿Y si iba y quemaba la casa con ella dentro?

Todo tipo de ideas bestiales le habían cruzado por la cabeza durante esa misma noche. Todo el barco estaba lleno de olor a humo de su pipa. En la lejanía, su punto de referencia era precisamente el campanario del Ayuntamiento, así sabía volver al puerto con tiempo para estar en la lonja de pescado, la subasta comenzaría temprano. Se partía siempre de un precio bastante elevado pero acababan las carpas por los suelos para todo el trabajo que conllevaba.

No había elegido este oficio voluntariamente, había sido al revés. El oficio parece que lo quería a él.

Sacó los peces de su red con cuidado. Las sardinas iban aparte. Había llenado más de cien cajas, estaba mejor que nunca.

—¿Qué tal ha ido Ezequiel?

La lancha motora de Tonio a su lado

No era el único pescador, pues el viejo Tonio siempre lo llamaba para ver cómo le había ido.

Ezequiel solía enseñarle todo cuanto había pescado, pero no decía nada

más. Tonio era el único hombre del que realmente se fiaba en todo el puerto.

Ezequiel subió las redes con sus palancas.

—Oh, veo que has estado ocupado, hijo ¿dime que tienes una sirena que te canta? ¿O tal vez has rezado al Señor para que como a Cristo acudan a ti los pescados?

Le hizo reír.

Una sonrisa se cruzó en los labios gruesos de Ezequiel y sus largas barbas se movieron agitadamente. Se puso la mano delante, como si quisiera ocultarlo.

Primero se ocuparía de los peces más grandes y luego de las sardinas.

Tonio se ajustó bien su gorro azul y siguió su camino. También sonreía. Nadie sabía cómo lo hacía. Jamás había llevado a Luna con él años atrás, pero bromeando Ezequiel siempre decía como Luna le cantaba al mar para cuando él se fuera a embarcar, para que escogiera entre los peces aquellos que quería pescar.

Y él lo hacía. Cada noche susurraba al mar aquello que quería.

Qué manía con esta historia que por otra parte nadie podía creerse....

Le hablaba como a Ezequiel le hubiera gustado que su padre le hubiera hablado. Su padre era un hombre bueno y generoso, pero nunca le había entendido. No entendía que su semblante taciturno y depresivo tenía un motivo: su pérdida de fe en la vida, ya desde joven, y por la partida de su mujer e hija de este mundo siniestro ahora.

Solo en un mundo oscuro y apabullante podía esa mujer ser la dueña de su casa, y el único hombre que le comprendía un viejo de casi ochenta años que no quería parar de hacerse a la mar.

Tonio le leía la mente. Las pocas palabras que había cruzado con él habían sido siempre de comprensión y amabilidad.

—¿Por qué has escogido esta vida, hijo? Ser pescador es el trabajo más duro y peor pagado que existe —le había dicho un día sentados en el puerto a eso de las nueve, cuando ya Ezequiel se iba a embarcar.

Siempre le solía esperar Tonio antes. Era una tradición entre ellos. Ya lo hacía incluso antes de que él se casase. Pero un buen día se levantó y ya no volvió al puerto, pareció olvidarse de su amigo y del café que tomaban juntos allí mismo, que Ezequiel compraba en la máquina de la cafetería más cercana.

Era una pena. Todo cuanto había tenido de bueno se había ido.

Ahora solo tenía una madre que lloraba, un padre que no paraba de preguntarle “¿por qué?” mil veces seguida y un hermano que no quería irse de casa de sus padres divorciado y tan deprimido como él.

El espejo le devolvía la figura de un hombre joven encerrado en ese aspecto desaliñado, un sueldo no tan pequeño como todos creían y una casa ridículamente amueblada y carente de todo.

Nunca comía en casa.

Solo lo hacía en invierno, y ya el invierno se acercaba. Más y más. Cuando se posó de su barco y el inspector vino para apuntar aquello que descargaba el aire sopló y su largo moño se soltó. Ezequiel miró al mar, como si éste quisiera decirle algo.

Y en efecto, parece que murmuraba que habría tormenta. En el fondo, ya el amanecer rompió con fuertes nubes que chocaban unas contra otras.

El primer trueno les asustó a ambos.

Virginia se despertó de su mesa. Había dormido arropada con una manta torpemente en aquella silla mecedora tan antigua. La casa ya la tenía.

Se asomó de nuevo, pero él no estaba.

—Hoy ya no volverá —se dijo a sí misma.

Ahora debería irse a su tienda.

Se preparó un desayuno de esos que ella tomaba, bien cargados. Hizo su café negro, preparó su zumo y su plátano, luego encendió la cadena de la teletienda, no quería sentirse sola y odiaba el resto de noticiarios y programas de la mañana, solo contaban desgracias y los mismos cotilleos de siempre.

Encontró un antiguo documental de dinosaurios en una de las cadenas. Miró la revista de la programación. Claro, era un programa antiguo.

Se quedó allí mirando la tele, pero al segundo trueno la luz se marchó.

Su pecho tembló. Siempre le habían asustado los truenos.

El pecho de Ezequiel también lo hizo, pero se dijo a si mismo que no. Que se iría para su casa.

Acabó la jornada pronto.

Al salir, se quitó el apestoso peto y lo llevó a la lavandería junto al resto de ropa que tenía tan apestosa, mirando en dirección a la carretera abajo.

Si por él fuera encendería su pipa y se iría a esperar a que esa mujer se marchara para mirar su casa, y cualquier día, sin que ella se enterara entraría. No quería líos con las autoridades, pero necesitaba caminar por aquel suelo que era para el terreno santo, como el santa sanctorum del Templo de

Salomón.

Cada mármol, cada cortina y cada mueble estaba diferente, pero la esencia de su esposa allí estaría aún, en cada rincón.

Miró al llegar la altura de la carretera la casa, pero no siguió el camino que el diablo le marcaba. Se dirigió a su casa, necesitaba dormir, tras la larga jornada.

Sintió que no podía aguantar la curiosidad al sentir el agua caer en su bañera. Se sentó y taponó el agujero. Con Luna siempre se había bañado.

Sintió su barba negra y larga, y su cabello caoba resbalar sobre su espalda, mientras en cada gota de agua que caía escuchaba la voz de Luna.

—Oh, Inocente...

Eso le susurraba una y otra, y otra vez, como si fuera ese su verdadero nombre.

Un nombre que Luna le había impuesto no sabía por qué. Pensó en ella, cómo le despedía cada noche, bajo el porche de su casa, con las dos manos a los lados de su cintura, esperando que el aire se calmara, hablando con él.

Por eso se fijaba tanto en el aire. Ezequiel creía poder mirarlo, creía poder detenerlo. Pero ahora no, quería el invierno, lo ansiaba. Siempre lo había amado, desde que era pequeño.

También parecía quererlo Luna.

Lo único que había dicho de las estaciones durante su matrimonio era:

—Cada estación tiene su lugar, pero el viento, ese está en todas, es regido por ellas y a ellas solas pertenece. Ellas le dan la vida, ellas le hacen desaparecer por instantes, para luego hacerle volver suave o fuerte. Le hacen crecer, con ellas mengua o sigue. Lo moldean, lo aman. No pueden vivir sin él —luego le había acariciado el cabello que él ya traía largo.

Siempre había tenido el cabello largo.

Desde que había acabado el instituto con 18 años.

Desde que había dejado el alcohol y aquellas amistades que le hicieron perder la inocencia y cometer actos deleznable. Ahora ya no tenía que ver nada con aquel hombre.

Su pérdida de la inocencia había sido larga y terrible.

—Oh Inocente, deja de buscarme, el momento ha llegado... si no lo haces no cantaré más al mar y los peces no oirán más tu llamada.

La voz era cada vez más y más clara para Ezequiel quien abrió los ojos como si fuera lo más normal del mundo. Eran mezclas de recuerdos, mezcla

de fantasías que para él sin embargo eran tan reales...

Su esposa le hablaba no desde la tumba, sino desde el agua, que era a donde ella pertenecía.

Salió sin el albornoz, y se sacudió el pelo en la misma bañera. Luego buscó a tientas la toalla y se la puso alrededor de su cuerpo, secando la gran mayoría del agua.

Dejó el baño con la luz encendida y buscó en el primer piso vacío de muebles la pequeña estatua que Romano había hecho de ella, su amigo escultor.

Cualquiera que no hubiera podido conocer a Luna la podía ver en toda su gloria. Allí estaba, sentada sobre aquella piedra esperando algo así como lo que esperaba Ezequiel al sentir su barco navegar de noche suavemente, en la mar que quedaba reflejada por los focos leves de su barco, como si Luna fuera a emerger de entre esas aguas donde había nacido, y donde había muerto.

Luna, su verdadero amor.

Ojalá pudiera morir e irse con ella.

Ezequiel se arrodilló ante la figura de mármol. Romano había accedido a retratarles por la amistad que le unía a Ezequiel. Lo veía en la taberna de la esquina, la única que aunque restaurada aún quedaba en el puerto puramente de marineros.

Le había conmovido su historia de cómo conoció a Luna, y de lo que ella era en realidad.

Luna no había querido posar para Romano, pero él se lo había pedido.

Con las dos manos de la joven entre las suyas le había dicho:

—Deseo con todo mi corazón, con mi alma y mi cuerpo. Por todos los días de vida que me queden ya sean cortos o largos que por favor usted pose para mí y que me deje esculpirla en mármol, como entre los Antiguos, como hacían los simples hombres, los pobres artistas sin futuro como yo a los dioses hace miles de años.

Sus palabras le habían gustado a Luna. Ella había mirado al horizonte y luego a él.

—¿Sabe? En la Antigüedad los hombres no eran como usted se cree que eran. Pero sí, lo haré.

—No tendrá que darme nada, será un placer para mí. Su marido es como mi hermano, hermosa criatura —esto último lo susurraba en el oído de ella,

lleno de deseo no por ella sino por el secretismo.

¡Era tan retorcido Romano, como su esposa al permitir que le susurrara!
Romano siempre estaba solo cuando no exponía.

Ni viajaba ni tenía dinero.

Pero cuando lo tenía se iba a gastárselo en mujerzuelas. En drogas, en alcohol.

¿Por qué no?

El mismo lo habría hecho con aquel primer grupo de amigos de instituto de haber tenido valor. Pero algo en su interior le había impedido que lo hiciera. Era tal vez la llamada de Luna.

Todo cuanto era, todo cuanto sería era por culpa de aquella mujer.

Ezequiel se encogió de hombros, visualizando la casa que una vez había sido de ellos en su mente.

—Oh Luna, nuestra casa aún sigue allí, mi amor. Está más hermosa que nunca, ojalá fuera nuestra y estuvieras aquí para poder gozarla conmigo, como antes hacíamos, cuando éramos felices.

Las lágrimas cayeron sobre el rostro de Ezequiel, y al arrodillarse y rodear por la cintura a la mujer que allí estaba esculpida, algo cayó también sobre su pelo. Tal vez era una lágrima de ella.

Echaba de menos su hogar, pero cuando levantó su rostro y miró a la estatua, no. Ella no lloraba. Romano la había esculpido demasiado bien.

Luna no lloraba jamás, pero tampoco reía ni hablaba demasiado. Era como el mar, era parte de él. El mundo jamás lo hubiera entendido. Y su pequeña, Lucrecia.

También había pertenecido al mar. Era la hija de su carne.

La única que había tenido, y ahora toda posibilidad de tener una familia había desaparecido, toda opción de poder estar ahí, en una mesa firme, en un hogar cálido rodeado de confort.

La navidad se acercaba, pero Luna ya no estaba. Otro año más sin ella.

Que dolor, no podría soportarlo.

Pensó en Romano y durante un momento soñó con ser él, al menos podría entretenerse retratando y esculpiendo a todas esas mujeres que pagaban por tener a su merced su propio retrato aún en estos tiempos inciertos, o a los que le pedían que contribuyera a la conservación y a la acción de nuevos encargos para el Ayuntamiento, colecciones privadas o ensayos.

Cuando iba a su buhardilla era solo porque tenía algún trabajo especial.

La buhardilla era de Ezequiel. Pero eso nadie lo sabía. Nadie más en absoluto.

Le tenía arrendado a su amigo la buhardilla. Este era uno de sus secretos, pero más que un secreto él lo consideraba un hecho normal, un pequeño detalle que su familia nunca hubiera adivinado, que él, Ezequiel Chauntel hubiera ahorrado el dinero necesario de aquel que le había dejado su abuelo y lo hubiera invertido en algo productivo.

Para su madre él era el Lobo que realmente todos le llamaban.

Todos le llamaban así excepto Luna.

Ella era la única que lo llamaba algo hermoso, Inocente.

Nadie entendía la razón de por qué su esposa había hablado tan poco. De por qué era un ser tan extraño y distante como el mar. Por arrogancia no era, pues salvo Ezequiel nadie más la consideraba hermosa, y porque su cabeza funcionara mal tampoco, pues su retraimiento tan solo era una cualidad no una tara. Ella era capaz de hacer un puzle de cinco mil piezas en menos de diez minutos. Una vez lo había hecho en casa de su suegra.

La única vez en que Ezequiel la había llevado para que la conocieran.

No había respondido a ninguna pregunta de su suegra, Beatriz, pero sí que había hecho el puzle que su hermano borracho como una cuba y durmiendo boca arriba no había logrado hacer en un solo momento.

—Esta chica no parece normal, Ezequiel —era todo cuanto había concluido su madre —no digo que sea retrasada o tenga algún defecto físico o mental. Pero tiene algo que le impide comunicarse. No puede.

—Si puedo, señora —dijo Luna, su voz sonaba lejana sin embargo —es solo que no me interesa.

Con ese único susurro su madre había temblado.

Ezequiel quien había estado fregando los cacharros esa noche sonrió feliz. Su madre vio su sonrisa de triunfo y vio la maldad en él. Le echó de la cocina primero, de su casa después, y de su vida para siempre.

Beatriz había comenzado una guerra contra Ezequiel y contra Luna desde entonces que nunca cesaría. Y ni aún ahora, con su odiada nuera muerta, había aparecido a presentarle sus respetos. Tan solo su padre le había metido una carta en el buzón.

Su hermano tampoco tenía nada que decirle.

Al principio le molestó, pero ya al final no lo hacía.

Ezequiel deseó ser también Virginia. La Usurpadora. Pero tuvo miedo. Miedo de sí mismo, pues deseaba que le dejara su casa a él y a la figura de su esposa Luna, todo cuanto conservaba de ella, pero si se iba volvería otro inquilino incluso peor como esos que había habido antes.

Y sin embargo...

Ezequiel miró el rostro de la estatua, que le llegaba a la cintura, y besó sus mejillas.

—Oh Inocente....

Su voz era clara como la lluvia que caía en plena mañana.

El cabello de Ezequiel mojado pareció moverse.

Estaba tan tostado por el sol que parecía de Oriente Medio.

Vio uno de los trozos de tela en el suelo.

Eran de la Usurpadora. De cuando ella le había dicho “Gracias”. Ella había roto el silencio al que desde lo de Luna estaba abocado.

Le había hablado, como él a ella.

¿Por qué?

Miro el retal. Era rojo con pequeños dibujos que eran flores. Era tela, la Usurpadora era modista seguramente.

Maldita.

Y sin embargo tras tomarse su café y su bollo y mirar con descaro su nevera vacía se fue a comprar algo de que comer. Fue al súper de al lado y compró latas y sopas de calentar.

Luego varias cervezas para escuchar los partidos y cuando ya se iba miró la carretera deliciosamente empinada que le invitaba a pecar.

Pero no lo hizo. El camino al infierno que esperara.

Su esposa ocupaba toda su atención, aunque no su mente en esos instantes, sino su casa y bajo ella la Usurpadora.

¿Y si se iba y volvían otros que destrozaran la casa? Al menos ella la tenía limpia y ordenada.

Si era modista...había conocido a una modista cuando era pequeño. Su casa siempre estaba llena de retales y de ropa, pero tenía una habitación interior destinada a taller de modas, mientras que el resto de la casa era como una gran juguetería, pues la mujer tenía muchos hijos con juguetes.

¿Cómo tendría esta mujer su casa?

Sabía que los muebles de Luna los habían sacado el matrimonio de cuarentones que habían comprado la casa hacía ya tanto tiempo y que eran

los que la habían alquilado durante dos años muy pronto a los demás inquilinos, a los señores mayores que murieron enfermos y a la mujer maltratada y su familia, hasta llegar a la Usurpadora.

“Si se va, que se vaya” —pensó con frialdad. Pero era un farol, y en el fondo lo sabía.

Subiendo por esa misma carretera si Ezequiel hubiera esperado algo más habría visto a Virginia volver, cargada con una mochila y un carrito de la compra.

“Ah, debería de haber traído el coche, maldita sea”.

Virginia se dirigió a su tienda.

Su querido bajo, más allá de los Arcos. Uno de los lugares más frecuentados de Ezequiel. Fue tan extraño que no se hubiera fijado antes. Pero él era de éstos que cerraba con la cortina los cristales de las cafeterías para que no le miraran tomar el café los transeúntes perfectamente, así que era fácil imaginar cómo jamás miraba al interior de las tiendas a no ser que hubiera algo en el escaparate de alguna que le interesase especialmente.

Así no vio hasta muchos días después a Virginia sentada ante su máquina de coser, y después casi sin aliento el cartel de arriba, sintiendo que el inicial airecillo frío se convertía en uno más intenso que desencadenaría una gran tormenta en poco tiempo, antes de lo que él pensaba.

“La aguja de Guida” decía la tienda.

Ezequiel se escondió en una esquina.

Entraron en la tienda una madre y una niña. Vio como la Usurpadora sentó a la niña sobre el mostrador y le contaba algo muy gracioso imitando a un torpe oso polar, luego a un perro, y luego a una especie de algo...que la niña no lograba atinar, mientras que la madre se sentaba en el puesto de la Usurpadora y cosía algunos de los botones que le quedaron a la Usurpadora.

Era obvio que eran sus amigas, o quizá su familia.

En los días sucesivos por la mañana temprano allí estaba Ezequiel sentado en el banco del parque, con el periódico delante, y veía a Virginia abrir con la cabeza moviéndose al ritmo de la música latina que escuchaba al abrir la gran persiana de su bajo y cerrarlo después.

Iba bien vestida. Con tacones altos ocultos bajo los vaqueros, e incluso botas altas y negras. Cuando se giraba al escuchar los saludos de los ciclistas una gran bufanda roja le tapaba la mitad de su rostro. Pero Ezequiel podía recordarlo bien.

No había vuelto a ver su casa, y eso era lo que más quería.

Sus sesiones de pesca siguieron igual. Estaba ganando un buen sueldo. Lo suficiente para acabar de pagar su barco. La renta de Romano era magnífica para su bolsillo y él apenas tenía gastos. Pero eso no había servido para que pudiera pagar la hipoteca que quedó tras la muerte de Luna.

Luna no producía ingresos pero cuando estaba con ella sus redes se llenaban incluso el doble y se embarcaba durante largo tiempo. Luna hacía que las facturas no les ahogasen, tenía ese secreto que ella hacía, y que llenaba de gozo a Ezequiel. Y sin embargo, ahora, se veía reducido a espiar a una desconocida que no poseía ni magia, ni poder, ni siquiera un buen corazón.

Allí estaba rigurosamente.

Ella tenía bastantes clientes, pero lo hacía todo sola. Ezequiel se iba a dormir y volvía casi a la hora de salir a faenar toda la noche y ella aún estaba allí, trabajando, hasta cerrar y marcharse caminando llena de bolsas, trabajo sin duda que se llevaba a la casa que él sentía que aún le pertenecía para seguir trabajando.

Virginia no se había dado cuenta de que él estaba cerca.

De hecho, apenas lo podía intuir.

Estaba tan centrada en su trabajo, tan absolutamente pendiente que no había nada más.

Virginia era todo lo más centrada, todo lo más real que una mujer de hoy en día puede ser. Pero el tema del desconocido del puerto lo había dejado correr.

Ni le había preguntado a su vecina Belén por ella. No quería saber nada.

La vida y la experiencia le habían enseñado como a veces cuanto menos se supiera de los misterios de la vida, mejor.

El hombre triste dejó de ir, y eso la calmó. Durante muchos días había pensado en denunciarle antes de que la ayudara y le dijera aquella tontería de que la casa era suya, pero ahora comprendió que seguramente sería uno de los antiguos inquilinos que tan mal parados habían salido.

Virginia volvió a llamar a Luis.

Él le había pedido una nueva oportunidad, tal vez ahora quisiera vivir con ella.

Pero ella no estaba preparada aún. Paso a paso, así había sido toda la vida. Aún era joven y podía sacar un par de años para trabajar, para viajar y

prosperar. Aún estaba a prueba en aquel pequeño taller propio que tanto esfuerzo y ahorros le estaba costando.

Ese era el problema. Que Luis no aceptaba que no quisiera vivir en Zeya y sí en Cabo Corín. La había llamado muchas veces confesándole cuanto la quería, y que por favor volviera. Pero el precio de los bajos comerciales en Zeya eran demasiado para ella, en cambio en aquel pequeño pueblecito pesquero había encontrado una paz en tres meses y un negocio que de momento era más rentable de lo que jamás hubiera ni siquiera soñado.

¡Ojalá Luis lo hubiera comprendido antes!

—Si me dejas ahora....

Sus últimas palabras para ella antes de la llamada.

Le había prometido que vendría a verla.

Así lo vio llegar Ezequiel desde el banco, cansado de ver como las gaviotas alrededor de un viejo trozo de carne pululaban.

Dos señoras le miraron y sonrieron al ver su gran figura. Era como un gigante que ocupaba casi todo el banco.

Cuando vio al entrajitado hombre entrar con la Usurpadora todo el odio que fue capaz de sentir lo sintió, sin duda. Ella lo llevaría a su casa, y ambos se regodearían en su casa.

La casa de Luna.

Por lo menos los otros inquilinos no se habían enamorado allí.

Algo hizo que tronara en su interior los gritos de la envidia, del dolor.

Dejó el banco, y su intriga por Virginia cambió en odio, aún más.

Así, se dirigió a la que era su verdadera casa.

Destrozaría cada esquina, no dejaría nada, pero aquel hombre no osaría disfrutar de su casa. No en ese sentido. Sintió en su interior una ferocidad brutal, un fuego que le brotó de los huesos cuando vio a Luis abrazar a la Usurpadora en la distancia.

¡Encima eso! ¡La estaba abrazando!

¿Por qué podía aquella Usurpadora tener amor cuando él había tenido que decir adiós para siempre a Luna?

Así Ezequiel miró su reloj. Aún tardaría un tiempo en regresar a faenar. Y si no iba esa noche, pues no iría, pero esos dos sinvergüenzas no serían felices. Los odiaba porque tenían todo lo que él no tenía.

Y aún así le dio ahora más rabia cuando sintió las risas de Virginia. La mano de Luis sobre sus hombros, le hicieron cosquillas. Ella intentó algo,

pero él no consintió que su zarpa fuera apartada. No había dudas, la quería.

Ezequiel la observó. Su pelo suelto le quedaba mejor que atado. Llevaba un vestido blanco de punto que Luis tapó al ayudarla a ponerse el abrigo negro.

¿Quién no estaría contento de tener a una mujer así?

Faltaban dos horas. Tiempo suficiente para ir a donde se proponía.

Ezequiel tiró las últimas migas de pan a los pájaros que se habían arremolinado a su alrededor.

Los días que más llovía se refugiaba bajo el puente que había al fondo, pero desde donde el taller de costura podía verse de igual manera.

Los primeros vientos de la tormenta llegarían pronto, en efecto.

Miró hacia el mar.

El espíritu de Luna tendría que esperar, si iba a hacer aquello era precisamente por ella.

La acerca cuesta abajo le esperaba. Cruzó por entre el primer paso de cebra, desde la lonja y siguió aún más y más abajo hasta llegar a la casa de la Usurpadora.

Ellos no estaban allí, tal y como había previsto.

Se habrían ido a cenar, pues ella había cerrado la tienda. Tan temprano.

Habían ido a verla la niña y la mujer. Su hermana seguramente y su sobrina. Incluso a ella le había dado Dios una sobrina a quien amar, a diferencia de él.

Ezequiel intentaba no pensar demasiado en su pequeña Lucrecia. El pasado era demasiado reciente, todo cuanto había tenido de ella habían sido unas pequeñas sonrisas que él no dudó en arrebatarse, de tan pequeña como era. Su nacimiento había sido tan feliz para Luna y para él.

Se dijo a sí mismo que si alguna vez volviera a ser padre moriría él en lugar de su hijo. No sabía cómo hacerlo, pero así sería.

Su pequeño bebé, aquel que había nacido y solamente había tenido el día de su nacimiento al lado a Luna y a él, su padre, sin que sus abuelos se preocupasen siquiera en conocerla. Jamás podría olvidar a Beatriz o a su padre. Ni a ese hermano holgazán.

El único que se había preocupado había sido Tonio, que había ido a ver a Luna el último día antes de que dejara el hospital.

Pensamientos, pensamientos.

Le acompañaron hasta que saltó la valla por la parte de atrás, y saltó

amparado ante la farola que de una pedrada apagó de tan baja como estaba la valla blanca de Virginia.

Luego entró en el jardín, y ligeramente agachado se agazapó a la fachada de la casa.

No había nadie, y si ellos estuvieran allí hubiera sido capaz de matarles. Nada en él le avisaba de la crudeza, no tenía brújula, como tampoco tenía conciencia o dolor, miedo o alicientes. Solo se movía por el pasado. Por el pasado que se había erosionado en su corazón como una piedra y le había convertido en una bestia de metro noventa y cuatro más que un hombre.

Se acercó a una de las ventanas del primer piso y miró.

La Usurpadora había quitado las rejas que todo el mundo tenía en sus casas de planta baja para que nadie entrase a robar, como ahora él hacía.

Saltó con la fuerza de un camaleón cuando rompió con la misma piedra de la farola el cristal. Entró en la casa con cuidado. Sus largas piernas enfundadas en sus viejos vaqueros y sus pesadas botas de montaña apenas sintieron nada en el suelo.

La casa emanaba una dulzura inusitada cuando él entró.

No sonó ninguna alarma. Sintió que la Usurpadora lo desafiaba incluso ahora. Dejaba su casa a la merced de que cualquier ladrón entrara. Cualquier vulgar ladrón podría entrar a llevarse los más preciados recuerdos de ella y su dinero, todos sus secretos, sus cosas y los de él en cierto modo desde que la conocía...

Quiso seguir elucubrando, pero el aroma que llegaba hacia él era demasiado real, demasiado dulce y potente como para pensar en el pasado de su vida al menos en ese momento.

Miró a su alrededor.

La Usurpadora había convertido la entrada en un sitio encantador. Pero ¿realmente era esa su casa?

Ezequiel sintió el calor, y se quitó el mojado abrigo, abriendo sus ojos de par en par, no quería perderse nada.

La entrada consistía en una zapatera de madera de roble, por su color. En ella había un pequeño centro de flores naturales. ¿Eran ellas las que destilaban aquella fragancia tan poderosa?

No...esa fragancia era jazmín. La única capaz de seducir y de calmar a la vez.

Había mejores fragancias probablemente, pero no como aquella, que te

deslumbraba por su belleza. Como hacía el rostro de la Usurpadora.

Las flores del jarrón eran rosas rojas. Ni todo su pasado pudo evitar que Ezequiel levantara su mano en dirección a ellas y acariciara sus pétalos con lentitud, mientras clavaba sus ojos en el retrato de Virginia que había en la sala.

Era un retrato de su primera comunión. Uno que seguro la había acompañado siempre.

A su lado, su madre sostenía lo que era su libro de oraciones, estaban abrazadas. Eran casi idénticas.

Los ojos azules, el pelo rubio como el dorado del trigo, la cara de muñeca.

Su etérea figura atrajo a Ezequiel quien se acercó al retrato buscando en ellas, en aquellos dos rostros un por qué.

¿De qué conocía a la Usurpadora?

¿Qué había en ella que le hacía quedarse ahí, plantado pensando solamente en ella, mientras sentía que un gran pulpo emergía del mar y lo arrastraba tierra adentro separándose de aquel bonito retrato que sin darse cuenta había arrancado de la pared?

Un frío recorrió la habitación casi oscura.

Si daba la luz le descubrirían los vecinos. Nadie podría saber jamás que estaba ahí.

Aquella vieja entrometida que vivía justo al lado. La que había odiado tanto a Luna. Maldita vieja.

Ezequiel se acercó a una de las tres ventanas que hacían un redondel por la primera que había entrado de la primera planta. Ahí estaba la vieja, con la televisión puesta a toda pastilla. No se había percatado aún del cristal roto, mejor, pues lo que había venido a hacer lo haría rápido. Romper todo cuanto hubiera en aquella casa.

Sin embargo el aire frío de su ánimo parecía que iba declinando poco a poco.

Sentía que quería hacerlo, y de hecho pudo. Cogió el jarrón con las hermosas flores rojas y lo intentó tirar contra la pared. Pero el retrato aún seguía en su otra mano.

Miró al suelo. Luego los rostros de la Usurpadora y su madre.

Dos caras inocentes y sonrientes se mostraron ante él.

Desesperado miró a su alrededor. La fragancia de jazmín continuaba.

Buscó su origen por el gran salón, y vio los patrones, los diseños de Virginia en su gran libreta, también en su portátil cuando lo encendió, las telas y los patrones desordenados y que sin embargo llenaban el salón de una belleza absoluta, de una luz que antes jamás había estado en aquella casa presente.

A Luna le hubiera encantado.

La creyó sin embargo ver bajando por las escaleras y mirando todo asombrada.

Ese sin color que sentía que había sido tapado por aquella vida que la Usurpadora Virginia había puesto en su casa. El aire frío se recrudeció y su curiosidad creció. Dejó las flores exactamente donde estaban y encendió una lamparita pequeña, poniéndola en el suelo.

Daba la luz suficiente. Luego se acercó al lugar donde las telas descansaban.

Todo el sofá, los atrapa sueños, los cuadros, el mueble bar, los libros, los demás cuadros, las flores secas, todo cuanto había en las estanterías de la pared al fondo, lo llenó entonces de los pétalos rojos de una de las rosas rojas.

—Por ti, Luna

Se despedía así del último recuerdo que no podía tener, pero que sentía que debía de tener.

Fue a la cocina, allí desde donde su esposa había mirado arrebolada el mar tantas y tantas veces. Ya no estaba ella pero sí la mecedora, que Virginia seguramente cambiaba de un lugar a otro.

Había algo en la mesilla enfrente de la vitrocerámica y del lavaplatos.

Ella lo había remodelado todo, la Usurpadora. Había hecho que aquella casa se modernizase un siglo completo.

Algo en la mesa le distrajo. La cocina estaba moldeada de un color rojo que era el que más resplandecía en aquella casa, como las flores de la entrada daban a entender.

Todos los muebles eran rojos, también el diseño de la nevera, la encimera, y la mesa, las sillas. Sobre ellos una gran lámpara de araña de color metalizado brillaba, entre gris y rojo.

—Oh...

Un suspiro arrancado contra su voluntad.

La mecedora pintada de rojo, de su esposa aún estaba ahí.

En esa en que se había sentado para ver al mar y decirle que fuera benévolo con la pesca de su marido, y en la que había dado el pecho a su

pequeña Lucrecia.

La hija a la que apenas había conocido.

El dolor de su pecho creció, pero se mezcló con la contemplación de la nueva belleza que se abría a su paso.

Ezequiel cerró la cremallera de su gran chaquetón tras ponérselo de nuevo y metió la gran foto de Virginia y su madre dentro. Quería llevarse algo de aquella mujer.

Porque ella había embellecido el pasado que él buscaba. Lo había ahogado a la vez, y lo había hecho desaparecer convirtiendo aquella casa en un pequeño tesoro doméstico y acogedor lleno de luz.

Era su hogar, ya no era el de él nunca más. Aunque él sentía que sí.

Que todo cuanto había dentro de esa casa habría sido aprobado por Luna.

Todo era de ella, y por ende de él. Todo cuanto había dentro, no dejaría que fuera profanado. No tenían derecho a ello.

Una libreta llena de palabras escritas en pluma brillaba sobre la mecedora.

Ezequiel la tomó y la leyó a la breve luz de la mampara del horno, sobre la vitro.

—“Poema para ti, que te has ido, Luis y estarás perdido.

De una mujer que vivió lo que yo he vivido”

Leyó el título en voz alta.

Quizá la impresión hubiera sido más corta si lo hubiera hecho en voz baja.

La Usurpadora había escrito una carta o un poema para la antigua dueña de esa silla. La letra era grande y redonda, no estaba inclinada para un lado como la letra de la mayoría de las mujeres. Parecía casi la letra de una adolescente.

“A ti, que una vez te sentaste en esta silla y veías el mar como yo lo veo ahora, mujer de fuego escondido.

Para ti, cuyos mayores tesoros he encontrado en esta casa. La primera mujer en vivir en esta casa:

Puede ser un poema ¿y si lo fuera?

Pero ¿y si no?

A ti te escribo estas líneas, mujer de no cielo, mujer de agua, casi de tierra.

Tuviste como agua a tu madre, de un vientre frío y marino surgiste.

Para amarlo a él, a ese mar que es tu verdadero amor y del que por otro amor aún mayor te desprendiste y por la arena anduviste buscándolo, escuchándolo. Aquel al que yo también me entregaría.

Aquel que a ambas nos dominaría un día.

Visión y realidad, fantasía y más realidad.

Calidez y frío invernal.

Coral azul, coral inconsciente.

De tu rostro fueron tus palabras las que me arrebataron de mi espacio vital, las que me hicieron olvidar.

La voz clama de un inocente.

Sangre no llamada, sangre mezclada pariste, de tu mismo vientre para él la tuviste.

Fue ella la que te dio sentido, la que hizo que volvieras a amar al mar un día.

Yo amo, yo escucho, yo te recuerdo.

Recuerdo sin saber quién eres. Si no, no podría recordarte, sino amarte. Espejo de espejos.

Espejo de mis recuerdos. Recuerdos perdidos que viven, viven y yo puedo sentir sus gritos de dolor, pero nadie más puede.

Gritan que quieren volver, que sobre esas mismas aceras pisaron, sobre estos mismos pasamanos y delante de los mismos portales aún duermen.

Pero su sueño es eterno y yo no puedo soltarles.

Conmigo vienen, sirena, y conmigo duermen.

Yo, que no soy nada más que una existencia cualquiera, frente a ti que fuiste todo aquí.

Yo que no merezco más que la lana, y el dedal. Más que tela, y no sedal.

Donde el sedal vivo, donde el sedal yo muerto.

Luis es su nombre, la ausencia su canción.

Caña que se mueve sobre el agua, caña que me dejará sin más dilación.

El amor te hacía a ti tu amante, sirena.

El mío solo dolor me hace en mi corazón.

Pero tu recuerdo aunque cubro de nuevas luces guardo, en tus pequeñas cosas, sigo cantando sin voz tu canción.

He encontrado el chupete de tu hija, tu flauta, tus dibujos y una cadena que tu amor te dio. Que la lleve, que te recuerde, y que te ame como yo una

vez fui amada por Luis”.

Virginia o Realidad.

Ezequiel clavó al terminar los ojos en el cuaderno.

Era uno de esos cuadernos que tenía un bonito estampado en la portada de dos mariposas que parecían reposar tranquilamente sobre el mar de tapa dura.

Le había costado caro a esa mujer.

Supo entonces que ya no sería la Usurpadora jamás para él. Sino una testigo, la testigo de una gran verdad.

Ezequiel dejó caer el cuaderno entre sus manos para arrodillarse y comenzar a gritar.

Gritó de dolor. Gritó de exasperación.

¿Cómo podía aquella mujer conocer a Luna mejor que él?

Aunque fuera casualidad, aunque el poema estuviera dedicado a su amor, Luis.

Hablaba de una mujer que ella se había inventado, y que sin embargo había vivido allí. Era un poema dedicado a Luna. Que hablaba de ella.

Le hablaba de ella a Luis, su único amor.

El amor de su vida.

Ezequiel sintió dentro, muy dentro, como todo su mundo se había ido.

Se había marchado poco a poco, sin pedir permiso y se había reencarnado en aquella casa que ahora habitaba esa mujer extraña. Esa Virginia.

No era de ella esa casa, era de los dos.

—Luna estás aquí —dijo él tomando el cuaderno. Lo apretó para sí.

Así que aquella mujer tenía guardados estos pequeños tesoros que él no había podido guardar tan grande había sido su dolor al morir su esposa.

Solo Tonio había estado a su lado. Su familia no existía, ya ni recordaba haberles visto.

Pero después de todo había cosas que no importaban a nadie.

Y ¿él? Nunca le había importado a nadie, salvo a Luna.

Ezequiel no había roto moldes, ni corazones pero sí expectativas. Se había labrado su propio camino desde que era joven, y esto le había valido la soledad y el abandono total de su familia.

Sus ojos estaban cargados de lágrimas oscuras. No eran las lágrimas usuales que otros solían verter. Había una mezcla extraña en ellas.

Caían sobre el cuaderno cerrado. Ezequiel puso sus grandes manos en el suelo. Ni siquiera era el mismo que Luna había pisado, pero lo decía exactamente el libro, Virginia había escondido todo cuanto era de ella, había arreglado la casa y se había llevado todo lo anterior, lo que no había podido llevarse él o los demás inquilinos.

Ezequiel buscó entre los cajones de la cocina aquello que le pertenecía, pero no lo encontró. Se desplazó con dolor por las habitaciones como pudo, y miró la habitación que ahora era de Virginia, donde él había estado una vez.

Idéntica cama, distintos muebles dorados, etérea colcha blanca y roja. Paredes casi granates.

Cruzó hacia el baño que comunicaba con esa habitación.

Verde y blanco, la bañera casi redonda. Era otra casa.

Pero la habitación de los invitados, seguía igual. Las dos camas, las alfombras nuevas, los armarios a juego y aquellas muñecas de porcelana mirándole, tan tristes como él.

Sintió voces y metiéndose el cuaderno en su chaqueta se lo llevó también.

Al saltar por la ventana sintió como las luces se encendieron de repente. El cristal roto era muy descarado, ella llamaría a la policía seguro.

Apagó la pequeña lamparilla. De todas maneras la luz de la noche ya comenzaba a filtrarse. El día moría, moría, como moría él por dentro.

Vivía como un autómatas respirando cada porción del aire por simple mecánica.

Nunca había sin embargo intentado quitarse la vida, no tenía valor para hacerlo.

Sintió la voz de Luis.

—Por fin, cariño, estaba cansado.

—Quédate a dormir esta noche, por favor.

Las voces de dos enamorados.

Como una vez había habido en esa casa. Pero sintió que aquel extraño que venía a invadir su casa no tenía derecho a estar allí.

Sí porque él había inspirado esa carta que llevaba consigo, pero no porque él se lo mereciera. Que la Usurpadora lo tuviera allí, no le importaba, pero sí que disfrutara con ella en esa casa.

El solo picotazo de los celos le distraían de su dolor.

Al pasar por delante de la casa de su vecina anciana ésta lo encaró

saliendo brevemente hacia su portón.

—¡Sabía que eras tú gañán! ¿Qué te traes con esta casa? Te he visto rondarla durante casi dos años.

Ezequiel se vio descubierto. No podía huir, la vecina sabía donde vivía. Sabía todo de su vida.

La vieja Raquel lo había sabido siempre todo.

—Dime —dijo ella en voz baja —¿qué has hecho ahora, que fechoría?

—Entré en mi casa, bueno para mí es mía —dijo él con su voz grave poniéndola ante la mujer como si realmente estuviera al acecho.

Pero algo dentro de ella no estaba tan lleno de rabia como él lo había creído.

—Ezequiel, debes olvidar tu obsesión por Luna. Ella ya no volverá —dijo la anciana —¿quieres pasar?

La vieja Raquel siempre había admirado a Luna por su entereza ante las críticas de la gente cuando salía sola a comprar o a nadar al mar, cosa que hacía diariamente y a Ezequiel por las críticas de su padre y su familia.

Raquel sabía todo por la misma Luna.

Era una señora mayor que gustaba de saber cosas raras, únicas.

Lo mismo que era una gran confidente de Luna, apenas lo era de Virginia ni de los otros inquilinos. Pero a pesar de ello con ninguna otra había hablado como con Virginia.

Era extraño como ambas mujeres se superpusieran en su mente y en la de Ezequiel.

—Pasa y cuéntame, Lobo de Mar —dijo ella

—No soy un lobo —dijo él sonriendo con dolor.

Al menos así podría ver qué estaba haciendo Virginia.

—¿Es que tienes algo en contra de los nuevos inquilinos Ezequiel? Vamos, quítate esa chaqueta mojada —dijo ella

Él lo hizo.

Pero sostuvo en las manos antes la fotografía de la vecina y su libreta.

—Oh Ezequiel —dijo Raquel arrebatándole la chaqueta como su madre hacía cuando venía de la escuela mojado —¿por qué haces esto? ¿Te lo has llevado de su casa, no?

—Sí —dijo él enjugándose las lágrimas

Siempre había sido de pocas palabras, aunque más que su esposa.

—Bien, siéntate ahí, estaba preparándome un té, pero a ti te haré un

café, parece que te hace más falta.

—Me embarcaré en una hora —dijo él

—¿No pensarás faenar hoy en ese estado no?

Él se encogió de brazos.

Dejó que la mujer saliera por el largo pasillo y entrara en la cocina situada en el mismo lugar de la Usurpadora, en el lado izquierdo.

En el mismo lado de Virginia...

Pensó que la palabra por la que la llamaba se le diluía en la mente para dejar a ese nombre que ya había oído en algún lugar.

—Ten —dijo Raquel apareciendo luego. Vestía una larga bata de color café con leche.

—Gracias —dijo él bebiéndolo

—Oh, no me digas que esta es Virginia en su foto de comunión, oh — Raquel cogió el retrato y lo movió convulsivamente a medida que se reía.

Ezequiel cogió uno de los churros que había en la bandeja recién hechos y los mojó en el café.

—Sí, es ella supongo. Tenía la misma cara.

—¿Y para qué has robado esto? —le preguntó la anciana señalando el retrato con sus uñas rosas.

Su salón era menos acogedor que el de Virginia.

Tenía las persianas casi bajadas, y la lámpara de pie encendida tras ellos. Había tan poca luz, como mucha en casa de su vecina.

¿Es que se había hecho de noche de pronto?

Afuera el viento soplaba. Una brecha de aire vino a encender el frío dentro de la casa.

Tenía una pequeña calefacción encendida pero no le valía para calentarse demasiado.

—La tormenta está empezando —dijo la anciana yendo a cerrar la ventana que se abrió de pronto.

—Sí que lo está haciendo —dijo él

—No, no me refería a la del tiempo, sino a la que hay en tu corazón — dijo Raquel

—Esa nunca se curará —dijo él mirando el fondo de su taza

—Oh ¿nunca?

—¿Por qué me ayudas? —preguntó él de pronto levantando la cabeza.

Raquel le observó con interés. Parecía un auténtico vagabundo. Se había

descuidado mucho en esos dos años.

—Oh, porque eres mi vecino, y eres un ser humano que necesita buenos consejos. Siempre te veo tan solo... ¿qué vas a hacer con tu vida, Ezequiel?

Raquel tenía la mirada de madre.

Aquella mirada de preocupación que todas las mujeres de más de setenta asomaba a sus ojos. La de los hijos perdidos, no habidos o ausentes escondidos en ti.

Pero no era real preocupación, no podía serlo.

Esa mujer siempre le había odiado.

—Porque eres joven aún, muy joven para tirar tu vida por la borda, Ezequiel. Debes de poder continuar —dijo ella

Él sonrió.

No fue una sonrisa irónica, ni siquiera feliz.

Fue una sonrisa triste.

—Eres el Lobo Triste que todos te llaman, te has sabido ganar la reputación, Ezequiel —dijo ella

—No puedo seguir adelante, no puedo —dijo él —por eso me comporto así. He intentado...

—¿Has ido a algún especialista, hijo?

La anciana Raquel pensaba que no había probado nada, que no había intentado nada.

—Sí, pero me dijo que estoy en negación —dijo él —que no volviera hasta que mi aptitud esté preparada, hasta que la tenga.

—¿Y cuál es?

—Dejar a Luna irse de mí —dijo él apretando el cuaderno contra su pecho —tú sabes muy bien cuanto la quería.

—Y cuánto ella te quería a ti, Ezequiel —dijo la anciana —pero hijo mío —su mano resbaló sobre el brazo del viudo —ya el invierno ha empezado y no podrás hacer nada más por Luna, ni ahora ni nunca.

—¡Jamás la olvidaré! ¡Que Dios me lleve si lo hago! —dijo él llorando más y más.

Tiró la taza de café sobre su ropa, y lloró mientras Raquel le limpiaba.

—¿Por qué tienes entonces el retrato de tu vecina contigo?

—Es mío ahora, al igual que su cuaderno —dijo él

La vieja Raquel vio a aquel gigante llorar. Era tan grande el dolor de aquel pobre diablo como enorme era su figura. Se alejó varios pasos hacia la

cocina, llevando los platos y las tazas sucios.

Luego supo lo que tenía que hacer.

—Yo tenía una hermana, Delia, hija de mi padrastro sola. Y aún la tengo —consiguió que los ojos llorosos de Ezequiel la miraran —ella era deslumbrante a mi lado, pues no compartíamos ni madre ni padre. Ella era como Germán su padre, alta, de ojos verdes y pelo tan negro como el que tenía tu esposa. Era deslumbrante, yo solía quedarme en casa los días de más sol solo porque ella rara y no salía. Tenía una energía innata, un poder de seducción que me atraían hacia ella como si hubiera nacido solo para contemplarla. Recuerdo que una vez fuimos a jugar arriba, al desván, todos mis amigos habían venido a buscarme ese día para salir, pero una vez más le dije que no.

La vieja Raquel apagó la televisión, y ambos quedaron libres del desagradable sonido del programa de cotilleos que ella estaba viendo.

—¿Qué pasó con ella?

—Oh ahora vive en las montañas, pero el caso es lo que pasó aquel día.

—¿Qué?

La libreta de Virginia fue colocada en la mesa pacientemente.

—Mi hermana me llevó al desván. Recuerdo que estaba todo desordenado, y se oía una melodía hermosa, pero rancia, cada vez que saltábamos y la madera crujía. Había sábanas tapando muebles viejos por todas partes, y juegos de niños que ni habían usado porque había estallado la guerra y habían tenido que irse de allí. Entre los juguetes había una peonza de color amarillo, ¡oh! —dijo Raquel llevándose las dos manos a la boca — ¡tendrías que haberla visto! Era la cosa más llamativa y hermosa que yo había visto en toda mi vida. Tenía esa belleza extraña de la ordinariez que de pequeños pensamos que es magia. Daba vueltas como si fuera una pequeña mujer gorda con un tutú amarillo. Mi hermana sabía mejor que nunca como darle vueltas, era un genio. Se pasaba todo el día escribiendo, leyendo y jugando a la peonza. ¡Era le ser más atrayente y extraño que hubieras conocido! Era tal y como Luna era. Parecía como si para Delia mis muñecas no existieran. El caso es que el día que me llevó al desván me mostró aquella pequeña peonza y mi vida cambió. ¡La quería, oh Dios como la quería!

“Ven y cógela” —me dijo mi hermana.

Pero yo había presentido algo extraño. Tras ella o custodiándola había algo malo, seguro. Como tras tantos tesoros en la mitología se esconden

dragones que los custodian, y que solo se hacen ver cuando estás allí. Sin embargo la pregunta era ¿estaba realmente preparada para pagar el precio que me exigía el tener esa cosa prodigiosa? ¿Acaso mi hermana realmente me la daría si yo iba a buscarla?

“¿Me la darás si yo voy a por ella?”

“¡Sí!” –me aseguró Delia

Entonces yo me acerqué. Estaba la peonza amarilla con su cordón tras una figura temible que no era sino una bicicleta de nuestro padre de cuando era pequeño, y entonces respiré tranquila. Creí que todo había sido una tontería de mi hermana para meterme miedo. ¡Nunca pasaba nada emocionante en su vida, así que comencé a pensar que aquello podría ser lo primero! Yo la quería tanto, estaba tan fascinada por ella, que era increíble. Entonces me acerqué a por la peonza. Al cogerla sin embargo noté que mi hermana emitía un siseo extraño. Algo se precipitó sobre mí. Algo oscuro y rápido, que sin embargo tenía una raya blanca en su rabo. Era un gato rabioso que tenía. Me arañó la cara, mientras yo en el suelo gritaba, y le pedía a mi hermana que me ayudara. Pero ella no lo hizo, se limitó a mirarme.

“¿Quieres la peonza o no, Raquel? Si la quieres cógela, ahí está”.

Mi hermana miró la estampa con un diabólico placer. No sonreía, pero tampoco estaba triste o apesadumbrada, ni siquiera arrepentida o con miedo de que me pasara algo. ¿Y yo? Tardé mucho tiempo en quitarme al rabioso bicho que comenzó a maullar de un modo terrible, sus ojos rojos parecían irreales, parecía que era más bien un artefacto mecánico que un gato real, hecho para herirme, pero era muy real. Era un gato enfermo, que se llevó su propia vida con la fuerza que hizo para arañarme y destrozarme la ropa, la cara, y luego mis ojos.

Estuve sin poder ver varios días, y mi madre encontró al gato muerto en el desván. Yo cogí mi peonza, y mi hermana no me la quitó. Pero mi amiga Azucena se empeñó en verme, aunque yo no quería. Si la vieras, era todo lo contrario a mi hermana.

Ella me convenció para que saliera, y pintó mi peonza de verde con sus acuarelas. Después me regaló otro cordón. La peonza fue otra, pero era igual de hermosa, tal vez más, porque daba vueltas alrededor de la hierba en verano cuando todos jugábamos y encontrarla y distinguirla entre el verdín era toda una odisea. Además la poníamos en una tabla para que girase, hasta que caía por otro lugar. Recuerdo la cara de mi hermana, en el desván, donde aquel

endemoniado gato me había atacado, que nos miraba esta vez con expresión de frustración. Ella había perdido, no me había arrastrado a la desesperación, aunque casi lo logra gracias a Azucena. Yo iba camino de convertirme en un ser como Delia, taciturna, solitaria, depresiva, rara. Azucena me mostró el mundo, las cosas hermosas que había en él y cómo podía cambiarlo, lo bueno lo que no cambiaría, y me enseñó la diferencia, cómo podía seguir adelante. Yo lo hice, pero antes me negué durante muchos días. ¡No podía ver nada! Mi cara estaba llena de arañazos, llena de heridas. Algunos aún están ahí.

—Yo no los veo, Raquel —dijo Ezequiel, perdido en el relato de su vecina. Sus ojos echaban chispas

—Claro que no. Son las de mi alma, Lobo Triste —dijo ella

—¿Qué quieres decir?

—Esta historia es muy real —dijo ella —mucho. Tú eres como yo, y mi hermana es Luna.

—¿Qué? Eso no puede ser, Luna no era un ser cruel como tu hermana, ella era tan buena como incomprendida.

—En tu historia falta la persona que te traerá color no obstante, o que ya te lo ha traído, la que te enseñará la vida tal y cual es. Lo bonito que hay en ella, por lo menos lo poco que hay.

—¿Azucena?

—Así es, Azucena.

—Comprendo. Pero no todas las historias son iguales —dijo Ezequiel —no todo cuanto pensamos es correcto. Sé que ves paralelismos entre tu vivencia y la mía con Luna, pero no es igual. Luna era un ser real, extraño como tu hermana, es cierto. Pero real.

—Ambos sabemos lo que era Luna, Ezequiel —dijo ella —y lo que significa esa casa para ti.

—Es mi único hogar, el único al que de verdad he pertenecido nunca.

—No es cierto. La casa donde naciste, ese también fue tu hogar. ¿Tienes frío?

Ezequiel asintió. Pero la hora de irse ya se acercaba, aunque nunca había estado en peor estado para hacerlo. Se cogió el rostro con ambas manos.

—Duerme hoy aquí, te lo ruego —dijo —no estás en estado de faenar, y es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—¿Me viste entrar verdad?

—Te oí —dijo ella —pero sabía que tarde o temprano lo harías. Y dime

¿qué has encontrado ahora?

—A Luna

Realmente Ezequiel estaba obcecado, pero ella ya había visto sus verdaderos sentimientos, sus actos lo delataban, su verdadero interés. Ya comenzaba a radicar en otro lugar, por eso su consciente comenzaba a preocuparse, sentía pavor de olvidar todo aquel sueño que había sido la convivencia con su esposa, ese pasado que era sueño ahora.

Porque el pasado era real, pero pasado.

—¿En dónde está?

—Aquí —dijo él —en las palabras de Virginia.

—¿La nueva inquilina?

Ella le observó.

¿Curiosidad por la mujer tal vez?

Era lo más primordial, el pecado original, la manzana, el jardín.

El macho y la hembra creciéndose y multiplicando. Algo más antiguo aún que la contemplación de los seres como Luna.

Ezequiel asintió y cogió el cuaderno, lleno de palabras negras y grandes según lo poco que pudo ver Raquel sin gafas.

—Sí —dijo él levantándose, sin dejar de abrazar el cuaderno.

Abrió las ventanas, y miró hacia la casa.

Luego se sentó impaciente, y empezó a leer el largo poema que le había escrito a una persona invisible dedicado para su amante, Luis.

La voz de Ezequiel era hermosa cuando bajaba el tono. Perdía todo ese vigor ronco y masculino que tenía estando en vigilia.

—Es hermoso —dijo Raquel cuando él terminó.

—¿Lo ves? Es como si la Usurpadora la hubiera conocido también —dijo él

—¿Así es como llamas a Virginia? ¿La Usurpadora?

Ezequiel se miró las manos, avergonzado. Era como un niño grande. En el fondo era lo que era.

No pudo evitarlo. Por el hijo que no había tenido tal vez, por ese amor dentro de ella que acumulaba durante años y no podía habérselo dado a nadie. Era como una vaca con leche sin que nadie la ordeñe, dolía. Así le dolía el alma y el cuerpo a pesar de su edad a Raquel.

El no haber parido, el no haber dado a luz ni amamantado, ni consolado a un hijo.

Por eso abrazó a aquel hombre joven, grande y escondido en su larga barba y su melena sin fin, con un sonoro abrazo. Olía a jabón Chimbo, al tabaco de frutas de su pipa, a desodorante y espuma de afeitarse.

Era un niño grande, sediento de comprensión, de calor.

—Deja de llamarla así, hijo mío —dijo Raquel —y llámala por su nombre, se merece al menos eso. Virginia es costurera ¿sabes? Tiene una tienda enfrente de los arcos.

—Sí, lo sé —dijo él —la he visto.

Raquel se sentó ante él, en una pequeña banqueta que tenía cerca.

—¿Antes o después de leer esto?

—Después, ya lo sabes.

—Una pregunta idiota para que te rieras... —dijo ella moviendo sus grandes piernas.

Ezequiel esbozó una sonrisa.

—¿Por qué te interesa Virginia?

—Porque vivía en mi casa antes. He envidiado a todos y cada uno de los inquilinos de esa casa con todos sus problemas y sus dificultades porque los nuevos dueños se la alquilaban, y también he odiado a ese matrimonio maldito que es el lo dispone todo para tener a mi casa en alquiler todo el tiempo. ¡Han vivido en mi palacio marino! En el lugar donde nació mi hija, donde me traje a Luna, donde vivimos cada instante del amor más puro, el más real para mí. Ellos han manchado mi casa, y sin embargo, cuando veía a la mujer maltratada con las gafas de sol desde lejos llevar a sus hijos al colegio los días que no he faenado la miraba y pensaba “¿por qué no me pegan a mí, y a cambio me dejan recuperar mi casa?”.

—Y esta chaqueta verde ¿es del mismo color que la que llevaba el anciano que murió, Rafael se llamaba?

—Es casi la misma, sí. Le seguí el día que la compró. Pensé que comprándome una igual me haría recuperar mi casa. Era una manera de sentirme mejor, de luchar por mi hogar en cierta manera.

—Oh, Ezequiel...

—Sí, lo sé. Pero es que estoy tan desesperado...

—Hay algo que deberías saber. El matrimonio que es dueño de la casa, no quiere alquilarla más.

—Entonces —dijo él poniéndose en pie —¿Virginia se irá?

—No, no es eso, hijo. Significa que Virginia quiere comprarla. Con un

préstamo del banco —dijo ella finalmente.

—Oh, pensé que si la vendían a cualquier otro yo podría comprarla, pero al mismo tiempo tenía miedo de que ella se fuera.

—Tienes la cabeza hecha un lío, Ezequiel —dijo Raquel

El se sentó, sintiéndose aliviado en cierta manera. Pero preso de Virginia y su poder.

—Al menos ella no se irá —dijo él —es mi único vínculo con Luna.

—Luna se ha ido, Ezequiel —dijo Raquel —pero en efecto, quizá deberías intentar cultivar una amistad con Virginia de algún modo. Ella no es una mujer mala ni rara, es trabajadora e intenta ayudar a la gente.

—Sí, lo sé —dijo él —he visto como le daba limosnas al señor de la plaza cada vez que abría, incluso le trajo una manta y varias chocolatinas un día. Prefiero que tenga mi casa ella que otra persona.

—¿Y qué te molesta entonces?

En los ojos negros de Ezequiel la sombra de la incomodidad volaba.

—Tiene un hombre con ella.

—Será ese Luis al que le dedicó el poema.

—Me temo que es —dijo él —y ¡Dios como lo ama!

—¿Te molesta eso?

—Sí —dijo él

—Está bien, no te atosigaré más.

—Te agradezco que me dejes dormir aquí, pero tengo que declinar. No permitiré que...

—Oh, no eres una molestia. Yo no estoy esperando a nadie —dijo poniéndose en pie Raquel —iré a abrirte la cama.

—¿No me harás devolverle esta foto verdad Raquel?

La anciana sonrió al subir las escaleras.

Ya estaba comenzando.

“Curiosidad por la mujer confirmada”.

—Depende de ti, Lobo Triste.

Ezequiel miró por la ventana tras respirar largamente.

En pocos minutos ella bajó de nuevo por las escaleras.

—¿Por qué me ayudas?

—Porque siento que sufres mucho, Ezequiel —dijo ella

Los ojos oscuros de Raquel brillaron en la oscuridad, y su pelo blanco y corto se movió conforme ella también lo hacía, ofreciéndole su mano a

Ezequiel.

—Sé lo que Luna era, así que conozco tu dolor —dijo ella

—Era una mujer extraordinaria —dijo él

¿Pero qué estaba evitando? ¿El no hablar con su vecina de la condición de su mujer?

¿Cómo podía saberlo, y de hacerlo, acaso Virginia también lo sabía?

Lo había escrito en su cuaderno, aquel cuaderno que ahora él había robado y que le pertenecía, porque aquellas palabras allí escritas estaban más cerca del alma de Luna de lo que habían estado jamás ningunas otras, ni siquiera las suyas propias. Porque le hablaban a Luna con un lenguaje que ella donde quiera que estuviera entendería.

Sentía su presencia a su lado, a través del agua.

Comenzó a caer lluvia, era fina al principio, pero pareció ir engordando poco a poco y el breve chispeo se intensificó, las gotas fueron creciendo y tornándose goterones que se filtraban a través del cristal débilmente.

Los árboles se movían convulsos.

La luz en la habitación de Virginia apareció, y con ellas los celos irracionales de aquel hombre de cabellos largos que parecía un salvaje. Se imaginó la clase de amor con que esa noche Virginia premiaría a Luis por haber vuelto a ella.

Sintió que la narradora de aquel poema, aquella mezcla entre poesía y carta para una identidad invisible y sin embargo real delante de ella, la de su esposa difunta Luna, dejaría que aquel hombre besara su cuerpo blanco hasta que su piel transparente quedara casi sin forma.

Pues él había visto la figura de Luis.

Era un hombre de fuego.

Había visto esa intensidad en el abrazo de muchos marinos a sus mujeres tras meses de embarcarse, llenos de sed, y se había imaginado aquella posesión de su cuerpo poco tiempo después. Él mismo, mucho antes de estar con Luna lleno de aquella pasión retenida que entrega el mar tras tenerte retenido durante tantas horas o meses si partes en un barco como marinero te entregaba como un triste sacrificio de aquel amor tan imposible que siempre habían sembrado los que pertenecían al pueblo de Luna sobre los humanos.

Su pueblo...

Ella que hablaba tan poco sin embargo le había hablado tanto de ellos...

Y ahora estaba ahí escrito, parte de lo que ella era, su biología recogida en el cuaderno personal de la nueva inquilina de su casa, y si era de verdad que Virginia la iba a comprar también su dueña.

Jamás se hubiera imaginado que algo tan secreto como el final de su esposa demasiado pronto, hubiera surgido ante la vista de los demás.

—Ven, cena conmigo esta noche, Ezequiel —oyó que la voz de Raquel venía de la cocina

—¿Cómo sabes lo que Luna era?

—Ella me lo dijo —dijo Raquel llevando hasta la mesa del comedor el plato caliente

—¿Y cómo puede saberlo Virginia?

—Virginia no es más que una simple chica, Ezequiel, por favor no hagas eso que creo —dijo ella sorbiendo la sopa poco a poco.

Pero vio como los ojos de Ezequiel totalmente perdido en su nueva obsesión miraba alrededor, como si quisiera abatir las paredes con la fuerza de su mirada y llegar hasta la casa de su vecina para postrarse ante ella y observarla con admiración, con miedo, con la fijación de buscar a su mujer a través de ella, de sus palabras, de lo que no sabía casi más de lo que sabía.

Era su única salida, su única solución no obstante si quería volver a trasladarse al mundo real.

Si realmente Ezequiel quería ser amigo de Virginia y su marido, pensando que su amor era sagrado y que a través de él siempre estaría con Luna, en comunión con ella en cierta manera, tal vez debería ayudarle.

Ningún especialista podría hacerlo. Eso Raquel lo había sabido siempre.

Ella había vivido aquella historia demasiado de cerca.

Ignoraba aquel pobre pescador sin honor ni deseo de tenerlo, el cual había perdido todo por Luna, la crueldad de ésta última, la perdición que estaba destinada a traer a los hombres.

No podían hablar entre ellos de lo que Luna era, pero podía sugerirle la solución para curarle.

Era la raza de Luna la de esos seres del mar, en guerra constante con los hombres, con la raza de los Caminantes de Tierra que sin preguntas los habían ignorado siempre, y sin haber matado a ninguno de ellos por ni siquiera haberles visto jamás, se habían apoderado de su reino marino. Odiaban quizá a los hombres porque se habían señoreado con sus armas primero de sus peces, y con sus embarcaciones posteriores de todas sus

especies. No tenían suficiente con gobernar el mundo exterior, con su tierra. También querían la fuente de su ser, el mar.

Con cada pez pescado cada uno de esos espectros marinos de carne iban perdiendo su ser. Hasta que no podían tener más y desaparecían. Por eso juraron aquel pacto.

Perder a los hombres.

Así Luna había perdido a Ezequiel, pero en medio de aquella perdición un amor irrefrenable se había apoderado de ella. Ella murió en aquella tormenta cayendo de la barca de su marido, y él no, pero no su espíritu marino.

Lo que no había conducido a su marido a la ruina primero por haberlo amado, lo conducía ahora, tras su muerte.

Era como si Luna peleara contra sí misma incluso ahora.

Como si su espíritu aún estuviera en conflicto con él mismo. Una parte de él se jactaba de que Ezequiel estuviera sufriendo, pero el otro lo odiaba y le estaba enseñando el camino de encontrarse a sí mismo y ser feliz de nuevo: Virginia.

La historia de las dos niñas, la de ella, Raquel, y su hermanastra Delia se repetía.

Raquel, la niña humana.

Delia, la niña del mar. La hija de un padre del mar.

De uno de los espíritus de aquellas aguas que daban a luz seres de pelo oscuro y piel olivácea, de rostro enjuto y cejas pobladas.

No eran seres hermosos pero eran seres seductores, hipnotizadores, sensualmente amorosos en la intimidad, cuyas palabras eran exiguas en apenas susurros, pero los rumores eran ciertos.

Sus pies tocaban la tierra como si fuera cada paso el último.

Y se decía que tras haber amado a uno de ellos, un huracán de pasión se apoderaba de la mente de su víctima, y su amor imposible destruía al pobre humano, que languidecía entre los suyos solo, loco, arruinado, mientras ellos volvían renovados al mar. Con esa creencia de que habían vengado a su especie en cierto modo.

¿Quién querría la muerte y el descanso para los hombres si podían tener su sufrimiento perpetuo?

Aún así, su madre había caído de unas fiebres. Se había librado de su padrastro muy pronto, más que él de ella. Y su hermana, aquella pérfida niña

se había casado a su vez con otro hombre de las montañas, donde aún vivía.

Ninguna de las dos había tenido hijos. O eso pensaba de su hermana Raquel, porque siendo de su raza, quien sabe.

Ya su padrastro se había encargado.

Raquel sabía que había sido él y su ponzoña marina. Pero ¿qué podía importar? No quería hijos que aquellos seres pudiera pervertir, que pudieran destrozar.

Pero miró a Ezequiel y por primera vez vio esperanza.

—Quizá tú puedas liberarnos a todos —dijo Raquel —esos seres de las aguas a los que pertenecía tu esposa, están todos conectados. Se mueven mediante emociones.

El momento de dejar las cosas claras había llegado.

No podía fingir más. Tanta pasión, tanta desesperación leía en los ojos de Ezequiel.

Ezequiel no era un hombre, era todo un mundo, y ella lo sabía.

Era la humanidad contra el poder primitivo e invisible de los seres de las aguas.

Un amor maldito solo podía borrarse con un amor real.

Él apenas tomó dos sorbos de la sopa.

—Luna me habló de ellos, pero ella ya no era bienvenida allí. Les traicionó por mí.

¿Cuánto puede un corazón amar a otro sabiendo a todo cuanto ha renunciado por él?

No había límites para contar cuánto ni por qué Ezequiel había amado a Luna, pero tampoco para lo que aún podía pasar.

El fuego real, ese nunca lo había sentido aquel pobre pescador.

Aquel que se apodera del cuerpo y de la mente de todo ser humano porque es simplemente real, y que sería capaz de romper el débil poder de los seres del agua sobre los hombres.

Pues los hacía olvidarse.

¿Qué hubiera pasado si en el momento en que Ezequiel había conocido intrigado a la mujer que estaba sentada entre las olas alguien como Virginia le hubiera llamado llevando en sus manos sus bolsas?

¿Ante quién hubiera caído rendido aquel hombre gigante que ante su ventana con las dos manos metidas en los bolsillos tenía su mente centrada en esta nueva mujer que tenía mucho de real y que habitaba su antiguo nido de

amor?

Ya había visto esa semilla plantada.

Cuando ella se había casado. Cuando Joaquín aún vivía.

Hacía tanto que estaba viuda que ya ni lo recordaba.

—Abre la ventana, Ezequiel —dijo Raquel —solo un momento.

Él lo hizo.

—El sonido de muchas gaviotas se apoderó de la estancia.

—¿Luna te lo contó?

—Sí —dijo él —los seres del mar ven a través de los ojos de las gaviotas cuanto ocurre en la tierra. Por eso siempre han sabido todo cuanto hacemos.

—Debes de encontrar la manera de superar esta depresión, Ezequiel. Y debes de vencerles. Si vences el hechizo de Luna sobre ti, lo habrás hecho. Esta guerra desaparecería, como ellos.

—Pero perdería todo cuanto me queda de mi esposa, de mi hija.

Raquel no dijo nada más.

¿Qué podía decir?

Pero las gaviotas rabiosas ante lo que vendría dijeron algo. Algo que ninguno de los hombres de aquella villa marinera entendió, pero que el padrastro de Raquel y Luna sin duda hubieran entendido de estar vivos.

En la cama que su vecina le había dejado aquella noche Ezequiel miró por primera vez en sueños la cara de alguien que no era Luna.

Por fin.

Era como si un hombre diferente. Alguien calmado y demasiado feliz viviera dentro de él.

Su familia también estuvo allí, en sus sueños.

Capítulo III : Vientos de tempestad

—Quédate, te lo suplico —dijo en la cama Virginia extendiendo los brazos desnudos hacia el cuerpo de Luis, que se vestía.

—Me encantaría, Vir, pero no puedo. No hasta la semana que viene —dijo él —hasta la inauguración. Luego seré todo tuyo.

—Recuerda, Luis. Si queremos que lo nuestro funcione esta vez debe de ser diferente. Todo es salvable —dijo ella perdiéndose en el aroma de sus brazos, que se acercaban susurrándole todo tipo de promesas de amor.

Se fundieron en un abrazo.

Era un abrazo real. Aquello era amor, no era algo pasajero por parte de ninguno.

Pero su relación estaba terriblemente desgastada y eso era algo que los dos sabían.

Habían estado juntos demasiado tiempo, y separados aún más, por lo que ahora eran como dos extraños que se amaban, pero cuyas dudas dinamitaban cada instante junto.

—Te amo, Virginia —dijo Luis mirándola tras separarse de ella.

—Y yo a ti, pero el amor no pagará nuestras facturas, ni mi hipoteca —dijo ella mirando hacia el pasillo con miedo.

—¿Qué te pasa? Esta noche has estado...diferente.

—¿Quieres decir que no has disfrutado?

Los ojos azules de Virginia le miraron con un deje de desprecio.

A veces se odiaba a sí misma. ¿Qué tenía contra la gente? Era como si odiara a todo el mundo, era tan déspota y desagradable por momentos...

—Perdóname, Luis. Estoy hecha un lío —dijo ella sentándose en el tocador.

Comenzó a cepillarse la larga melena.

—Me refiero a que estás nerviosa. ¿Es por culpa de la hipoteca? No deberías haberlo hecho —Luis se acercó a su espejo.

Como siempre, no sabía hacerse el nudo de la corbata él mismo.

—Era la única manera de forzarte a estar aquí. Tú quieres estar conmigo, lo sé. Has luchado para no quererlo, pero es lo único que quieres. Antes te quejabas de que no teníamos una casa, pues bien, ahora la tienes.

—No, las cosas no funcionan así, Virginia.

Ella se miró con seriedad su propio reflejo.

Afuera, hacía un aire terrible.

—Puedes ayudarme a pagar la hipoteca si quieres, hace apenas una semana que concreté todo. La hipoteca, la venta —dijo ella— esta casa es ahora mía, y lo será para siempre. Pero si no te gusta puedes vivir en otro lugar.

—Por favor, Virginia —él se sentó tras ella y la abrazó— te dije que vendría a vivir contigo y eso haré, pero los gastos serán de ambos.

No obstante había algo en él que no acababa de estar convencido.

—¿Es por la ciudad?

—Podemos volver a vender y comenzar de nuevo en un sitio distinto para los dos —dijo él.

—Pero Luis, tú seguirás con tu empresa ¿por qué no puedo yo seguir con la mía?

—¿Qué tiene este pueblo que te gusta tanto? Es que no lo entiendo, Virginia.

Realmente Luis era un hombre cosmopolita, como ella lo había sido una vez. ¿Qué le sucedía?

Cuando la miraba solo veía determinación, pero también una bucólica existencia en aquel lugar que no lograba entender. Ella era una mujer diferente antes.

¿Tal vez él amaba lo que ella había sido, no lo que era ahora?

Él sabía que le había perdonado, no del todo.

Cuando le había cogido aquel dinero para jugar. Virginia era leal como un perro en el amor, pero resentida, no olvidaba aunque dijera perdonar.

—Vamos Virginia, aún estás conmigo dolida ¿no es verdad? Aunque te devolví el dinero tú no puedes perdonarme.

Ella se giró de pronto.

—¿Qué no puedo perdonarte? ¿Entonces por qué he permitido que volvieras y he compartido la cama contigo esta noche sino? Claro que lo he hecho. Te acepté en su momento cuando me hiciste aquello, y ahora también lo hago, pero tú no puedes aceptarme a mí. Mi padre tenía un bar en este mismo pueblo, un bar marinero que le arrebataron por los mismos vicios que tú tenías, por eso decidí perdonarte. Y tú me prometiste que viviríamos aquí. Pero cada vez que te beso es como si besara los labios de una estatua vacía. No sientes lo que yo siento, y eso me rompe el corazón. Si yo he aprendido a quererte por lo que eres ¿por qué no puedes hacer lo mismo por mí?

Virginia pensó de pronto en el cristal roto.

Aquel hombre inmundo había estado en la casa. Solo le había hablado a Luis una sola vez de él.

Si supiese ahora que...diría que el lugar es peligroso y que los habitantes de Cabo Corín son todos delincuentes. Si supiera que estuvieron en esa casa y se llevaron su fotografía, eso sería la excusa perfecta.

—No estoy hecha para que ningún hombre me moldee, Luis —dijo ella poniéndose de pie.

No había lágrimas en sus ojos pero sí arroyo.

—Yo te amo —dijo ella —más que a nada, más que a nadie que haya conocido. Has sido el único hombre entre todos los que ha habido en mi vida. Pero si quieres cambiarme, después de aquello que nos pasó, si pretendes dirigirme como a las otras mujeres que conozco que las han cambiado sus maridos o parejas es que no me respetas, Luis.

—Yo también te quiero ¿es que estás ciega? Jamás te he engañado, mujer. Pero no podría vivir aquí. Siento lo de tu obsesión con tu padre, pero ya te dije que lo trataras, no tiene nada que ver con nosotros —dijo él —algo aquí te tiene atrapada, Virginia, es solo que no quieres verlo.

—¿Estás diciendo que debería ir al psicólogo?

—Yo fui cuando lo necesité —dijo él

—Tal vez deberías de volver y quedarte allí, Luis —dijo ella entregándole la chaqueta —por favor, sal de aquí. Cuando quieras volver y me aceptes por lo que soy, por lo que lucho y lo que quiero llegar a ser vuelve, yo siempre te estaré esperando, yo siempre te voy a querer, solo a ti.

Dijo estas palabras tan lentamente que Luis entristecido no supo que contestarle.

La amaba tanto, que le dolía.

Pero desde que se habían conocido por alguna serie de circunstancias nunca habían podido ser ellos mismos, en eso ella tenía razón.

—¿Por qué el amor no es a veces suficiente? Se supone que debería ser lo que todo lo esperara, lo que todo lo pudiera —dijo él adelantándose y cerrando su mano sobre la de su novia.

Un suspiro se escapó de la boca de Virginia.

—No lo sé, Luis —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—¿Tal vez porque para amar es necesario que exista una persona con

todos los sentidos para hacerlo, siendo ellos mismos?

—Y yo no puedo darte eso —dijo Virginia.

—Al igual que no puedo dártelo yo —dijo él —lo siento tanto, Virginia. Tú merecías nunca más. Pero no me pidas que me vaya, no así por favor.

—Y sin embargo ya te lo he pedido —dijo ella

—Pero no puedo estar lejos —él la miró, puso la mano en su mejilla — ¿te das cuenta que no puedo estar sin ti?

—Conmigo no eres tú, Luis. Y si estuvieras aquí sería retenido en un lugar donde tú no quieres estar. Yo he aprendido a amar este pedacito de tierra junto al mar, al menos un pequeño pedazo de él ahora me pertenece a mí, y lo que es mío sería tuyo si tú quisieras.

—Yo estaría dispuesto a casarme contigo mañana, u hoy mismo si con eso te hiciera feliz, ya lo sabes.

—Lo sé, Luis. Pero no se trata de eso, nunca se ha tratado de eso. Y yo aceptaría gustosa ser tu mujer, no puedo imaginarme un futuro sin una familia, pero parece que cuanto más lo intentamos más lejos estamos el uno del otro. Vamos a ser realistas por una vez.

—Odio este lugar —dijo él

—Ya

Afuera el aire sacudió las plantas colgantes.

Incluso la enamorada del muro que ella había traído y que como por arte de magia se había adherido a la parte de su habitación donde hacía tanto tiempo habían dormido todas las anteriores parejas habitantes de esa casa.

Como un resplandor de una presencia única sin embargo Virginia había roto la tradición otorgándose esa habitación matrimonial solo para ella.

Una gran cama cuya colcha era mar y miel para una sola mujer. Miró por la ventana, rompiendo el lazo de su mano con el de su novio y buscó una razón por la que convencer a Luis de que Cabo Corín era el mejor lugar para vivir.

¿Acaso él no veía la belleza, la placidez y la desapasionada luz de aquel puerto que mostraba durante el invierno con cuentagotas?

De repente algo sucedió.

Como si fuera un cuento de suspense.

Allí enfrente, a lo lejos, él la miraba. Ese mismo hombre que había entrado en su casa, de alguna manera lo sabía.

Lo sabía todo. Sabía que él era el que había venido. El hombre triste del

puerto, el que decía que aquella casa era de él.

El que la había ayudado aquel día, hacía ya más de un mes. Sentía temor, pero también una extraña curiosidad que no podía explicarse. Tal vez ya estaba cansada de aquella canción de amor desgastada que Luis le cantaba cada vez que se veían hiriéndola más y más.

Antes de que le concedieran la hipoteca y acordase la venta aquel hombre triste del puerto ya había venido a ella. Y a todos los habitantes anteriores de la casa.

Le miraba con el mismo dolor en su mirada. Ahora comprendieron aquel hombre y aquella mujer la belleza del dolor. Cuando se vieron el uno al otro.

Ella le hizo un gesto con su rostro que Ezequiel entendió.

Él asintió.

No había falta de palabras.

La mujer de rubios cabellos tenía los ojos tan tristes como los suyos. Su ropa se perdía alrededor de la cortina rosa que portaba. Parecía seda.

Conocía el desamor.

Como siempre, como todos.

¿Es que acaso aquel maldito al que se había entregado en cuerpo y alma ya la había herido, o era ella, la que le había arrebatado todo como se lo había arrebatado a él, como en cierto modo la vida al llevarse a Luna?

A pesar de haber llegado a un acuerdo no verbal entre ellos, ni las palabras de Luis, que como un torrente verbal de realidad hablaba de dinero y las ventajas de vivir en la ciudad en vez de en aquel maldito pueblo pesquero o el caer del agua en el grifo semicerrado del baño que quedó tras Ezequiel en la habitación que le había dejado la vieja Raquel fueron oídas por ellos.

Vestido con un polo blanco y básico, y lleno su pecho de toda especie de collares, unos hechos con conchas pero la mayoría de cuero y de piedras de colores, Ezequiel ofrecía un aspecto francamente distinto al desaliño mostrado por él en plena calle.

—Mira por esta ventana, Luis —dijo ella —antes de irte y comprenderás la belleza de este lugar.

Ezequiel vio como ella dejaba el paso libre al hombre que amaba, que se asomó y miró alrededor toda la lluvia, envolviendo el gris del cielo con los altos barcos y las pequeñas casas que eran circundadas por las pequeñas calles de piedras, y las flores que colgaban de las ventanas, el mar tan cerca que casi se podía tocar.

—Es bellissimo... —dijo en un murmullo extraño. Era como si quisiera pintarlo, o retenerlo en una foto...

—Ahora márchate de mi casa —dijo sin mirar atrás Virginia —y cuando estés dispuesto a darme la libertad para ser quien quiero ser vuelve. Te estaré esperando para vivir mi vida contigo, yo siempre te amaré, te lo juro, mi amor.

—Está bien, me voy, pero esto no es un adiós, yo volveré —dijo Luis dejando atrás a Virginia quien se asomó a la ventana pero no miró en dirección a su vecina ni vio de nuevo a Ezequiel, sino al revés.

Se dejó ser observada.

Ella era tan diferente de todas esas mujeres que nunca decían nada, tenía pinta de hablar demasiado. Pero en el breve tiempo que la había conocido Ezequiel sentía que una clase de comunicación mutua había trascendido entre ellos el miedo y había instaurado una confianza plena.

El la observó hasta que se metió en la casa.

La enamorada del muro caía sin piedad sobre ella.

La casa estaba más bella que nunca, y esa mujer era realmente guapa. Nunca había sentido a una mujer así tan cerca.

Ni con Luna había conocido la belleza. Ni la del momento, ni la de los años. Sin embargo ahora, se moría de ganas de hablar con Virginia. Era como si todo comenzara, era como si realmente no estuviera triste o tuviera problemas. Solo se preguntaba a sí mismo si él estaría a la altura de las expectativas de esa mujer.

El goteo del grifo al fin volvió a él.

—¿Y yo? ¿Y yo?

Vio sumergirse en el agua que había dejado correr en la bañera casi imperceptiblemente para darse una ducha la cola de Luna.

Ese talle inconcluso en el que acababa su cuerpo, su imagen real.

La vio perderse en el fondo para salir sonriente.

—¿Y yo?

—Algunas cosas no pueden evitarse —dijo una voz tras él, pero esta era muy real.

Raquel estaba allí.

—Arréglate y ve con ella —dijo —te aconsejo que le devuelvas sus cosas.

—No —dijo él —eso nunca —mi casa es mía.

—Ya sé que no piensas en ella como en una casa, Ezequiel —dijo Raquel —pero ya sabes que el momento ha llegado.

Él no dijo nada más.

Se vistió y desayunó sin prisa.

Cuando salió Virginia ya estaba allí.

Tal y como ella había dicho en su poema. Estaba cubriendo todo cuanto había sido de Luna con una nueva luz. Por lo menos en su cabeza.

Ella traía un trenzado complicadamente hecho. Traía una trenza que comenzaba en la mitad de su cabeza y se extendía hasta un recogido que liberaba su nuca de pelo pero cubierto con una gran bufanda roja como si fuera una niña de parvulario. Sus ojos no resplandecían alegría, pero tampoco tristeza, solo realidad.

Su abrigo era blanco, como si hubiera cogido una capa de esa nieve que ya había comenzado a caer, trayendo consigo las primeras señales de aquel invierno funesto que tapiaría los caminos e incomunicaría la ciudad.

Su mano izquierda lucía con una pequeña bolsa, y en la derecha un paraguas.

Él había dejado su gran abrigo abierto. No quería parecer desarrapado a su lado.

—Buenos días, señor —dijo ella

—Hola señora —dijo él con voz ronca

—¿Está usted acatarrado? —preguntó ella

—Sí —dijo él —es por las corrientes de aire. Los marineros siempre estamos así en invierno —dijo él

Ella sonrió levemente.

Un voto de confianza exagerado, que él no merecía.

Su corazón se detuvo un instante.

—Vayamos a tomar un chocolate caliente —dijo ella —conozco de un lugar.

—Si quiere puedo taparle el pequeño roto que le hice anoche en la ventana

Ella se dio la vuelta violentamente. Sus ojos abiertos, eran dos espejos.

Él los miró.

¿Qué vio ella?

Vio sinceridad, una tan cruda que tal vez no la soportaría, como muchos antes que ella no habían logrado hacer.

Ezequiel Chauntel no mentía.

—Ambos sabemos que fui yo quien entró en nuestra casa, señora —dijo él —pues por favor, permítame llamarla así por un tiempo aún.

Ella asintió.

Juntos se encaminaron hacia la casa.

Afortunadamente Luis había aparcado en el centro, con lo que ya no volvería ni estaría en la casa.

Virginia llegó y abrió la puerta de la que emanó un olor a naranja.

—¿De dónde provienen esos olores?

—De las varitas de oler que dejo, señor... ¿me dice su apellido?

—Chauntel. Mi nombre es Ezequiel Chauntel —dijo él

Era extraño entrar en la casa con aquella mujer.

—Oh ahora entiendo su conexión con el mar —dijo ella

—¿Por qué?

Ezequiel se echó su pelo hacia atrás.

Ella miró su pelo de león. Era un ser exótico y llamativo, tal vez le miraba demasiado.

—Por su significado, significa “cantante”, “canción”... en francés. Es un nombre de mujer.

—Oh

Nunca se lo había dicho nadie. Y su padre no era de Francia.

—Pues le aseguro que ninguno de mis antepasados han vivido allí —dijo él

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Al menos mis antepasados más inmediatos, mis abuelos y mis padres —dijo él

—Entiendo, por favor pase —dijo ella —le quitaré la chaqueta y me arreglaré el cristal, pero quiero que vayamos a otro lugar para hablar.

—¿Tiene miedo por su novio?

—Es usted muy observador —dijo ella encendiendo la calefacción.

La cama estaba sin hacer, y en la cocina Luis había dejado la cafetera encendida.

Ella entró en la cocina e hizo dos.

Ezequiel se quedó pensando en su apellido, y en las canciones de su esposa.

Luna cantando en la cocina.

Al salir, de pronto se topó con aquel hombre de frente.

Era tan alto como una montaña, y su pecho le llegaba a la altura de sus labios. Se movía sin parar.

—Espere, espere...

¡Qué error había cometido! Ese hombre no era más que un vulgar ladrón.

Pero el pensamiento es más rápido que el rayo. Él la observó un momento para pasar a mirar la mecedora.

Aún no se había quitado la chaqueta.

—¿Qué está usted mirando?

—Esa mecedora —dijo él —ahí siempre se sentaba mi mujer con mi hija —dijo él.

El dolor.

Por supuesto.

El dolor de Ezequiel, la desconfianza de Virginia.

Ella ladeó la cabeza y depositó en el sofá de la salita el café, haciendo caso omiso a toda la ropa que tenía allí tirada, en la habitación de al lado, en su lugar de trabajo.

—Discúlpeme —dijo ella —sí, lo siento. La mecedora es de los pocos muebles que quedaron aquí en la casa. Pero puede llevárselo si quiere.

Ezequiel la tocó.

—¿Usted se ha sentado?

Ella no supo que decir.

Era su casa, él tenía razón. Y no porque la hubiese habitado anteriormente o porque tuviese una manía obsesiva con ella, sino porque la amaba.

Notó su amor por el lugar cuando tocó la silla, cuando tocó las barras de la mecedora, y sus curvados pies. La adoró como el sacerdote bendecía el sagrado pan para sus ovejas, como el pequeño perro obedece al mayor, como el cervatillo va junto a su madre, como las gaviotas que charlaban sin cesar encima del tejado donde ambos estaban.

—¿Usted se ha sentado en esta mecedora, señora?

Los ojos del extraño estaban preñados de lágrimas sin verter, pero sus palabras eran corteses, suaves.

—Sí —dijo ella —muchas veces.

—Ahora lo entiendo —dijo él

—¿El qué?

—El que usted haya escrito sobre mi esposa.

—¿Yo? Oh no, señor. Yo creo que no, solo he escrito un poema en mi cuaderno —dijo ella —apenas logro algo de inspiración aquí.

—Pues usted ha visto en ella lo que ninguno de nosotros habíamos visto jamás. La ha descrito como ella era en aquel que sí que escribió. Un único poema para una única mujer —dijo él sacando su cuaderno de su chaqueta.

—Oh así que se lo había llevado usted, señor Chauntel —dijo ella

—Sí —dijo él apartando el cuaderno de las manos de ella —pero no se lo devolveré, este no. Es la única conexión que tengo con Luna, mi esposa.

—¿Así se llamaba? Ah la dueña me había dicho que era Estrella, la primera inquilina.

—Esa mujer... fue la que me robó mi casa —dijo él

—Bueno en realidad fue el banco. Y si le sirve de consuelo también a mí me están robando ahora que estoy haciendo frente a la hipoteca —dijo ella quitándole la chaqueta con fuerza.

Aquel hombre a pesar de su gran fuerza física daba el aspecto de ser un gran y hermoso perro abandonado. Seguro que tenía algún mote así, entre marineros siempre se ponían sobrenombres. De esos que duraban toda una vida.

—Venga a tomarse un café caliente, espéreme en la salita, por favor —dijo ella encendiendo el microondas.

—Gracias

—No hay de qué

—Espere —dijo él —esto sí que se lo devuelvo.

La fotografía surgió entre ellos.

—Dígame, entiendo que se llevara el poema si le recuerda a su esposa, pero ¿por qué la fotografía?

Ella tomó la leche caliente y la sacó en la jarra.

—Porque nunca había visto a una mujer como usted —dijo él sencillamente

—¿Cómo?

—A alguien tan hermosa —dijo él

—¿Ni siquiera a su mujer? —la vanidad femenina se impuso a la vergüenza y el desconcierto.

—No, ni siquiera Luna era como usted, de hecho no podría ni

compararse en ese sentido. Ella era mar, usted es tierra, pluma, realidad.

Uno se perdió en los ojos del otro, y él zanjó la cuestión con una sonrisa, mientras ella dijo:

—No le entiendo

Que ella no le entendiera era lo de menos.

Ambos sabían muy bien que deberían llegar a un acuerdo sobre lo que decir.

Ella observó su jersey blanco a la altura del pecho.

Como buen marinero traía un pañuelo de ancla anudado en la nuca, y muchísimos collares, tatuajes bajo ellos también.

Pero los breves momentos en que se miraron la conexión se estableció. Fue como si todo cayese lentamente a su alrededor. El pasado de él estaba abierto, podía sentir en el viento de afuera, en el agua que caía la frialdad de las manos de Luna, como traspasaba su fantasmal figura las paredes y abría ante ellos esa mano imposible de alcanzar y de derrotar.

El hilo rojo estaba lanzado, y sentía tal vez el agua del aguacero que tomó la forma de un ser extraño ante la puerta para luego desvanecerse en el charco como aquellos cuerpos separados ahora por la educación, por la hermandad y las formalidades de la vida se uniría muy pronto para derrotarle.

Pero nadie estaba a salvo de ello, ni siquiera los seres de las aguas.

El paso de la vida, la inevitabilidad de la muerte.

Mientras fuera recordada, mientras fuera amada por Ezequiel, el Inocente, ella viviría, lo que quedaba de ella. Pero a este paso, el agua dudó de sí misma, y mientras una leve sonrisa se filtraba del rostro de Ezequiel ante la guapa vecina, tan triste como sin embargo nueva, el agua se filtró en un charco mientras recibió a las demás gotas que entraban.

Una gaviota miró el charco, y sus ojos se clavaron en él hasta que cayó del tejado de la casa de Virginia, tal vez demasiado. La comunión había comenzado. Raquel lo supo por eso llamó a la gaviota desde la casa de al lado poniéndole pescado envenenado y la mató. Ya era hora de que todo volviese a su cauce, y que aquella casa al igual que el corazón de Ezequiel fuese libre. Ya estaba bien del dominio de los seres del mar.

Había visto a su madre padecer bajo la mirada extraña de aquel ser de piel bronceada y sensual que sobre ella se derramaba demasiado a menudo sabiendo que la pequeña Raquel les miraba por el ojo de la puerta, dando a su madre una nueva hija, una oscura niña como él, de singular belleza según el

ojo hipnotizado que le mirase, como había sido Luna, como habían sido todos.

La vieja Raquel pisoteó con su bastón a la gaviota que agonizaba.

—Tendrás que buscarte otros ojos

—¿Ha oído eso?

El flirteo entre Ezequiel y Virginia en aquel momento se interrumpió. Quién sabe qué hubiera pasado. Cuando ella apartó las manos del pecho del hombre que había sido su acosador desde hacía tantas semanas que había perdido la cuenta y que había entrado en su casa llevándose su retrato y su libreta de poemas los dos se sintieron violentos.

¿Qué había pasado?

Virginia se asomó a la ventana y vio como desde su porche la vieja Raquel aplastaba algo.

—Raquel está matando algo me parece

—Será una rata, salen muchas a buscar comida por la noche de los barcos —dijo Ezequiel acercándose al cristal roto.

En efecto, en la distancia la vieja Raquel sonreía y empujó algo con el pie.

Pero por alguna razón no quiso saber qué era.

—¿Todavía están en el garaje las cajas azules, el arcón? —Ezequiel se ató el pelo en un alto moño

—Sí, aún siguen allí —dijo Virginia

—Bien, necesito pegamento apoxi, tenía una caja entera antes de que... de que pasara lo que pasó. Veo que tienes aquí los trozos de cristal usados.

—Y la piedra —dijo ella

—No, pero no es posible yo...

—Iré a por el pegamento —dijo ella —¿necesitará adhesivo?

—Claro, hasta que usted me pague un cristal nuevo —dijo ella

El alzó las cejas en señal de enfado.

—Usted entró aquí a la fuerza, tiene suerte que no le haya denunciado. Siempre he sabido que era usted.

—¿Y qué dijo su novio?

—¡El no se dio cuenta!

Ella bajó por las escaleras hasta el garaje, pero se había dado cuenta de algo.

Allí abajo, en la oscuridad, buscando las cajas estaban las pequeñas

pertenencias de aquella primera inquilina cuya mala suerte había sido demasiado famosa en el vecindario, era la leyenda local. Subió el cofrecillo.

Traía una sirena tallada en la empuñadura, parecía tallada a mano, era preciosa.

Ezequiel se sentó a recoger los trozos de cristal. Había roto más de la mitad, luego había abierto la ventana.

¡Estaba tan desesperado!

Miró en dirección a la última de las tres ventanas superpuestas que daban al jardín y vio la máquina de coser, y a su lado varias maletas. Al momento una luz surcó su razón.

Eran de él. ¿Acaso querrían irse?

Ella trajo el pegamento, y Ezequiel se puso manos a la obra.

—¿Esas maletas son de usted?

—No, son de mi prometido —dijo ella —se iba a quedar, pero tuvo un imprevisto y tuvo que marcharse.

—¿Volverá pronto?

Ezequiel quitó el trapo que ella había improvisado en el cristal y el panel de cartón.

—Calentaré los cafés de nuevo, pero sí él volverá. Disculpe, no quiero faltarle al respeto pero esas preguntas son personales, señor Chauntel.

—Lo siento —dijo él reparándole el cristal

Lo hizo lo mejor que pudo, pero no era de esos hombres que supieran hacer muchos arreglos. Lo de él era el sobrevivir a los vendavales y a las circunstancias más adversas incluso en el bosque.

—Tome un café —dijo ella ofreciéndoselo —y ahora explíqueme por qué me robó el cuadro.

El enronqueció.

—Porque no entiendo nada —dijo él —no entiendo cómo usted puede conocer tan bien a mi esposa.

—Pero si yo no tuve la oportunidad de hacerlo, señor Chauntel. Eso es lo que usted no entiende de mí —dijo ella

—Y sin embargo ¿qué me dice de este poema que escribió hablando de ella en su mecedora?

Ezequiel comió uno de los pequeños bizcochos que ella había hecho el día anterior.

Realmente le gustaban.

Ella no supo que decir. Él puso delante el cuaderno.

—Pero este poema no es para su esposa, señor. Mire, está dedicado a Luis —dijo ella

—Sí, lo sé —dijo él

—Escuche, lo más probable es que usted esté cogiendo elementos que le recuerdan a Luna y los esté usando para aferrarse a ella —dijo Virginia.

¡Qué desolación sintió ella! Era un buen hombre con buenos sentimientos pero necesitaba ayuda.

Estaba perdido en una maraña de dolor, de recuerdos. Se aferraba a algo que no había podido controlar.

—Pero es imposible, escuche —vio la mirada triste de él sonriendo frente a la libreta y se calló, humillada. No quería herir a ese hombre más.

—Sé que usted no la conoció, pero ella sigue en esta casa, su espíritu, lo que fue, cada vez que el agua corre su presencia está aquí, oiga, aunque desde el cielo nos observe —dijo él —verá, sé qué pensará que estoy loco o por qué no busco un psiquiatra, pero ya estuve durante un año en terapia.

—Sí, eso justamente estaba pensando, lo siento. Pienso que usted es un viudo que no ha superado su dolor.

—¿Sabía que teníamos una hija?

Virginia asintió.

—Por eso estoy intentando comprenderle —ella se quitó su chaqueta de punto.

Un jersey de cuello vuelto también rojo apareció ante sus ojos.

Sintió ese flechazo extraño al sentarse ella frente a él y extender sobre la mesa lo que el pequeño cofrecillo tenía en su interior.

El chupete, la flauta, los esbozos de Luna y la cadena que él le había dado.

La Virgen del Carmen, patrona del mar.

—Oh

Ezequiel se arrodilló ante lo que aquella bella mujer le había puesto en la mesa. Fue como abrir una puerta a un pasado del que no podía salir.

Tomó los dibujos, una sirena estaba representada en ellos.

—Son hermosos —dijo Virginia —especialmente ese que tiene usted.

—¿Usted los había visto ya?

—Sí —los ojos marrones de él se llenaron de lágrimas —oh Virginia ¿es que no puede verlo?

—Escuche, lo vi después de escribir el poema ¿es eso lo que quería usted saber?

—Sí —dijo él soltándose la melena.

Tenía un pelo increíble, tan largo que podría haber pasado por un indio norteamericano.

Era un hombre tan increíble para estar perdido en aquella fantasía tan oculta que iba a llevarle hasta el final.

Porque él estaba decidido a llegar al final. Eso Virginia lo sabía, fuese lo que fuese.

—¿Qué piensa de este otro dibujo? —dijo él poniéndole en sus manos otra de las sirenas de Luna.

—Pienso que su mujer era una artista, señor —dijo ella

—Me encantaría que usted viera una escultura que hizo de ella mi amigo Romano —dijo él

—¿Romano Stain? ¿El escultor nacido aquí, en Cabo Corín?

—Por supuesto. Tiene el taller en mi buhardilla, es mi inquilino —dijo Ezequiel

—Oh yo no estoy familiarizada con el arte ni con los artistas, pero Luis sí, me ha hablado tantas veces de este hombre, si lo conozco o lo he visto, que era de este pueblo y esas cosas —dijo ella

—En mi casa está una escultura que realizó en vida a mi mujer, la sacó tal cual era —dijo él

—¿Tiene usted alguna foto de Luna?

—Claro —dijo Ezequiel mostrándole una foto de su cartera negra y raída.

Virginia sonrió al ver la foto.

Ezequiel se situó a su lado, en la esquina del sofá mirándola como si estuviera mirando una película, algo que le interesaba mucho. No quería perderse nada, ni su reacción ni sus palabras, ya dijera la verdad o no.

Ella había conocido la verdadera naturaleza de Luna antes que él mismo.

Había visto su viaje, su marcha. En cierto modo había sido elegida por Luna como testigo invisible de algo que ni él, su marido había sido.

Virginia sonrió.

Su pequeña nariz se frunció haciendo un gesto encantador.

—Por fin tiene una cara para mí —dijo ella —parecían ustedes muy feliz ese día.

—Nos hicimos la foto porque sabíamos que íbamos a tener un hijo.

Luego las cejas de Ezequiel se encogieron, formando dos arcos tristes. Otro llanto se acercaba, al igual que el viento soplaba terriblemente fuerte afuera.

—Oiga Ezequiel... mire tiene este chupete aquí —dijo ella

Pero eso solo le puso más triste. El hombre cogió el chupete y lo cerró entorno a su pecho antes de empezar a llorar sin final.

Esta vez no paró.

Estaba en plena brecha.

Ella le dejó llorar, sabía que no había nada que hacer.

Pero en un momento determinado le puso una mano delante.

Vio su dolor, y la mano de ella.

—Tiene usted que levantarse ¡tiene que levantarse y seguir! ¡Siempre se debe de seguir! —dijo ella con fuerza.

El se levantó temblando, y asintió, sin tocar su mano.

Sus ojos se encontraron de nuevo. Y se quedaron los unos observando a los otros.

Los de ella echaban chispas de valor, los de él dolor.

—Ya basta, es suficiente —dijo ella —ahora tranquilícese y acábese el café. No se preocupe más, hombre. Entiendo que esto debe ser un infierno por usted, pero debe de verlo todo con una nueva luz. Yo me ofrezco a ser su amiga. Entiendo que usted adore esta casa también porque así iba a crecer su hija, a vivir con su esposa y no pudo ser.

—Los suyos no querían que estuviera conmigo. Me consideraban poca cosa para su hija. Yo era un simple hombre, además un pescador. Era como un ladrón para ellos.

—Lo entiendo, hay personas para las que un simple trabajo es una afrenta, para los que incluso ser tu mismo lo es —sus ojos anduvieron hasta las maletas de su novio.

Ella también tenía dolor. No el mismo de él, pero lo sentía.

—Quiero que usted me ayude a cerrar la puerta de mis recuerdos —dijo él

Le puso una mano en su espalda, y Virginia asintió, avergonzada.

Aunque no sabía muy bien lo que le estaba proponiendo. ¿Acaso era ser su amante?

¿O era algo más?

—Quiero que se quede con esto —dijo él poniéndole el colgante por encima de su cabeza —¿es creyente?

—Sí, por supuesto.

—Ella era la hija de las aguas, como usted ha dicho. Ah, cuando yo la conocí. Parecía que usted también había estado allí por lo que escribió en su poema. En su poesía la sal, el parto, la sangre. Era como si usted no solo hubiera estado allí conmigo ese día, sino que se hubiera remontado más atrás y hubiera visto formarse a Luna antes de venir al mundo. Es como si usted hubiera visto el agua. Usted conoce el agua, el mar. Lo ama por eso quiere vivir aquí. Y seguro que pocos la entienden a usted.

Ella le miró con su boca casi abierta.

Era el resultado de cuando un extraño te lee el alma.

—Lo sabía. Usted lo ha sentido así, por eso lo ha escrito, Virginia. Mi esposa era para mí todo cuanto podía soñar. Porque ella me amaba por eso la amé. Porque me amó desde el mismo instante, como usted ama al señor Luis. Le dedicó el poema a él porque él ha renunciado a todo un mundo por usted.

—Así es. Verá cuando le conocí tenía un problema, y logró vencerlo gracias a su relación conmigo, él es un hombre admirable.

—Pero usted siente dolor, no amor.

Ella se giró hacia Ezequiel molesta.

—Sé que me ha dicho que no era mi asunto, y no lo es, pero por favor, permítame hablar con libertad y lo comprenderá.

—Está bien.

—Sé que ha tenido algún problema con su novio porque un hombre no dejaría por nada a una mujer como usted. Tiene sus maletas aquí, y no ha vuelto. Seguramente este pueblo es pequeño para él. Para mí lo era a no ser por Luna. Ella fue la que escogió esta casa. No sabía hacer gran cosa. No era como usted. No sabía coser.

Ambos sonrieron.

—Ni sabía salvar su vida con la limpieza, a duras penas traía limpia a nuestra pequeña Lucrecia, pero hacía lo que podía. Cocinaba siempre que podía yo. Ella no era hermosa como usted ha visto, pero me leía la mente, siempre sabía lo que pensaba, lo que sentía, incluso antes que yo mismo. Su familia le quitó sus dones por mí.

—¿Sus dones? Oh, quiere usted decir que la desheredaron. ¿Tenían dinero?

—Sí, los tesoros del mundo estaban a sus pies de haberlo querido.

Virginia intentaba sacar algo de información de todo aquel galimatías de palabras extrañas y mensajes aún más raros que Ezequiel le estaba explicando.

—Sé que hablo chino para usted, pero estoy intentando exponer cómo eran. No eran gente común.

—Hay mucha gente extraña en el mundo —dijo ella

Virginia se bebió su café. Estaba frío.

—Usted escribió también acerca de mi amor por ella —de haber estado hipnotizado no hubiera mirado al objeto de deseo con tanta vehemencia como hizo con ella.

Los ojos chispeantes de Virginia dijeron algo. Eran como el mar del que emergía Luna una y otra vez, pero su rostro le trajo a la realidad.

Él se encogió de hombros. Luego sonrió, triste.

—Hagamos una cosa —dijo ella —venga mañana a las siete por mí —dijo ella —cerraré la tienda antes y dejaré que me ensañe la escultura que Romano Stain le hizo.

—De acuerdo —dijo él dándole la mano —se lo agradezco mucho.

—Y anímese —dijo ella entregándole el cuaderno —quédese con él si le hace ilusión. Si mis palabras le reconfortan léalas.

—¿Acaso a usted nadie le había hablado de mi esposa?

—Oh sí, la señora Raquel —dijo ella —me inspiraron en cierto modo, pero escribí sobre Luna a ciegas, no sabía nada de ella, lo juro. Si acerté fue porque...

—Porque estaba escrito, Virginia —dijo él —muy bien, mañana volveré a por usted.

Tocó su mano. Y quizá no debió de hacerlo, porque al irse aún notaba su tacto cálido. Tan distinto al de Luna.

Abrió la puerta blanca él mismo y se giró a mirar a Virginia.

Sentía que no podía dejar de hacerlo. No le había embrujado como Luna, le había gustado. Simplemente todo en ella lo arrastraban cada vez más y más a una realidad que terminaba en el deseo.

Tarde o temprano, tarde o temprano, Virginia.

Ese día no fue a faenar.

Casi ningún barco salió debido al terrible tiempo.

Solo vio a Tonio regresar con los cubos llenos de vieiras, mientras traía

en la pequeña bolsa todo cuanto le había dado Virginia.

Se sentó todo el día cerca del agua, en el puerto. Incluso pidió un perrito caliente en la tienda que hacía curva y lo tomó allí mismo, escondido del terrible aguacero en su barco.

Se quedó allí todo el día.

Pero ¿estaría Virginia preparada para verla?

Había intentado en su casa prevenirla acerca de lo que era Luna, pero lo ignoraba como si no fuese con ella.

El cuaderno estaba allí, abierto, claramente. ¿Cómo era posible que ignorase la magnitud de lo que había escrito?

Era imposible.

Leyó cada palabra, hasta memorizarlo, si ella no se lo sabía él sí.

Miró el mar que se agitaba sobre el agua, haciendo moverse al barco más que atado, y pensó que así era él en el amor. Su corazón estaba atado por Luna, por eso seguía su pista con aquel libro, pero no pensó ni por un instante en engañar a sus otros sentidos.

No tardó en darse cuenta que lo que le sucedía es que tenía un vivo deseo de algo perfectamente normal, y ¿por qué tenía que ser con Virginia? ¿Tal vez porque ella vivía en su casa?

Eso la hacía más familiar, quizá.

Sus propios pensamientos le parecieron repugnantes, y decidió que era mejor dejarlos ir.

Pero no podía engañar a su propia naturaleza, la biología le estaba diciendo que ya era momento de buscar la compañía femenina, era solo que ahora era muy difícil para él hacerlo. Una vez que había conocido a una mujer como Luna y un amor tan grande ¿ahora debería hacer que su cuerpo descansara dentro de una prostituta acaso, profanando así la figura de su esposa que resplandeciente en las aguas bañadas a su vez por la lluvia aún podía distinguir desde el ojo de buey?

Había algo de inmolación en ello, una inocencia que se perdía.

Era como si estuviera a punto de reventar físicamente de dolor, pero una válvula durmiese esos instintos sexuales que como si fueran descargas eléctricas que sin embargo le atacaban, como le habían hecho en las escaleras cuando esa mujer se le quedó mirando como si él fuera el primer hombre de la creación.

Por eso había dejado de ir al psiquiatra.

Por la insistencia de ver que el mundo es mucho más que el pasado dejado atrás. Por el hecho de saber que cualquier mujerzuela pudiera sustituir en cierto modo a Luna según los médicos. Pero si Luna había entregado casi su vida por ella ¿por qué Ezequiel iba a consentir entregar su amor a otra mujer que diera menos por él?

Triste se bebió su coca cola mirando el tintineo del agua dentro de la cabina del timón.

De pronto ella vino a su mente.

¿Y si lo hacía con Virginia?

Porque había una cosa clara: tenía que entregarse a alguien tarde o temprano, como cada hombre. Y tendría que ser pronto.

En su espina dorsal una descarga de esas entró al pensar en el rostro de su nueva amiga.

“La Usurpadora me está ganando, me está ganando”.

Lejos quedan sus pensamientos de los de la mujer que había ido a ver.

Sin embargo aunque ese día estuvo toda la jornada en la tienda, Virginia no podía quitarse de la cabeza a Luna.

¿Cómo era posible que hubiera escrito sobre una mujer tan extraordinaria sin haberla conocido jamás?

En un descanso tras que su hermana y su sobrina Lila se fueron sacó su portátil y escribió la palabra “comunicación” pero luego se arrepintió cuando leyó ciertas cosas más allá de la décima hoja, al añadir otra segunda palabra que quizá no debería de haber añadido.

Una cosa la tenía clara: Ezequiel no estaba loco.

Estaba como cualquier hombre estaría en sus circunstancias. Estaba segura de que esa noche le explicaría todo.

Miró el móvil. Pero ninguna pérdida de Luis.

No obstante ella no se daría por vencida, no soportaría perder esa guerra fría que había surgido entre ellos.

Tal vez por eso le escribió a su whatsapp “Tengo tu equipaje aquí”.

Pero tampoco le contestó a esto. Y ella lo sabía.

Sabía cómo era Luis, era necio y orgulloso, también el amante más apasionado que pudiera haber conocido, pero no podía olvidar que él le había prometido que volvería, y ella que estaría ahí para recibirle.

Todo pasaría muy rápido, estaba segura.

Ese día tuvo más clientes de lo habitual, y entre ellos cuando ya estaba

recogiendo para marcharse una impensable.

Llegó como llega el invierno. Con su capa gris, su gorrito blanco y su pelo angelical recogido en un pequeño lazo del año Maricastaña.

—Señora Raquel —dijo Virginia apartando las telas del mostrador.

Hablaba su estupefacción, no sus labios.

Ella posó su capa gris sobre el mostrador y dejó una bolsa ya raída de cuero sobre él sin decir nada.

—¿Es que son arreglos?

—Sí, son para mi hermana Delia —dijo ella —es más joven que yo aunque a ella no le guste la idea.

Virginia sonrió, sacándole toda la ropa de su bolso.

Eran vestidos de invierno, y pantalones, pero sobretodo blusas de manga larga y faldas. Había más de diez de cada uno, ni ella misma sabía cómo habían cogido dentro de la bolsa.

—Es mucho trabajo, señora Raquel —dijo ella

—Mi hermana no tiene apenas ropa, está muy enferma, vive en la sierra —dijo ella —¿podría usted llevársela por mí? Le daría una muy buena cantidad de dinero.

—¿Qué? Oh yo puedo arreglarle la ropa, señora. Pero no sé si será posible que yo...yo no conozco la sierra.

—Pero hay alguien muy familiarizado con ella que es nuestro amigo común —la boquita de Raquel se cerró en un botón.

Virginia sonrió sin poder evitarlo.

Todo en aquella señora parecía tan normal, y sin embargo era tan singular al conocerla. Diera la sensación de que no estaba en sus cabales tampoco ella. ¿Sería tal vez que la superchería del pueblo había podido con la racionalidad de Ezequiel y de la vieja Raquel y ahora simplemente se dirigiera a ella? ¿Qué ellos la contagiaran?

Pues si el amor no era sino una fiebre, debía de saber que Luna y su recuerdo maldito sobre ellos ya la rondaba.

—¿El señor Canción? —preguntó Virginia lacónica mientras miraba la ropa.

—Veo que conoce su apellido y también le conoce a él —dijo ella

—Sí

—Usted debe ir a ver a mi hermana para tomarle las medidas de todas maneras —dijo Raquel —dígame que la he mandado yo. Vive en la casa de las torres negras. Siempre hay gaviotas en ellas.

—¿A esa altitud?

—Sí.

Sacudió su cara amable.

—Pero quizá Ezequiel no quiera venir, él tiene que faenar —dijo Virginia

—El ya ha faenado suficiente, lo que él tiene que hacer es ser liberado, y todos debemos serlos para eso está usted aquí —de pronto hizo lo que se había jurado no hacer, pero la sombra de su padrastro y su hermana eran alargadas, y el corazón sangrante de Ezequiel un daño colateral que no estaba dispuesta a pagar —dele lo que necesita y usted tendrá por lo que siempre suspiró. Ella se interpone pero no durará mucho tiempo si usted actúa rápido. Nunca uno de nosotros había derrocado a uno de ellos. Ella era más poderosa, pero usted es mucho más grande de lo que ella ha sido jamás, créame. Ha

hecho demasiado bien, ha amado demasiado para no ser usted. Aproveche el tiempo que se le ha concedido, libérole a él y todos seremos libres, para siempre.

Su voz se era suave, pero sus palabras sumergieron en un sueño mortal, casi como el de Blancanieves a Virginia por unos minutos.

Sobre la mesa sintió el tacto de algunos billetes.

Alguien le habló, pero ella no pudo moverse. Solo estaba la ropa y ella misma en la tienda, aún así escuchó la lluvia y vio alejarse el paraguas verde de la anciana Raquel, su misteriosa vecina.

Solo oía el agua en su cabeza.

La lluvia caer una y otra vez.

—Basta por favor, por favor, basta —dijo ella

—Virginia sé mi ángel, sé mi ángel Virginia —estaba de pronto en la playa, y dentro de ella una mujer de pelo negro estaba distante, pero la llamaba por su nombre.

Su voz era cálida, pero sonaba tan desesperadamente lejos mientras su cuerpo estaba tan cerca, pero Virginia no podía alcanzarla, no importa lo que ocurriera.

—Virginia sé mi ángel, sálvalo —le dijo sin que ella pudiera verla

Solo se giró una vez.

Virginia no supo cuanto tiempo había estado allí.

—¡Virginia, señora Virginia!

Alguien la sacudió.

—Son más de las nueve —oyó que una voz familiar la envolvía mientras su mirada borrosa se puso de nuevo bien.

Había estado dos horas observando el mar, con los pies dentro del agua, sintiendo la soledad que aquella mujer de pelo negro le hacía sentir, desesperada en su tristeza, pero sobre todo...aburrída.

Tenía a tanta gente alrededor siempre que en realidad el aburrimiento del taller de bordado la estaba empezando a hacer mella.

A su lado Ezequiel le puso un chocolate humeante.

El olor era inconfundible.

—Chocolate —dijo ella suavemente.

Su pelo suelto le caía sudoroso por los hombros. El jersey color café con leche tejido a mano apenas la tapaba del frío.

Habían caído del todo las primeras nieves.

Las calles ya estaban siendo decoradas con las primeras luces navideñas.

—He cerrado la puerta, Virginia —dijo Ezequiel sentándose a su lado. Ella estaba frente a la máquina de coser —aquí están las llaves —dijo él poniéndoselas delante.

—¿Qué hora es?

—Son las nueve de la noche

—¿Qué?

—¿Qué le ha pasado? He venido aquí en cuanto vi que no volvía a su casa

—No es mi casa, es su casa, señor —dijo ella mirando hacia la prenda de ropa que sostenía en sus manos. Era la falda de la tal Delia, la hermana de Raquel.

—La he visto —dijo ella —he sentido lo que ella sentía antes de conocerle a usted —dijo Virginia

—¿Qué quiere usted decir?

Ezequiel empezó a acariciar con miedo los primeros mechones rubios de Virginia. ¿Ella se opondría o lo tacharía de acosador y le echaría de allí?

Pero ella le apartó su mano y se puso en pie.

—He visto a Luna, a su esposa —dijo ella —estaba en el mar, conmigo.

Ezequiel se llevó las manos a la boca.

¡Lo sabía!

Virginia era la clave, no su casa. Eso lo había comprendido la noche anterior. Después de un día entero sin verla no había sabido qué hacer. Bajo la nieve como un lobo había recorrido todo el puerto desde la punta hasta su final. Caminaba sin mirar atrás, caminaba lejos, sin preguntarse quién o qué podía observarle.

Fue a su casa, y la vio a ella.

Allí estaba. Su esposa, reluciente.

Como él nunca la había visto, pero sabía que era.

Como ella se había mostrado a Romano, enseñando cada pliegue de su piel, sus secretas escamas de vergüenza.

Era una diosa para su gente, él lo sabía. Alguien sagrado entre los seres del agua, y vulgar para los Caminantes de la Tierra. Y sin embargo ahora la veía como un algo que ya no hería, como un sueño fatal y fantasioso que una realidad más cercana había de derrotar.

Debería de verlas a las dos juntas.

A Virginia y el busto de su mujer.

—Así que lo ha conseguido —dijo él —¿cómo ocurrió? ¿Vino Raquel verdad?

—Sí, así es. Ella me dijo algo... algo extraño que yo debía de hacer.

Ezequiel recogió su melena hacia atrás, una vez más.

—¿Le importa si la tuteo? Usted también puede hacerlo.

Ella asintió. Abrazó la pieza de ropa y sin hablar lloró.

Ezequiel supo que lo había visto. Había visto la soledad con que la vida sin merecerla ciertamente había obsequiado a Luna. Ya estaba sola en las aguas, antes de salir a conocerle, y después ya nunca estuvo al tenerle a él, salvo ahora que desapareció sola.

—Cuando mi esposa y mi hija murieron sus cuerpos aparecieron —dijo Ezequiel, aunque eso no era consolación realmente. Están en el cementerio del pueblo.

—Sí, pero su verdadero cementerio es el mar, y su única casa es la suya —dijo Virginia —la que yo ocupó sin derecho.

Algo en ella la estaba llevando a verse envuelta en una historia de la que ya formaba parte y no estaba dispuesta a ello. Solo quería llevar una vida apacible, que Luis volviera.

—Me gustaría que Luis estuviera aquí

Ezequiel la miró con dolor.

No sabía si las lágrimas eran de ella por Luna o por su amor truncado con ese hombre.

En cualquier caso poco importaba.

—Necesita hacer algo antes de entender todo —dijo él

—No, no lo entiende —dijo ella tirando la ropa a un lado y cogiendo los fuertes brazos de Ezequiel quien la miraba con un miedo en sus grandes ojos que jamás ella hubiera pensado que un hombre de su gran tamaño pudiera tener —he visto a su esposa, y en mi estado normal me rehusaría a creerlo, pero he tenido una especie de sueño con ella. Supongo que me dormí tras la visita de Raquel. ¡Estoy tan agobiada con todos esos encargos! Y la vi. Fue una visión estática, vi su felicidad al estar en tierra, y sentí su canción, la oí, oí su flauta, es la que le di a usted. Ella misma la hizo. ¿No lo sabía usted? La talló de la madera del fondo del mar, dejándola secar al sol y luego me llamó por mi nombre. Me dijo palabras que ni logro recordar. Pero no me dejó tocarla, no me dejó tenerla. Su pelo, negro como el azabache, su soledad, absoluta. Ella lo posee todo, ella lo es todo aquí. Tú yo no importamos. ¿Qué

podemos hacer?

—¿Recuerdas las últimas palabras de Raquel?

—Sí. Habló de libertad. Eso lo recuerdo bien.

—Entonces para comprenderlo debes venir conmigo, debo de contarte algo —dijo él

La ayudó a ponerse el abrigo, y a coger el bolso.

Juntos cerraron la tienda y dejaron todo tal y como estaba.

Luego caminaron por las calles hasta la casa de Ezequiel. Ella tenía tanto frío que sin que él se lo pidiera metió sus manos entre su chaqueta abierta, que él cerró. Luego abrazado a ella como si fueran una pareja de recién casados anduvieron por las calles.

Ella le habló de música, y él de nudos marineros. La clase de ellos que había, con qué edad había dejado la bebida.

—Mi novio dejó de jugar con más de 25, ya lo había cogido y dejado la primera vez que le conocí, justo cuando lo conocí lo dejó.

—¿Usted le quiere?

—Sí, muchísimo. Pero él no me acepta tal y como soy.

—Pues deberá hacerlo, a mí Luna me aceptó.

—No, Ezequiel —dijo desprendiéndose de él Virginia al llegar a su puerta —usted la aceptó a ella, por eso pudo estar aquí.

No parecía la misma.

Callada, esperaba algo.

Que él lo hiciera tal vez. Cuando Virginia apartó sus manos retenidos en sus guantes blancos de su pecho notó su corazón cálido y palpitante, que latía con la fuerza de un potro salvaje.

El creyó ver en sus labios un rojo abrasador.

La llave cayó al suelo mientras lentamente los ojos de Ezequiel oscuros y llenos de puntos amarillos que ella nunca creyó que él pudiera tener y su piel absolutamente oscura y tostada por el sol, áspera y ajada cubrió la cara de porcelana de Virginia, que lejos de apartarle le recibió, apartando los largos mechones.

Fue un beso inesperado por el momento, pero no indeseado por ninguno de los dos.

Los labios de Virginia sabían a fruta.

No a sal.

Su tacto era suavidad, ligeramente apostillados por el frío viento.

Dos hombres que salieron de la taberna del Cojo le vieron como besaba a aquella mujer en la distancia, y le señalaron con el dedo. Todos los rumores que corrían sobre él, que estaba medio loco, que cualquier día se tiraría al agua para buscar a su mujer y se ahogaría, o que el trauma del accidente que sepultó a su hija y su esposa le había dejado mudo eran mentira, como siempre.

Y si eran verdad él había seguido con su vida.

Uno de los dos hombres era Tonio.

Le sorprendió ver como Ezequiel besaba a otra mujer, pero temió por él. Sabía lo que significaba, la clase de hombre que era.

No besaba besando, besaba entregando su corazón. A aquella a la que él besara, a la que hiciera el amor tras la muerte de Luna ésa sería la elegida por él para reanudar su vida. Y si a la primera, a Luna, le había entregado su alma, a la segunda le entregaría todo su ser: su cuerpo, su alma, sus sueños, su corazón. Le juraría para siempre una fidelidad absoluta.

Temería, tendría miedo de perder el amor de esta mujer.

Mas ¿quién era ella?

—Tonio, mira tu amigo no ha perdido el tiempo. La chica tiene buena presencia, mira que culo tan bien puesto.

—¡Cállate Pedro! Necesito saber quién es.

—Ven por la mañana y lo sabrás, seguro que tu amigo ya ha recuperado el habla para entonces —dijo el calvo Pedro.

Pedro siguió su camino.

Tonio se quedó preocupado. De entre todos en Cabo Corín, él y esa mujer a la que abrazaba enamorado Ezequiel eran los únicos a los que le importaban.

Su familia había dejado muy claro su postura.

Pero tal vez con esta otra mujer le devolverían su lugar, aunque Ezequiel no les perdonaría, había sido demasiado grave.

Tonio vio como Virginia al acabar el beso se puso de puntillas, mientras Ezequiel la abrazó con las dos manos, cerrando sus ojos, poniendo su rostro contra el de ella. Ambos cerraron los ojos de perfil, y luego sonrieron.

¡Era Virginia, la chica de la tienda de arreglos!

Oh, entonces Ezequiel estaba a salvo. Todo el mundo sabía que ella estaba lista para casarse, eso era lo extraño. Había rumores de que tenía un novio en la capital llamado Luis, el dueño de una serie de boutiques. Pero no

sabía mucho más.

Le preguntaría a su hijo.

Se retiró entre las sombras de la noche, al oír como Ezequiel reía y tomaba las llaves de nuevo.

Después de tanto tiempo al fin reía.

—Se me cayeron —dijo él

—¿Tienes una casa bonita?

—No, que va. No es bonita mi casa —dijo él sonriendo con fuerza.

—Esa llave no es —dijo ella

—Oh de acuerdo —dijo él entregándole el manojito de llaves —entonces adivina cuál es.

Desde el primero, todos los vieron entrar.

Habían hecho una apuesta dentro de la taberna. El Lobo Triste se quedaría toda la noche con ella, o ella le abandonaría en cuanto viera que él no paraba de hablar de su esposa muerta, aquella sardina fea a la que él como Don Quijote a Dulcinea la había entronizado.

—Es esta —dijo ella pasando una mano por su mejilla, acariciando su barba —por cierto tienes carmín rojo, quítalo.

—Aaaah! Ganaré yo

Los gritos de los hombres que por el vendaval no podían zarpar a faenar llegaron hasta ellos.

—¿Qué estarán diciendo?

—Estarán haciendo una apuesta sobre nosotros. Imagínate, un loco como yo. El Hombre Triste del puerto por fin tiene una amiguita —subió las cejas hasta arriba.

El gesto la hizo reír.

Se quedó en las escaleras, a pesar de que él ya había entrado.

Saludó a los marineros que se pegaron a los cristales. Los más borrachos saludaron a la que consideraron una fulana.

—Pensarán que eres una prostituta —dijo él

Ella entró corriendo feliz dentro de la casa.

—¿En serio? Pero si la mitad de sus esposas vienen a que les arregle ropa —dijo ella echando un vistazo a la gris casa.

—Pero ellos no te conocen, aunque es difícil

—¿A qué te refieres a que el pueblo es pequeño?

—No, a que es difícil no fijarse en ti —dijo él en el pasillo antes de abrir

las cortinas y perderse entre la oscuridad de su cocina.

La miró largamente.

Ella se quitó el abrigo blanco. Lo dejó en el perchero, y lo miró triste.

Pero aún él estaba ahí.

Ambos sabían cómo acabaría aquello.

“Para eso estoy aquí” —se dijo ella

Sus pasos eran lentos, como su respiración.

Deseaba a ese hombre, pero lo más importante era ¿él la deseaba a ella?

—¿Ezequiel?

Él no contestó. En un algún lugar perdido de esa casa húmeda y fría la esperaba.

Su respiración nerviosa la hicieron atravesar la cocina y encender la luz que estaba aún en el techo de una sucia bombilla antes de entrar en la habitación más hermosa que hubiera visto jamás.

—Estoy aquí

Apenas era un susurro.

Había un biombo delante, con una especie de red encima. A su lado, varios pequeños remos de madera, todos rotos y carcomidas por las termitas, de los abuelos de alguien de aquella villa pesquera, donde el mar se llevaba en la sangre, donde el viento que soplaba ya había traído consigo a la tormenta que a esos mismos marineros a los que Ezequiel honraba cada noche impidió salir.

En el centro de la gran habitación que daba a un balcón, y en cuyo techo una claraboya les llenaba de una luz salpicada por el agua que caía y la nieve, iluminaba la gran figura rodeada de conchas que el cuerpo de Ezequiel custodiaba.

—Tu dijiste que con una nueva luz cubrirías todo lo que es de ella — dijo él quitándose de delante de la estatua secreta que salvo Romano nadie más había adivinado que estuviera allí.

Algunas gaviotas graznaron afuera.

Ella le miró sin decir nada.

Él sintió miedo, por más que su presencia fuera la de un hombre tan grande y seguro de sí mismo que Virginia apenas pudo decir nada más que aquella palabra.

—Tranquilo

El cerró los ojos, y ella se quitó los zapatos. Luego miró a todas las

caracolas que adornaban el suelo. Había perlas, había collares, pulseras, flores marinas, figuras de peces, piedras blancas y negras, era como un sueño.

—Encenderé la chimenea —dijo él dándose la vuelta para encender la pequeña chimenea que miraba la figura.

Se había cambiado. Traía un polo azul marino sobre un jersey de cuello vuelto azul más claro. Todos los collares y los anillos que le caracterizaban allí estaban.

Ella miró entonces la estatua, mientras cruzaba. Pero se quedó suspendida, absolutamente deslumbrada por lo que vio.

Sus ojos vieron los de Luna, vacíos de dolor.

Sus manos tocaron las de ella. Subió su falda sin pensar en que Ezequiel la miraba mientras se arrodilló ante mujer de mármol que ante ella se acomodó en la roca cuya agua del mar tapaba como si fuera una colcha, y en medio de ese sueño de espuma emergió a su lado la gran cola de sirena, el secreto mejor guardado por Ezequiel.

Su figura derribó todas las reservas de Virginia, que la admiró, la tocó solo para dejar de hacerlo y observarla desde su frente, oponiéndose a la luz que entraba por la ventana.

Por fin Ezequiel tuvo aquello que desde hacía mucho le había deseado.

Ver a ambas juntas. Ver los dos mundos que tenía cerca. Vio el brillo del mármol, el perfil feo de Luna y el hermoso y vivo de Virginia. Luego comparó la larga y brillante cola con las piernas de medias también blancas que la falda gris larga tapó al caer.

—Así que esto era lo que a todos ocultaba, lo que la hacía diferente y especial —dijo Virginia

Como en los momentos en los que la fantasía se apodera de la realidad y ambas se conjugan como un hecho, así vio Virginia sobreponerse las palabras de su poema una tras otra en los labios de Ezequiel.

Él tenía razón.

Ahora todo tenía sentido para ella.

Ezequiel puso en sus manos una copa. Era vino tinto.

—Mujer de agua —dijo ella al oírle acabar

Él repitió acariciando la espalda de Virginia:

— A ti te escribo estas líneas, mujer de no cielo, mujer de agua, casi de tierra.

Tuviste como agua a tu madre, de un vientre frío y marino surgiste.

Para amarlo a él, a ese mar que es tu verdadero amor y del que por otro amor aún mayor te desprendiste y por la arena anduviste buscándolo, escuchándolo. Aquel al que yo también me entregaría.

Luego bebió un último sorbo y mientras ella cerró los ojos perdida en la colosal visión de algo que creía imposible, él se puso tras ella, y subió su falda con la mano derecha, apartando con la copa su pelo de su nuca delicadamente mientras que cubrió a ésta primero con su aliento caliente y después con sus húmedos labios.

No amar en tanto tiempo era un acto criminal.

Algo le hizo parar, un estremecimiento que ella lanzó al aire.

—Oh...

Luego cuando quedó libre de su falda, él la besó en los labios, y la fue empujando lentamente hasta la pared, justo al lado de la chimenea.

Había encendido la luz de la entrada, de manera que podía verse toda la estancia desde la calle, pero no desde la parte de la izquierda de la pared.

—Espera, espera...echa la cortina —ella sin aliento, cruzó como un gato a cuatro patas por la habitación hasta las cortinas, sobre las que se agarró para soportar la suave embestida de él al arrojarle sobre ella y quitarle las medias.

La quería enteramente desnuda.

La estatua les miró impasible. Vio las piernas de ella, blancas como su mármol.

Las grandes manos llenas de anillos ordinarios y de coral de él recorrer su cintura blanca, apartar su pelo una vez más y morder la espalda de Virginia, sus pechos tiernamente, mientras no dejaba libre su boca en ningún momento. Parecía que se multiplicara por tres como él de tanto amarla.

Nunca había conocido a una mujer así. Era como comer un melocotón maduro, redondo y naranja, incitador de la más grande embestida, así se quedó sobre ella desnudo, temblando, esperando que ella se abriera como una flor, y así fue.

Virginia separó sus piernas y rodeó las dudas de Ezequiel, matándole de placer al penetrarla.

Subió y bajó sintiendo con placer como la fruta que probaba cambiaba de melocotón a manzana roja, a una que mordía una y otra vez, mientras la sangre nunca afluyó más pura a su corazón, sus labios nunca besaron otros pliegues más melosos que los de aquel cuerpo real, hecho de su misma sangre y su misma carne que le hizo expulsar toda esa pasión sin consumir por

Virginia que ya era como una obsesión.

Los lazos del agua que contenía el vino salpicados ante ellos, rotas las copas contra el suelo por sus eróticos movimientos circulares lloró y la estatua también pero ellos no lo sabían.

Afuera, él observaba la luz escondida de ese primer piso.

Los lazos entre el agua y los hombres quedaron cortados cuando Ezequiel alcanzó el clímax y vio ante él un nuevo amor, más pasional y real del que antes tanto había idolatrado. El hechizo se había roto. Allí con sus propias ropas como almohada y sus jerséis como mantas, como si alguien hubiera hecho de esos retazos de ropa una almohada de patchword, se quedaron tras el amor Virginia y Ezequiel abrazados.

El hombre de bastón negro lo sacudió en el aire con saña. Ahora sí que Luna estaba muerta.

El agua cesó de vibrar en aquel charco primero frente a su casa, eso solo podía significar que él había pecado contra ella con esa pécora de pelo dorado.

Así fue como una mujer mortal ganó el amor de un hombre, ni siquiera una hija del agua podía competir con una hermosura como aquella.

Había visto el rostro de Virginia, no era un rostro normal, parecía haber sido esculpido por ese mismo escultor que había hecho la estatua de Luna.

¿Quién era ella? No lo sabía, pero la intensidad en la que había envuelto a Ezequiel ni siquiera ella sabía hasta donde podía llegar. El amor sería su peor enemigo.

Había existido una mujer como aquella una vez, que había provocado una guerra. Pero hacía muchos años desde aquello, tantos que quizá no eran reales.

Se imaginó a Ezequiel, sintió su corazón. Por última vez, estaba su cuerpo sudado, del agua corporal extraía todo aquel conocimiento el anciano del mar.

—Paz

Luna había sido clara. Su espíritu ya quedó en paz. Perdida su hija, perdido su marido. Aquel marido que ahora transpiraba como un toro y se derramaba en las entrañas de una mujer de la tierra como él. Pero qué mujer, una mujer que él quisiera transformar.

¡Qué sirena sería Virginia de poderla arrastrar!

Si había hechizado así a un hombre ya hechizado por una sirena, como

no hechizaría al resto del género humano.

Ezequiel Chauntel, ese maldito entregado ahora a otra, ese zafio había saboreado la belleza dos veces. Pero no lo haría tres.

Se la arrebataría muy pronto, como Ezequiel le había arrebatado a Luna del mar una vez.

Sintió la figura del macho abrazando a su nueva hembra, en la oscuridad, solo por el fuego, alumbrados. Ya no había lámpara, ni oscuridad, ni miedo, ni dolor que los pudiese vencer. Estaban juntos y se amaban.

Ezequiel se durmió junto a su amada tras amarla una segunda vez más tarde, y así les observó el alba cuando despertaron, cansados de tanto amor.

Ella se había dejado tomar como el vino que él le había dado. Pero sentía que alguien les observaba. Limpió las manchas del vino con su falda. Le daba igual si se ensuciaba.

—Ezequiel, despierta —dijo ella —ten cuidado con los cristales.

En efecto tras ellos los cristales de las dos copas se mezclaban unos con otros y el líquido tinto, como sangre les rodeaba.

—El fuego se ha apagado —dijo ella

—Yo lo apagué —dijo él —lo estuve velando varias horas, pero al final el sueño me iba a poder.

Los dos se callaron.

El tenía los brazos abiertos, con uno de ellos bajo el cuello de Virginia, que ya se había dado por vencida a la gran atracción erótica que sentía por ese hombre que hasta hace casi unos días no era más que un acosador, un loco y un mendigo para ella.

¡Qué lecciones las de la vida!

Por eso quizá se sentía derrotada, absolutamente ajena a lo que era.

Sintió que Ezequiel decía algo, pero no pudo escucharle. Solo sentía por dentro de sí misma una paz que no había tenido en mucho tiempo.

Estar con él era como una sed por fin saciada. Una sed que ahora comprendía que ardía en su interior y que ni Luis era capaz de apagar.

Era obvio que tras la revelación que había pasado esa noche lo suyo con Luis tendría que ser examinado, al igual que lo nuevo que había surgido con Ezequiel.

¿Acaso amaba al pescador casado con una sirena?

—Hacía tanto que no dormía con una mujer.

Esto último sí que lo escuchó.

—Dime —dijo él

Pero ella sonrió enterrando su cara dentro de su abrazo.

Ezequiel la miró sin emitir más juicio que el de la lujuria consumada.

—Ha estado bien —dijo ella, pero la jugosa carne del brazo de él estaba enterrando su boca. Sólo se la oyó a medias.

—Espero no haberte hecho daño —dijo él

—No, ha estado bien —dijo ella —de hecho, era algo que los dos queríamos. Pero quiero me digas una cosa —dijo ella levantándose ahora. Estaba más guapa que nunca con aquel velo rojo por la vergüenza en forma de rubor cubriendo sus mejillas rebosantes de vitalidad —¿lo has hecho por ella?

—No —dijo él —lo he hecho porque te deseo.

—¿Eso es todo?

—Sí, por el momento.

Estupendo, al fin estaba algo claro.

—¿Te molesta?

—No, soy adulta, puedo encajarlo —dijo ella

Las dos manos de Ezequiel se restregaron contra sus brazos.

—Esperabas que te dijera “Te quiero”

—Todas las mujeres esperamos eso tras una noche de amor, Ezequiel. Sabes muy poco de nosotras.

Ella miró su pipa.

—Pásamela —pidió él

Ella se la entregó.

No fumaba, pero de haberlo hecho hubiera sido de su pipa...pues le observó como flexionaba sus músculos para tomar la pipa de la silla. Su pecho era fuerte, con apenas poco pelo en él, parecía que fuera el gimnasio, pero no era ese cuerpo.

Era la fiereza de la lucha, los largos caminos, las estepas de los montes enterradas en la nieve. Era su pesado faenar, empeñado en trabajar él solo.

—He tenido poca práctica —dijo él —solo he amado a Luna.

—¿Cuándo supiste que ella era, bueno, una sirena?

No sabía cómo decirlo. Virginia sintió como las palabras se atascaron en su garganta, como si fuera a explotarle algo dentro.

Era ridículo. ¿De verdad se lo creía?

¡Estaban hablando de sirenas, por el amor de Dios! Una parte de ella se

negaba a creerlo, pero sin embargo la otra ahí estaba.

La misma Luna metida en el mar, tocando aquella flauta de madera.

¿O todo sería un sueño?

Sin embargo allí estaba. Miró hacia atrás arrastrándose con su jersey hasta la estatua, arrodillándose ante ella.

—Al poco tiempo —dijo él —pero no, nunca vi su cola. Ella la perdió desde que decidió renunciar a sus poderes en el agua por quedarse conmigo. El patriarca la desheredó.

—Son más —un frío recorrió todo su cuerpo.

Ezequiel se puso su ropa interior y sus pantalones, observándolas.

—Si Romano te viera ahora —dijo él —ahí junto a ella.

—¿Cuántos son, Ezequiel?

El miedo se apoderó de la voz de Virginia.

—No lo sé —dijo él

—¿Quién podría saberlo?

—Raquel —dijo él —ella tenía un padrastro y tiene una hermana, Delia, que llevan esa misma sangre de mi esposa.

—¿Son familia de ella?

—No —dijo él echando una bocanada afuera —me refiero a que son seres de las aguas, de su mismo linaje.

—Es la mujer para la que tengo que hacer la ropa —dijo ella —Raquel me pidió que tú me llevaras. Me dio bastante dinero.

—¿Cuánto?

—No te lo creerás —dijo ella —pero aquí habrá cerca de dos mil euros.

—Quieren comprometerte. Conozco a esa gente de las aguas, no pararán —dijo Ezequiel —debes de completar el trabajo que tengas con esas dos y regresar.

—¿Vendrás conmigo?

—Claro —dijo él acercándose.

Era la prueba de fuego.

Virginia, con aquel aire que había heredado de su madre Eva en el paraíso la primera vez que sedujo a Adán se inclinó insinuantemente hacia delante.

Ezequiel quedaría así atrapado entre la carne sin vida de la estatua de la mujer que tanto amaba, hecha de mármol o la vibrante piel encarnada de Virginia.

Dos pieles, dos mundos.

Realidad y realidad. O tal vez realidad y fantasía se abrían paso ante él.

Apagó su pipa con urgencia, y dejó que su melena cayera sobre la espalda de Virginia.

Ya había elegido.

La poseyó de un modo que ella creyó que no pudiera existir.

Fue vergonzoso, excitante y oscuro.

Entre ellos todos los tabúes quedaron derribados, solo una maraña de sudor y palabras mal pronunciadas debido a la extenuación quedó entre ellos y la mañana.

Ezequiel la deseaba, no había duda.

Deseaba a la mujer viva, no a la sirena muerta.

Capítulo IV : Invierno

El móvil de Virginia sonó cuando entraron en su coche.

—¿Quién es?

A su lado Ezequiel la obsequió con un churro. Llevaba una pequeña bolsa de papel lleno de ellos.

—Es un número desconocido. ¿Y si es ella?

—Dile que vas para allá, pero no le digas que voy yo —dijo él

—¿No se lo dirá su hermana?

—No, Raquel la odia, pues ella no pertenece a las aguas y fue ninguneada por su hermana toda la vida.

—Bien —dijo Virginia entrando en el coche.

Afuera, la taberna rugió.

Habían ganado la apuesta los que pensaban que en efecto, Virginia pasaría la noche completa con el Lobo Triste del puerto.

Tonio se acercó a saludarles.

—Buenos días, Ezequiel —dijo él

—Buenos días, Tonio —dijo éste mirando como Virginia contestaba y entraba en el coche.

Ezequiel cerró la puerta y se quedó afuera.

Iba vestido de un modo diferente.

Se había puesto su abrigo azul marino y se había quitados los collares. En su lugar iba una gran bufanda azul. El resto de su indumentaria eran las grandes botas por encima del pantalón que siempre llevaba, unos vaqueros que parecían nuevos.

Su pelo largo le servía de protección contra el crudo invierno.

—Te veo muy bien —dijo Tonio —por fin hablas conmigo.

Ezequiel le estrechó la mano.

—Quería pedirte perdón por ello, Tonio. Pero ya sabes he estado muy mal.

—Lo sé. ¿Todavía sigues yendo al médico?

—No. Hace mucho que no —dijo Ezequiel —digamos que hay heridas que solo cicatrizan con el tiempo.

—¿Y tu nueva amiga?

—Veo que tus amigos de la taberna te tienen de corresponsal —sucedió entonces algo que creyó que nunca sucedería.

Ezequiel sonrió con una amplia sonrisa.

Tonio también.

—¿Cuánto ha sido?

Tonio se encogió de hombros.

—Lo habitual —dijo él

—Ah, no me lo creo. ¿Ni siquiera han hecho una porra como es debido?

—Tu historia genera más morbo que dinero, amigo —dijo él —pero me alegra lo suficiente como para saber que has vuelto al mundo de los vivos.

—Estoy empezando a hacerlo —dijo él —pero me ha tomado mucho tiempo. Pero ahora que he encontrado mi camino no lo dejaré ir.

—Deberás defenderlo —dijo Tonio —y es un bello camino. Yo lo habría seguido desde el principio, incluso antes que el otro.

Ezequiel le miró a los ojos intensamente.

En los ojos de su amigo vio un halo de tristeza.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo Tonio

—Sí, lo sé —dijo él apretándole la mano de nuevo —claro que lo sé. Eres el mejor amigo que he tenido jamás.

—¿A pesar de cómo acabó todo?

—Eso no tiene que ver ya —dijo Ezequiel —siento ya nada importa.

—¿Ya no sales a faenar? Bueno estos días el anticiclón lo hace imposible. ¿Lleváis cadenas?

—Sí, las prepararé a primera hora —dijo él

—Eso espero, os cogerá el gran vendaval de nieve —dijo él —es una pena que tengáis que marcharos hoy.

—Ella es...

—Es Virginia Iglesias, la encargada de la tienda de bordados —dijo Tonio —todo el pueblo la conoce, y está comprometida, Ezequiel ¿en qué estás metido?

—Ya lo sé —dijo él —es... nos estamos, bueno yo, yo...

—Sí, ya sé. Hay cosas que no pueden evitarse.

Al ver el rostro confundido del joven y cómo la mujer rubia estaba empezando a hacer que sus dedos largos y blancos tamborilearan en el volante, supo que era el momento de intervenir.

—Por favor ¿de qué te extrañas Ezequiel? Yo también fue joven. No nací viejo —dijo él riéndose —pero ten cuidado, no necesitas que te partan de nuevo el corazón.

—Es mi corazón —dijo él —díselo a los de la taberna.

—¿A esos? Sus esposas son feas, viejas y gordas, ese es el problema.

Tomando su cayado, Tonio se dio la media vuelta.

Virginia le dijo algo a Ezequiel que Tonio pudo oír perfectamente.

—¿Por qué no me lo has presentado?

Pero no oyó la respuesta.

—Porque Tonio es un buen hombre, es el único amigo de verdad que he tenido. Pero con los años nuestra amistad se fue perdiendo poco a poco hasta que se ha convertido en un simple cotilla. Solo se acerca a mí para enterarse.

—¿Sabe ya todo Cabo Corín que nos hemos acostado, Ezequiel?

Ezequiel la miró.

—Sí, claro. Pero no tantas veces.

Ella abrió los ojos.

Tal vez porque esa respuesta era lo más increíble que había visto desde aquella gran escultura de la sirena.

Quería estarse seria, decirse a sí misma que todo era el producto de la calenturienta mente de Ezequiel, de una pesadilla que había tenido y de su propia necesidad de escapar a la rutina. Pero se estaría mintiendo a sí misma.

Entonces pensó en su cuento favorito. En “Alicia en el País de las Maravillas” y quiso ser ella. Si tenía la oportunidad no se lo perdería por nada. Así que rió, aparte de por la poca vergüenza de la respuesta de alguien tan triste como Ezequiel y tan retraído, por el descaró con que lucía su comportamiento.

—¡Ja, ja, ja! Si te vuelven a preguntar tus amigos, por favor díles solamente que nos hemos enrollado. No soportaría tener que darles explicaciones a los marineros sin faenar de la Taberna del Cojo acerca de mi vida sexual, Ezequiel.

El se ató el cinturón.

Luego apretó la rodilla de ella con fuerza. Estaba desesperado.

—¿Tienes miedo?

—Sí —dijo él —lo tengo.

—Tienes miedo a dejar de recordar a tu esposa —dijo ella —pero yo también de lo que pueda significar esto, de lo que dirá Luis.

—¿Es que vas a volver con él?

—No, él es que va a volver por mí, lo prometió.

Dicho esto el coche se arrancó.

Algo dentro de su corazón le hizo comprender a Ezequiel que tenía un rival, y nunca antes había tenido ninguno.

¿Debería estar pues preocupado?

Lo más seguro es que sí, y por eso lo estaba.

El estar con Luna lo había retraído a estar sumido en un estado de aislamiento que debía de ser cambiado si quería adaptarse al mundo.

Aún recordaba la profecía sobre su vida. Pensó en voz alta.

—“Recuerda, toda tu existencia será larga y tumultuosa al igual que el invierno junto al mar, y siempre estarás solo si no cambias el mundo. Tu mundo”, esas palabras me las dijo una gitana.

—¿Y tú las crees?

—Sí, lo hago —dijo él —mira, ahí está mi barco.

Virginia entró en el parking, y aparcó su pequeño coche rojo.

Entonces esperó algo.

—Debemos bajar, Ezequiel —dijo ella —por favor, bajemos.

Lo hicieron.

Ambos pasearon por el muelle, mirándose el uno a la otra. Un gran barco atunero estaba aparcado desde hacía un día.

—Mira qué gran magnitud —dijo él —los barcos son un milagro. El hombre de tierra no lo ve, es cada vez que nos hacemos a la mar.

Virginia se asomó a la barandilla y respiró.

El aire estaba cargado de hielo, de miedo y de soledad.

—¿Cuántas veces has caminado por aquí?

—¡Ah! —dijo él mirando alrededor, y por último a ella —tantas que no tengo dedos en las manos para contarlas. Soy el típico marinero loco que está enamorado de un ser imaginario y cuentas historias imposibles de tesoros supongo.

—Eso serías si vivieras en el siglo XVIII, en efecto. Ese fue el siglo de las sirenas, de los tesoros, de los naufragios y de los barcos fantasmas.

—No, el de los barcos fantasmas fue el XVII —dijo él

—¡Oh! ¿Ya los había?

—Supongo. Aunque yo nunca he visto ninguno —dijo él

—Esa profecía ¿a qué crees que se refería? —Virginia tampoco se creyó lo que estaba diciendo ahora.

—Se refería a mi vida, a mis sentimientos, a mi destino —dijo él —está en mis manos el cambiar algo, pero ¿el qué? Eso es lo que no entiendo.

—Tal vez los lazos que atan este mundo con el del agua. Por eso el azar hizo que Luna te amara. Ella era como afirmas, una mujer extraordinaria.

—Ya. Pero los dos sabemos que no era exactamente una mujer ¿verdad?

—No importa lo que fuera, Ezequiel. Ella te amó más que a nadie —dijo ella poniendo una mano sobre las tuyas —rompió con su comportamiento una ley universal. Impidió que los seres del agua tuvieran tanto control sobre los hombres hasta el punto de tenerles malditos a quienes lograran convencer y dominar. Siempre han estado en guerra con los humanos.

—Una guerra íntima en la que sin embargo muchos han caído —dijo él

Realmente las palabras de Virginia estaban aplacando la tempestad de su corazón. El entendimiento se deslizaba ahora dentro de él tan rápido e inevitable como la pasión.

Por eso Luna no le había dicho nunca nada, no le había contado jamás la verdad, porque quizás no podía.

—Por eso ella nunca me lo dijo —dijo él —tal vez no podía.

Virginia contempló su barba negra como el carbón, tal vez demasiado largo, que salpicaba su rostro ya de por sí oscuro de una especie de manto negro.

Noche sobre noche, así era el rostro de Ezequiel si se le contemplaba de cerca.

Ella sintió que él tenía que decir mucho más.

—No, no podía —dijo Virginia —creo que ella habló hasta donde le estaba permitido.

Con ello ya había dicho lo suficiente. Ahora esa su turno.

—Ella hablaba tan poco como puede hacerlo una persona que no tiene tema de conversación o un mudo. Tal vez como un niño que aprende a hablar con dificultad. Y aún así, lo poco que decía era tan valioso. Decía grandes verdades, pocas, pero llenaba mi alma como jamás nadie lo había hecho.

Sacó su pipa. Pero aún era su turno.

—Mi tristeza es una tristeza solitaria como ves. Ese hombre viejo que ha venido a verme para cotorrear porque estamos juntos es todo cuanto pude lograr en años de amistades verdaderas viviendo aquí. Él y el escultor que esculpió a mi mujer, Romano. Ambos eran los que de verdad se habían molestado en conocerla. A mi hija también.

Algo se quebró en su alma.

Su pequeña Lucrecia, tenía el rostro de su madre.

Era un rostro de mar. Su piel, olivácea, su llanto ligero.

—Mi hija, nunca la veré crecer —dijo él —ella era de piel morena, pero no como la mía, sino como la de ella. Tenía esa misma voz que su madre. Era aún un bebé cuando tuvimos el accidente, pero yo sé cómo hubiera sido. Una joven mujer de pelo oscuro muy largo caminando como yo, sola, por el muelle, por el puerto. Todos la amarían, pero nadie la comprendería. Mi hija fue lo que coronó nuestro matrimonio. Nos casamos tan deprisa, nadie de mi familia quiso venir, y mucho menos de la suya. Su linaje, se convirtió en una proscrita al casarse conmigo ¿no es así?

Virginia le miró sorprendida.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú lo sabes todo —dijo él moviendo la cadena que le había puesto, la de la Virgen del Mar.

La Virgen del Carmen.

—Déjala, es mía ahora —dijo ella —tú me la diste.

—Sí, te la di. Te la di porque has visto lo que yo no he visto y porque has comprendido lo que yo ni aún me imagino. Tienes más conocimiento de Luna del que yo pudiera haber conseguido en mil años.

—Fue Raquel la que me habló de este linaje de las aguas. Son personas fuera, son seres de agua dentro. El secreto cubre sus cuerpos, sus sueños, todo su ser. A la luz del día no son hermosos, pero a la luz del amor sí que lo son.

Había parado de nevar. Pero el muelle lucía blanco.

Ezequiel tomó un mechón del cabello de Virginia. Le tranquilizaba aquel color dorado, casi blanco a la luz de aquel día. A la poca luz que refulgía.

El pelo rubio tenía un efecto sedante en él.

Era balsámico, era tranquilizador.

—¿Mi amor por ella no fue real?

—No lo sé —dijo Virginia —pero el amor que ella te tuvo, lo cambió todo.

—Lo sé —dijo él —podía sentir como el viento se volvía cada vez más fuerte para los demás, mientras las aguas cada vez eran más benignas conmigo, dándome todo aquello que pidiera pescar. Yo lo pedía antes de embarcarme, y aún lo hago. Luna me dijo que las aguas me obedecerían.

—¿Pescabas mucho?

—El premio de las sirenas al pescador al que aman —dijo él

—Exacto, así era. Ella debía de hacer lo que todos han hecho durante siglos. Enamorar a seres humanos y llevarlos a la perdición, pero no fue así. Ella se enamoró realmente, y cuando le tocó la hora de volver a las aguas ella no lo hizo. Decidió quedarse contigo. Y lo hizo. Te amó demasiado, te dio una hija y después las aguas como castigo la reclamaron. Al entrar en ellas perdió su espíritu —Virginia observó en la cercanía su visión —ella se quedó para siempre atrapada en ella. Hizo que el vínculo de los seres de las aguas con los hombres se perdiera a través de algo. Tal vez algo que le diste en señal de amor ¿tu anillo de bodas? ¿Este collar?

—Esta medalla, sí —dijo él —fue un regalo libre que le di a Luna.

—Pues por esta medalla ahora vendrá alguno —dijo Virginia —pero quien sabe quien podría ser.

—Tal vez ¿soy yo mismo un ser de las aguas? Mira mi piel, mira mis ojos, mira mi soledad —dijo él

—Sobre todo lo que miro es tu lamento —dijo Virginia —tu profunda tristeza. No amas como un hombre, no lloras más que como el dolor por sí mismo. Mira, como deseas —dijo ella señalando su mano en su pelo —ninguna pasión conoce fin en ti.

—Pero yo nunca he estado bajo las aguas —dijo él

—¿Estás seguro?

Ezequiel sintió que nada de lo que creía, de lo que soñaba tenía mucho sentido.

¿Acaso él era también un ser del mar?

¿Acaso tenía en su alma una cola de pez o en su cuerpo?

—Amante de una mujer de tierra —dijo ella —sin embargo esa no fue Luna, soy yo.

—No puede ser posible, mis padres...

—Tus padres son hombres, mas igual no son tus verdaderos padres. ¿Tu relación no ha sido buena?

—Ellos no me quieren —dijo él

Virginia siguió caminando y él con ella. Descendieron hasta los demás barcos.

—Cuidado con la nieve —dijo ella

El pisó uno y otro los lugares donde ella pisó antes que él. Se perdieron por la playa poco a poco, caminando más y más lejos en silencio.

Ninguno de los dos iba pensando en lo que hablaban, sabían que se

resolvería por sí mismo.

—Puedes amarlos durante años, si ellos consiguen meterse en la piel — dijo Virginia, sentándose entre las rocas más altas.

El frío era insoportable, pero él se sentó tras ella, observando el mar que era una capa blanquecina y azul.

Buscaba algo más allá de una simple mirada.

—¿Acaso puedo pertenecer a aquello?

—Pertenece —dijo Virginia —por eso nadie puede comprenderte, nadie puede llegar a ti. Debo escribir tu historia. La historia del Hombre Triste del Puerto, la historia del hombre de las aguas, aquel al que llamaban el Lobo de Mar Más Triste.

—En todos los nombres que me has puesto has mencionado la misma palabra.

—Tristeza —dijo ella

—Tristeza —repitió él —y ahora ¿qué querrá Delia?

—Ella no me quiere ver a mí, sino a ti —dijo Virginia —te equivocabas en una cosa —dijo Virginia quitándose la medalla —yo no soy nadie, no tengo ninguna conexión de nada, ni conocimiento. Yo solo he sentido y he amado. He visto y oído para ti, pero esta decisión es tuya, y este regalo también. Pertenecen a un pueblo que lo reclamará, y por eso debes de protegerlo o dárselo tú, la decisión es tuya. Si vuelve al agua todo seguirá igual. El amor seguirá perdiendo a los seres de la tierra pero si decides quedártelo el vínculo ya romperás para siempre.

—Pero yo...

—Acéptalo —dijo Virginia cerrando la mano de Ezequiel.

Acuclillada frente a él, nunca se había sentido más escuchada, ni más necesaria.

Eso era lo que había empezado a amar en él, el hecho de saberse importante para alguien.

—¿Qué quieres decir? Yo quiero estar contigo ahora.

—Y conmigo estarás —dijo Virginia —pero ambos tenemos mucho que averiguar antes de decidir si seguiremos juntos.

—¿Averiguar el qué? No importa de dónde somos, a mí no me importa. No ahora.

—Importa y mucho, porque tienes una importante decisión que tomar. Y yo tengo mucho que aclarar en mi mente. El padrastro de Raquel y su

hermana son seres del mar, ellos podrán decirte si perteneces a su pueblo, y querrán que les entregues la cadena. Al unirme a mí les has debilitado, puedo sentir que el agua está más fría pero más fuerte. Una gran tormenta viene.

—Luna decía que los vientos están en cada estación.

—Como los vientos yo soy —dijo ella —vamos, te ayudaré. Debemos ir a la sierra. Allí encontrarás tus respuestas, la razón de por qué siempre has sido diferente.

El la siguió.

Quiso devolverle la medalla, pero ella tenía razón.

Solo esa prenda era lo que separaba siglos y siglos de injusticia. El odio de los seres del agua por los humanos.

—Pero ¿cómo puedes saberlo tú?

Virginia no dijo nada.

Ella no lo sabía.

Pero una cosa era segura, si uno de los dos era un ser humano ésa era ella, no él.

Volvieron al coche, y comieron algo. Luego se pusieron a conducir hasta la sierra. Tal y como Tonio les había dicho el vendaval de nieve no tardó pronto en descender del cielo a la tierra. Ezequiel puso cadenas al coche.

Tardaron varias horas en llegar, de tan lento como Virginia tuvo que conducir hasta llegar a la casa de Delia.

Fue Ezequiel el que les iba indicando. Incluso el que habló por ella cuando les llamó al teléfono móvil de Virginia.

—¿Sí?

—Oh, ¿Ezequiel Chauntel? Soy yo, Delia Ibies

—Entiendo, buenos días señora.

—¿Estáis camino de casa? Os estoy esperando. Estaba preocupada.

Él guardó silencio.

—La tormenta de nieve. Estoy preocupada por vosotros.

—Ya estamos llegando señora, no se preocupe

—Oh bien

Luego él le había colgado.

Algo atronador batió su interior, y después miró en dirección a Virginia, quien centrada en la conducción se transformó en lo que era.

Un ser débil, delicado, discreto y reemplazable para el mundo pero no para él.

Vio su piel blanca, su boca apretada, su miedo. Respiró algo en ella. Era algo dulce.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha dicho?

Ezequiel supo que el mundo que había conocido era un lugar peligroso para Virginia.

—Algo malo va a ocurrir

—¿Eso te ha dicho esa mujer? Ha perdido la cabeza —dijo ella

Entonces el coche se paró de pronto.

Un movimiento tras ellos terrible sonó. El coche volvió a temblar, como si algo se tirara sobre ellos.

—¡Ha sido uno de los grandes pinos! —chilló él —¡es enorme!

Ella se bajó. Las luces encendidas, el coche atorado por atrás.

—¡No le ha dado!

El gran árbol gigante tapando toda la pequeña carretera.

—Y no creo que más coches pasen por este lugar. El bosque comienza aquí —dijo él

—¿Has estado aquí antes?

—Tantas veces que me cuesta contarlas. Durmiendo en cualquier lugar. Haciendo un fuego, comiendo lo que cazaba, siempre me he adentrado en los montes para llegar a donde quería ir.

—¿Cómo quitaremos ese trozo?

—Da marcha adelante y luego marcha atrás, vamos —dijo él

Varias ramas quedaron encima del maletero, pero Virginia hizo eso. Arrancó y dio dos tirones.

El segundo la rama cayó retirada por Ezequiel.

—¡Mierda, nos quedaremos aquí atrapados durante un tiempo!

—Espero que la señora nos reciba bien, vamos, sigamos.

—Sí. Aquí hace mucho frío

Ambos siguieron su camino.

La casa estaba prácticamente cerca. A menos de cien metros.

El coche rojo entró en la gran propiedad. Una gran casa de campo en medio de la nada. Pero era una casa grande, de color naranja sus tejas, de pintura blanca la entrada, tan tranquila y apacible como el mar.

Dos pequeñas sirenas coronaban la puerta de entrada en la que les esperaba Delia.

La mujer que les esperaba no era como ellos pensaban.

Para nada.

Primero la vio Ezequiel, y ese momento fue lo que más marcó su paso por aquella casa que aún está en pie. A su izquierda Virginia bajaba del coche.

Vio el rostro oscuro del que busca encajar en algún lugar y por fin encuentra su sitio en el de Ezequiel y el de una alegría oculta que emergía en el de Delia Ibies. Pensó qué estaba haciendo ella realmente allí.

—Aquí estáis —dijo en un susurro la señora

Tenía entre sus manos una especie de bastón sobre el que se apoyaba. Su pelo era aún negro, lastimosamente bien teñido, a pesar de ser mayor que Raquel.

Había sido su hermanastra, aquella historia del gato era terrible. Se la había contado la noche anterior Ezequiel.

Su ropa era una larga túnica color oscura.

—Hoy todo el servicio se ha marchado —dijo ella —me temo que estaremos muy solos, sed bienvenidos a mi casa. Se llama “Las Aguas del Norte”. Porque de esa tierra procedo.

—¿Tú también eres de las aguas?

La primera pregunta fue directa, pero ella fingió no hacerlo.

La casa era rústica, pero enorme. Era normal que la anciana tuviera gente que la ayudara.

—Señora traigo aquí toda su ropa, para probársela —dijo Virginia

Pero ya era tarde. Ezequiel era presa de los ojos de la anciana, quien le observaba como si fuera el único hombre en el mundo.

Ambos entraron tras ella.

Delia acarició el rostro de Ezequiel tranquilamente y luego entró.

La casa estaba formada principalmente por un largo pasillo por el cual se daba acceso a toda la planta baja. La biblioteca, la salita de invitados, la cocina.

Allí se quedaron.

—¿Quiere que empecemos a probarle la ropa señora? Tengo muchísimos vestidos.

—Claro —dijo ella sin apartar los ojos de Ezequiel

—El señor Chauntel ha querido acompañarme hoy. No sabía dónde estaba su casa —Virginia se quitó la chaqueta, y ayudó a Ezequiel a quitarse la suya propia.

No lo sabía.

Él estaba como parado, como no sabiendo qué ocurría.

Tal vez cuando más de uno entraba en contacto sucedía esto, pensaba Virginia.

Pero ¿ella qué debía de hacer, ya que no podían irse aún?

No era la primera vez que le quitaba su chaqueta a Ezequiel, pero jamás le había visto en este estado de soledad, de hipnotismo, de embrujo.

¿Habría tal vez algo que le haría despertar?

—¿Cómo has estado, querido Astén?

—¿Astén? Ese no es mi nombre, señora —dijo él. Pero Delia le miraba moviendo la cabeza de modo extraño.

—¿Y quién podrías ser no, mi pequeño Astén?

—Ezequiel —dijo él

—Iré a buscar mis cosas al coche, todo lo que necesitaré —dijo Virginia.

Ambos la miraron con ira.

Incluido Ezequiel. Era casi como si entre ellos se hubiera establecido esa mágica conexión.

Necesitaba ver agua, lo sabía ella muy bien.

Salió afuera de la casa.

Decidió que bajaría a pie.

Pero ¿y si algo malo sucedía?

Si en verdad Ezequiel descubría que no era un hombre sino uno de esos seres misteriosos como su esposa, seguro que le daría su medalla a los seres del agua y la maldición seguiría. Pero si lo hacía ¿cómo podía ella, una simple mujer, replicarle? Nada les unía salvo unas palabras en un papel, una pesadilla y una pasión pasajera.

¿Era todo realmente tan simple como eso, o realmente había más? ¿Era acaso todo aquel idilio algo que simplificaba en su cabeza automáticamente Virginia solo para tener una excusa y huir salvando su propio pellejo?

Ella se sentó en el asiento del copiloto.

Era extraño, pero alguien había abierto su maletero. Seguramente buscaban algo.

Virginia miró a su alrededor.

Debía marcharse, no podía quedarse en aquella casa. Toda una conspiración pululaba a sus espaldas, podía sentirlo.

Podía sentirlo, y de hecho...

Dentro de la casa Astén no se reconocía a sí mismo.

—¿De verdad? Eso es imposible

—Eres Astén, mi única alegría —dijo ella —no fue hasta que naciste que lo comprendí.

—Pero mis padres son los que son —dijo él

—Sí, es verdad. Pero tu nacimiento no fue tal y como te dijeron —dijo ella —Beatriz acudió a nosotros. Ella yació con uno de los nuestros, quería un hijo especial.

—¿Beatriz es mi madre?

—Sí, pero tu padre no lo es —dijo Delia —yo pasé mucho dolor por tu causa, Astén. Cuando tu madre te parió ella me pasó sus dolores, me pasó su sufrimiento. Nunca ha habido un cruce entre nuestras especies, es imposible.

—¿Cómo?

—Igual que el agua salada que te llama, que te somete, que te espera, te castiga pero te regala —dijo Delia

Sus manos se movían a la misma velocidad que hablaba.

—¿Entonces mi hija?

—Tu hija era hija de dos seres del agua, Luna era nuestro orgullo. Ella había vivido tanto tiempo siendo la que unía la tierra con el agua...pero ella cometió un pecado de orgullo contra nuestra raza. Ella debía de traerte a las aguas, no dejarte en tierra, ni mucho menos quedarse ella, privándonos así de dos grandes valedores para nosotros. Uno de los nuestros como tú, atrapado en tierra no nos servía. Necesitábamos una conexión, un nexo de unión con tu mundo terrestre. Los ojos de las gaviotas son débiles, y pasan tanta hambre, sufren tanto dolor por nada...apenas podemos establecer la comunión necesaria. Tú debías estar bajo el agua con Luna. Pero algo en tu destino truncó ese hado que tienes necesidad y obligación de cambiar.

—¿Me necesitáis? ¿Para qué? ¿Para arruinar a las personas?

—Para que seas nuestros ojos en la tierra, y nuestro cuerpo en el agua, por favor entiéndelo —dijo ella pasando la mano por la cara bronceada que sin embargo negaba —fue Luna la que te hizo sufrir tanto. Tu dolor era mi dolor cuando ella murió. La desolación que sentiste no era normal, era demasiada la tristeza ¿Acaso no lo has notado nunca?

—Yo no, pero sí ella —dijo él —me lo dijo.

—Luna seguía velando por ti. Su alma quedó ya liberada, pues antes

estaba dividida en dos, dos trozos. El que buscaba tu devastación, y el más predominante, el que te amaba.

—Pero yo no hablo de Luna, sino de Virginia —dijo él

—Oh ella, sí —dijo Delia —supongo que sí.

—¿Por qué ella está al corriente de todo esto?

Una pregunta sin respuesta.

—No lo sé, nadie lo sabe —dijo ella —pero hijo, no importa.

Sostuvo su mejilla entre sus manos.

Y sostendría la de Virginia antes de hacer que se ahogara. Virginia era como Raquel, una aberración. Un ser humano conectado con los seres de agua, que iba más allá del simple amor o dolor.

El alma de Luna no encontrando un ser de agua que cuidase de Ezequiel como debía había tomado el camino de la revelación con esa nueva inquilina, la única persona lo suficientemente cerca de su marido.

¡Cómo le conocían ambas!

¿Era acaso Astén un dorado?

No. No lo era.

Los Dorados recubrían de vejez su piel bajo el agua, y atraían cantando jóvenes doncellas afuera, para devorarlas bajo el mar.

—¿Dónde está Virginia?

Él movió su cabeza hacia el exterior.

¿O tal vez era uno seducido por una humana?

Resultaba repugnante. Un ser de las aguas como él, puro aunque sin cambio físico, sometido al amor de una simple humana.

—¿Qué puedo hacer? —dijo él abriendo las dos manos

—Quedaos esta noche, está muy frío y yo no puedo revelarte más por un día —dijo ella —pero bienvenido a casa, Astén.

—¡Ya estoy aquí, Ezequiel, señora Ibies!

Virginia entró sola.

—Hola querida, puedes llamarme simplemente Delia —dijo ella

—Por favor, póngase ahí arriba —dijo Virginia.

Parecía distinta.

¿Qué había pasado ahí afuera?

Sus ojos se quedaron vivamente fijos en Delia, y luego en Ezequiel.

—Os traeré un café primero —dijo Delia.

Tenía que comprobarlo. Si él era un Dorado todo sería diferente.

Significaría que no haría falta la medalla, sino su presencia bajo el agua. Que Ezequiel con esa presencia devoraría a la mejor de las mujeres del mundo si se lo proponía. Que las atraería y dentro las arruinaría. Causaría sufrimiento.

Causaría la perdición de Cabo Corín.

Nada mejor que hacerle ver a Raquel que todo cuanto ella amaba se perdería. Sus amigos, sus vecinos, la poca familia por parte de su madre que aún vivía allí.

Aquella maldita que le robó la atención de esa madre que la intentó querer, pero no podía porque siempre tenía que salir corriendo detrás de su propia hija, cuando ella, Delia, estaba enferma o echaba de menos el mar.

Hija única de su padrastro, hija única de una madre sin nombre.

Jamás pudo tener una en la tierra porque la hija de ésta se había empeñado en mostrarle a su madre cuánto de terribles eran su hijastra y su nuevo marido.

Al querer separarse de su marido Germán, éste no había tenido más remedio que verter la sal de su lengua sobre su agua para beber y hacerla así agonizar.

Veneno de agua, sobre el agua.

Irónico.

—Oh Astén —dijo ella

No pudo soportarlo. La emoción de haber encontrado al miembro más atípico de su colonia en aquel cabo era ya más leyenda o fantasía que realidad o una posibilidad auténtica entre los suyos.

Ya quedaban tan pocos.

Tan pocos a los que les importase la antigua rivalidad entre las sirenas y los Dorados contra los hombres de la tierra que apenas tenían luchadores entre sus filas. Los nuevos seres nacidos entre su gente eran débiles, se conformaban con vivir entre los delfines, con dormir boca arriba entre los arrecifes y cantar bajo el agua. Jamás salían afuera, jamás soñaban con nada que no fuera el mar.

Y con menos de cuarenta años de 900 días de los seres del mar, se dejaban convertir en sal, su espíritu entre la espuma se vertía siempre sobre las propias profundidades.

Pero la presencia entre las aguas de un ser como Astén les insuflaría de un espíritu nuevo a todos ellos. Astén había nacido para ser un líder. Beatriz

le había alumbrado entre las piedras por algo.

Y su marido había creído que era su hijo. Todos lo habían creído, ella misma.

Pero al verle diferente como siempre hacen los hombres, lo habían descartado.

Al montón de marginados, a sufrir eterna soledad y vergüenza.

No debía de fallar de todas maneras.

Era su destino. Su presencia, ya libre de todos lazos humanos era el estar con Astén y sumergirle en el agua, que se entregara voluntariamente o destruyera esa medalla en caso de no querer hacerlo. No obstante aquel juego perverso de Luna con la mujer humana, Virginia, incitándola a tomar su lugar era algo inesperado, algo que jamás había ocurrido.

El amor por Astén era lo que motivaba a Luna.

Y el deseo por él era lo que motivaba a Virginia. Pero ¿por qué estar en conexión si ambas cosas eran tan diferentes?

Sólo tenía esa disyuntiva una explicación.

Y estribaba en el macho alfa de esa colonia a la que él pertenecía pero sin haberlo sabido hasta ahora: realmente Astén debía volver, debía probar tomando tanto el veneno como la medicina de su raza.

Deslizó sobre el agua que mezcló con el café su propia sal.

La dejó.

No había en él nada de mestizo. Era un pura sangre, un nereido dentro de las aguas. Pero ¿acaso era un Dorado? Lo sabría muy pronto.

Lo era. Si la sangre de cualquiera del pueblo de las sirenas se mezclaba con el de un hombre, el resultado siempre era puro. No había imperfecciones ni manchas.

Todos lo sabían.

Era solo que las veces que había estado en el agua su cuerpo no había recibido la sal, la cura, el veneno.

Ahora ocurriría. Sentiría sed, una sed intensa de agua.

No podría apagar sus instintos y se lanzaría al mar, y ellos le seguirían.

No haría falta su medalla. Pero si lograba apagar su sed entonces nada valdría, y la necesitarían.

Vertió la sal de su lengua en el agua. No necesitó sufrir una gran metamorfosis para ello, sino que su poder no era físico, ni biológico, sin místico.

Vertió después el agua salada en el café de Astén, y lo revolvió bien mezclándolo con leche.

Igual pero sin sal para Virginia. Aunque sería un placer envenenarla como habían hecho con su madrastra. Y como deberían haber hecho con Raquel en su momento.

Pero sería demasiado doloroso para Astén, pues él sí amaba a ambas mujeres, al recuerdo de Luna y a su nueva amante, Virginia.

Oh sí, Germán, como era su nombre en la tierra, se lo había confirmado. El agua de Luna había perdido su poder obsesivo sobre Ezequiel, pues su amor por Virginia había sido consumado y otro nuevo amor bullía en su corazón. No había sido repentino, sino inesperado.

Se había tomado su tiempo, pero había atacado como una sierpe, rápido y mortal.

Así era el amor de los humanos. Peligroso para su raza, pero valioso cuando se trataba de hechizarles y hacerles morir por su causa. Por lo que les debían.

—¿Qué estará haciendo? —dijo Astén

—¿Quién? —Virginia se había puesto el alfilerero sobre el cuello, sacando la ropa, esperando paciente para ajustarla.

¡Qué extraño, era como si no se acordase de nada!

—Virginia ¿qué te pasa? No pareces la misma

—Nada Ezequiel. ¿Has averiguado algo?

Ezequiel respiró, tranquilo.

Sí que se acordaba, gracias a Dios.

Si no tendría que comenzar a contarle todo. Desde el principio.

Aquella casa era extraña, cuanto antes se fuesen mejor. No pensaba entregarles la medalla. Estaba muy claro de quién era.

Además a él solo le importaba una cosa.

—Virginia tenemos que marcharnos de aquí —dijo él —pretenden algo de mí. Y soy lo que tú dijiste que era.

—Oh, pero ¿ella es tu madre?

—No, mi madre es Beatriz. En eso no mintieron —dijo él.

—Me alegro, al fin has encontrado tus orígenes, Ezequiel —dijo ella — en cuanto le tome las medidas a Delia me iré, pues aquí no pinto nada. Supongo que querréis pasar tiempo juntos, ahora tu vida ha cambiado, tendrás que hablar con tu madre también.

—Virginia —Ezequiel tomó a la mujer entre sus manos —mi vida no ha cambiado en absoluto. Yo soy quien soy no quien ellos quieran.

—Oh sí, claro.

Había sido hechizada, sin duda. ¿Con quién se había encontrado afuera?

No estaban solos en aquella casa. Y Virginia no atendería a más razones.

En la distancia alguien se desesperaba. Como se comenzaba a desesperar Virginia ante todo el trabajo que le había dado Raquel para aquella hermana que venía de las aguas.

Virginia se limitó a hacer su trabajo, para ella al fin y al cabo era una clienta. Le probó toda la ropa y los vestidos, incluso los pantalones. Estaba mucho más delgada, y algunos le quedaban demasiado grandes, era como si no fuera su ropa.

Era de un estilo tan clásico, tal parecía que fuera de los años cincuenta. Era ropa de joven y ellas ya no lo eran. Pero aún así le arreglaría los vestidos negros, los pantalones anchos, las camisas de meter furtivamente por dentro de los pantalones.

—Estoy más delgada ahora, mi constitución —dijo ella mostrando su Sal en los ojos, capturando la última mirada de Virginia quien la observó lentamente, sintiendo mucho sueño.

Encima de la pequeña mesa de nogal de su salita, Virginia había convertido aquella casa en un pequeño taller de costura.

—Es usted una costurera excelente —le había dicho por última vez Delia —tengo mucha suerte de que mi hermana me haya recomendado a usted, porque no tengo a nadie quien me ayude. Mi artritis no me deja caminar demasiado.

Era cierto. Tenía los dedos de los pies casi deformes, como las rodillas.

Se levantó el vestido sujetándose aún en la mesa sobre los hombros de Virginia.

Aunque había salido afuera, Ezequiel bebió un trozo de café, desesperadamente. Desesperación esa era la palabra de todos.

La desesperación era de Raquel. Raquel acaso en su porche miraba la hermosa casa que el Lobo Triste del Puerto, al que todos conocían por deambular por el puerto perdido entre los fantasmas de su esposa y su hija muertas, tanto admiraba.

Se preguntaba cómo le habría ido con Virginia.

Cómo les iría, por lo que les había enviado allí.

La alianza de los hombres de las aguas con los humanos nunca había sido tan débil, tan proclive a ser derrotada por dos pasiones tan fuertes.

Primero la de Luna por Ezequiel, luego la de Ezequiel por Virginia.

No obstante sabía el terreno que pisaba.

Había visto la marca que las manos de Ezequiel habían dejado en sus muebles, en su almohada.

De sal.

Tenía la Sal en su piel, en su cuerpo, en su alma, de ahí tanta tristeza. Siendo uno de ellos echaba de menos el agua sin saberlo, por eso era pescador. Pero la magia de aquella raza no se había extendido en él, con él se apagaba. Tal vez porque había algo en su persona que no era como ellos, tal vez porque había sido amado de verdad una vez, tal vez dos.

Si Virginia no le amaba, al menos le deseaba.

Cuando esto ocurría el ser de agua poseía al humano, en cuerpo y alma, pero no era auténtico.

Tal vez Virginia también le amara, aunque ella no fuera consciente.

Era irónico como el dominio de toda una raza sobre otra podría resurgir o terminarse con algo tan normal como el amor, pero qué poderosa energía.

Había echado toda la Sal de Ezequiel en un bote, de esos que su marido hacía tanto había tenido de echar conchas marinas. Aún tenía alguna echada por él.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Su hermana Delia al comprobar que él era un ser del agua intentaría que volviera. Era un paria que había conseguido vivir fuera, y su precio había sido el no poseer los dones que otros seres del agua poseen.

Recordaba Raquel como le había hablado Luna un día de cuanto su marido pescaba.

Pescaba mucho y muy variado sin decir nada no porque el poder del amor de ella le diese a él esa energía sobre las aguas, sino porque ella solo hacía que él se concentrara y proyectase sobre el mar su poder. Su propio poder.

Ese había sido siempre su secreto.

No habían podido vender el amor que Luna había sentido por Ezequiel sus propios congéneres. Ni Delia, ni su padrastro, llamado Germán entre los hombres, Nereo entre los suyos.

—Nereo, Nereo ¿por qué? —le había susurrado su propia madre antes de

morir.

Él había matado a su joven y desdichada madre.

La vieja Raquel lo recordaba, podía verlo todo.

A su hermana llorando de verdad, pues había llegado a amarla. Delia la amaba.

No quería su muerte, pero no había tenido más remedio. Conocía su secreto, sabía demasiado.

Luego ellos habían vuelto a las aguas, pues su biología marina no podía ser evitada durante más lunas, y además ya habían cometido su propósito: traer la ruina a un mortal.

Con el último suspiro de su madre sus colas se hincharon. Se fueron y Raquel quedó sola en el mundo.

De su casa al colegio donde Padre Martín, ya muerto también había cuidado de ella hasta que le consiguió el primer trabajo, y hasta que se casó con aquel buen hombre.

Todos se habían ido.

Todos aquellos, tanto los seres del agua como los de la tierra que alguna vez habían estado en el Puerto se habían ido ya. El Puerto se había ido llenando de nuevas gentes, de nuevas caras.

Cabo Corín no había crecido, pero la presencia de aquel joven, de Ezequiel Chauntel lo había cambiado todo.

Claro que era un ser de las aguas.

¿Acaso conservaban aquellos un halo antiguo, no propio de esta época y lugar?

Los ojos hipnóticos, la barba oscura, aquella raída chaqueta, aquella altura descomunal.

Era como un marinero del siglo XVIII fantasmal, pero al mismo tiempo muy real. Pues su pelo con el viento se movía, sus ojos como dos tizones abiertos se clavaban en tu propia mirada si le mirabas más de lo necesario.

Era a la vez día y noche, era todo cuanto parecía y más.

Era el Hombre Triste del Puerto.

Ahora todo tenía sentido. Raquel se sentó en el pequeño banco de madera que su marido, quien también había sido pescador junto a carpintero le había hecho.

Aún lo veía junto a ella, leyendo el periódico antes de que la enfermedad le llevara.

Había sido toda una vida de esterilidad, pero de amor.

La falta de hijos la había herido en la carne, en el amor propio durante años, pero nunca en el alma. Ni su marido le había reclamado nada jamás.

Con él había vivido una vida plena, algo que Delia jamás pudo arrebatarse.

—¿Creíste que ibas a llevarte todo de mí? —le había dicho Raquel al volver a confrontarla cuando ella se instaló también en el pueblo con su ficticia pareja.

—Me he llevado a los hijos que no has tenido —le había espetado.

Con la cabeza baja, a causa de la terrible verdad que ya se temía, sin embargo Raquel nunca se amilanó.

—Tú en cambio afirmas haber tenido uno, algún día yo le conoceré, algún día yo haré que él te lleve a ti y a todos los tuyos.

Delia no había tenido hijos en la tierra tampoco, si acaso en el agua.

Pero de sus muchos hijos la astuta Raquel supo a quien escoger. Supo a quien elegir perfectamente.

Ese Lobo Triste como le llamaban. Ese viudo con esos ojos, esa belleza oscura y oculta que solo de cerca se dejaba sentir, esa presencia, era uno de ellos. De algún modo estaba relacionado con el mundo del mar y sus criaturas y mucho más con Delia.

Raquel ahora soltó la Sal de Ezequiel en el aire, si hubiera sabido su nombre auténtico, el dado en su nacimiento de alguna manera cercano a Delia que hasta podía sentir su mano sobre él lo hubiese dicho, sin embargo dejó que el viento de nieve se la llevara, como si fueran cenizas de un difunto tan lejos cuanto pudo.

Con él se iban sus esperanzas.

Esperaba haber hecho bien, y si se había equivocado, pues el mundo seguiría como había estado siempre, nada bueno ni malo cambiaría. Pero lo que se podía haber evitado era mucho más allá.

De todas maneras su tránsito por esta historia no estaba acaba aún.

Recordaba en su mente un segundo encuentro con Delia en el pueblo, en la panadería.

—¿Crees que todo está acabado? Oh, no —le había dicho a su hermana, quien dentro del coche esperaba fuera pacientemente que la chica de los recados terminara, con su chofer. La subirían a la sierra ellos mismos.

Delia había abierto la ventanilla del coche y le había silbado primero.

—¿De qué hablas? Yo he sido madre y aún otro hijo más he tenido y tú nunca los tendrás, incluso ese hombre que anda contigo se cansará de ti, yo...

—Yo estaré ahí para ver tu final. Te juro que sabrás el día en que morirás porque me verás de nuevo, me verás venir sonriendo hacia donde tú estés. Recorreré una gran distancia pero estaré ahí, como tú estuviste cuando mi madre murió.

No dijo más.

Esa vez había sido brutal. Para la sirena y para la mujer.

Para la no madre y para la fértil.

Para la orgullosa y la miserable, la fuerte y la débil.

Ambas eran hermanas, ambas habían compartido aún en el odio tanto tiempo, tantos años que se sentían irresolublemente unidas, incluso ahora.

Ahora que Raquel osaba mandarle a Virginia y a Astén, a aquel hijo que consideraba ya perdido a su casa.

Esa ropa de su madre...era un insulto más de su hermana.

¡Oh que fácil hubiera sido de acabar con ella! Pero Raquel sabía que Delia no lo hubiera hecho, que eso sería demasiado simple.

Ella le arrebataría todo, como siempre había hecho.

Y esa verdad, ese hecho era la ventaja de Raquel sobre la poderosa sirena. Sobre Delia, a pesar de tantos años.

Ezequiel había probado el café con leche. Sintió como algo le quemó la lengua.

Pero tiró el resto del café hacia la fachada de la pared.

Sabía a mil demonios. Era como si fuera agua salada del mar.

—¡Oh, ayuda! ¡Por favor Astén ven!

Ezequiel entró rápido. Sentía que sus manos se calentaban, todo era muy extraño.

Pero entró al grito de Delia.

No debería de haber dejado a Virginia con ella.

Estaba desmayada.

—Se ha desmayado, no sé qué ha pasado, rápido, tráela aquí —dijo Delia caminando muy despacio con su bastón.

Ezequiel cogió en brazos a Virginia y la subió al primer piso donde había una habitación esperándola, muy del gusto de las gentes de las aguas.

Ezequiel de un fuerte manotazo quitó todas las cárcolas que había sobre su cama.

La acostó después, quitándole su bufanda blanca también.

Los grandes ojos maquillados estaban cerrados como si estuviera durmiendo. El movimiento de su pecho le hizo saber a Ezequiel que estaba bien, que respiraba.

Le puso la mano delante de su boca. Así era, estaba en lo cierto Delia.

—¿Qué ha pasado?

—Ella simplemente ha debido de desarrollar una fuerte bajada de tensión —dijo Delia —en un lugar como éste es muy probable que un humano normal tenga problemas, dada su biología.

—Creía que la Sal la subía

—Oh no la nuestra propia, hijo

—Deja de llamarme así —dijo él —yo no soy Astén, ni un macho de sirena, ni un ser acuático, ni un pez. Soy un hombre.

—De acuerdo

—¿Y tus criados, por qué ellos se han ido?

—Volverán mañana si es que pueden con el paso bloqueado —dijo ella —pero son seres de las aguas, como yo por eso a ellos no les pasará esto. Oh, Ezequiel me temo que ella estará dormida muchas horas aún.

—Como no se ponga bien...yo te denunciaré a la policía, no puedo creer nada de lo que me has contado, no es posible. No sin pruebas.

—Esta noche las tendrás —dijo cerrando la puerta Delia —de todas maneras, no podríais iros sin congelaros. Todo el fin de semana estará nevando.

No mintió.

Cuando anocheció la nieve comenzó a caer poco a poco.

Delia trajo una calefacción para Virginia, quien finalmente volvió en sí mientras ésta última le echaba agua caliente en la cara.

—Venga, despierta mujer

La mujer lo hizo.

—He estado soñando, he visto...

—¿El qué?

—Todo su mundo, señora —dijo Virginia

—Virginia ¿estás bien?

Frente a ella estaba Ezequiel.

Ahora lo veía. Pero no el que estaba destinado a ser, sino el que él creía que era.

—También estabas tú, Ezequiel —dijo Virginia cogiendo su mano.
Su cuerpo entero estaba tapado con una manta de patchword.

—He visto un mundo más lejos del que ninguno de los dos podríais imaginar. He visto la paz, la facilidad con que humanos y seres del agua podrían vivir.

—Luna —dijo Delia poniéndose en pie.

Ahora estaba dándole a la humana visión. Lo único que le quedaba.

Otra cualidad que no podía derrotar.

—¿Has visto la paz?

—Ellos quieren la guerra, Ezequiel —dijo Virginia —una guerra entre los hombres y las sirenas, pero no sería justo. No, por favor, escúchame —dijo ella cogiendo su barbilla entre sus manos —incluso Delia ha perdido mucho. Muchos hijos de sus entrañas, hijos del agua, como tú. Los ha perdido entre las aguas porque ellos no han entendido el significado de esta guerra, porque ella misma los ha dejado ir sabiendo que no tendrían una vida larga. Ella solo te tiene a ti.

—¿Has visto a Luna?

Virginia asintió.

—Y a ti —dijo ella

—Está delirando —dijo Ezequiel tocando su frente.

—Estoy de acuerdo, sin duda tiene fiebre —dijo Delia —le traeré algo.

Le trajo un jarabe extraño. Se lo tomó.

Ni Virginia ni Ezequiel dudaban de su poder, ¿qué podía darle sino Delia?

Ya peor no podía ir, además Virginia confiaba en ellos sin cortapisas.

Bajaron a cenar muy pronto.

Delia les enseñó el gran museo marino que tenía en el desván. Peces que ni se sabían que existían, mariposas retenidas en cristal vivas, pequeños trozos de coral sin pulir, nudos marineros.

Ezequiel se entretuvo ante ellos. Su vista se movía.

El frío comenzaba. Cabeza fría, manos calientes.

Mientras que Virginia sintió el bálsamo del jarabe correr presto por su mente febril, por sus miembros esclavos que seguían la voz de Delia completamente hechizada, creyéndola buena.

Muy pronto ambos serían suyos.

El vínculo con Luna y su hijo Astén, el hijo de las aguas.

El hijo que sería la inspiración para todos los otros. Dejaría de ser un pescador para ser un asesino.

El Nereo, el Dorado al que todos seguirían.

—Este lugar es precioso, señora —había dicho Virginia

—Como tú, querida.

—Gracias, y también por todo lo demás. Por dejarnos quedarnos mientras dura la tormenta.

Se había detenido ante una figura de una sirena.

—¿Es Luna? —preguntó Ezequiel

Delia iba a contestar pero no tuvo tiempo.

—No, no lo es —dijo ella —Luna tenía una cola mayor, como la que Romano le hizo. Y tú tampoco tienes una cola así.

—¿Qué? —dijo él

—Tu medio cuerpo, es dorado, como el oro recién fundido. Ese es tu verdadero ser, al que siempre has rechazado.

No dijo más, ni le dio más importancia.

Una alegría inmediata rompió en la voz de Delia.

Así que lo era. La prueba no era necesaria.

Se transformaría de todas maneras. No estaba maldito, pues era lo que siempre había sido. Un Dorado retenido por el amor en tierra.

Y ahora sería liberado por la Sal, a no ser que Virginia también le amara.

De una manera o de otra, debería mantenerlos alejados.

—Te enseñaré tu habitación, Ezequiel —dijo Delia —hasta que podáis marcharos.

—¿Este desván lleno de trastos y con estas redes tan preciosas eran todo cuanto iba a hacerme cambiar de idea y volver con vosotros?

—Nada te retiene aquí —dijo Delia —Virginia no te ama, no como tú crees. Siente pasión por ti, es cierto. ¿Quién no podría sentirla? —dijo ella pasando su mano por la garganta del joven, que la apartó con asco —pero ella ama a otro, alguien que prometió que regresaría por ella ¿no es verdad?

—¿Cómo sabes eso?

—Sus ojos lo dicen. Los mortales son tan previsibles cuando están enamorados.

—Es imposible que ame a Luis —dijo él —no desde que está conmigo.

—¿Acaso ella te ha dicho que te quiere?

Ezequiel hundió su cabeza entre las dos manos.

A su alrededor la voz de Delia comenzó a dar vueltas, como si su cuerpo también lo hiciera, pero sin embargo estaba fija, estática frente a él.

—Y sin embargo no lo ha hecho aún. Supongo que te diría que tiene que pensarlo. Pero ¿pensar qué, Astén? Pensar, pensar. Los humanos lo dicen continuamente. Pero ¿pensar en qué? ¿Qué antes de ayer durmió con su novio y ayer contigo? ¿Qué os usa a ambos, como tú usas el recuerdo de Luna cuando te conviene y tu atracción por Virginia también? A tu esposa la usas para sentir la conexión con las aguas y con todo lo que ella representa, tu verdadero mundo. El mar. Y a Virginia para decirte a ti mismo que eres un hombre ordinario. Te aferras a ella para hacerte sentir mejor, que encajas en la sociedad humana, que a través de ella podrás llevar una vida normal. Pero no lo eres. Pescas tanto por ti, no por Luna. No porque ella te protegiera sino porque los nuestros, los peces, te aman. Eres uno de ellos. Eres uno de nosotros. El mundo jamás te aceptará, no como nosotros. La única que te ha amado ha sido Luna, una de las nuestras. Dio su vida por ese amor, su poder, su cola, sus sueños. Incluso a su pequeña hija. Yo la avisé, le dije que jamás, jamás se hiciera al mar contigo.

—¿Qué? ¿Acaso ella lo sabía?

—Sí, siempre lo supo.

—¡Maldita! Te odio. En cuanto pase la tormenta nos iremos.

—¿Por qué? Si os vais moriréis, no podéis hacerlo. Yo jamás te obligaría a venir, pero has de saber que entre los hombres jamás serás feliz.

Sentía mucho frío, no solo en su cuerpo, sino también en su corazón.

Cada palabra dicha por aquella mujer extraña era verdad. Una tras otra.

Sentía que apenas podía caminar. Se deslizó a la misma habitación donde Virginia estaba, y cerró desde dentro.

Virginia estaba dentro de su bañera.

El completamente borracho se acercó a la bañera de color blanca que como de otra época se alzaba dentro de aquella casa.

—¿Qué pretendes, Ezequiel? Ahora no es buen momento.

Pero Ezequiel olía el agua, podía ver a través de ella. Vio las piernas blancas de Virginia con alivio.

—No sé qué me está pasando —dijo él

—Que estás cambiando, mi amor. Serás lo que yo vi de ti —dijo Virginia acariciando sus cabellos —ahora debes dejarme, debes ir a purificarte en tu Sal.

—¿Qué? No logro ver nada, me quema, me quema.

—Debes de ir a tu habitación y descansar —Virginia se levantó, pero él la empujó.

—¡No! Tú no estás bien, no has estado bien desde que saliste sola afuera, dime ¿qué te han hecho?

—Luna me ha besado —dijo ella

—¿Cómo que Luna te ha besado?

Virginia asintió.

—Bésame entonces —dijo él haciendo sus labios chocar con los de Virginia.

Ella intentó desasirse, pero no pudo.

Nadie supo cómo pero Ezequiel consiguió deshacerse de las botas y de los pantalones. Entró en la bañera, y sostuvo el cuerpo de Virginia, cálido contra el suyo, aún más.

Luego se liberó del suéter.

—No, déjame —Virginia forcejeó cuanto pudo, pero ya resultó ser demasiado tarde.

—Dame ese beso de Luna —dijo él —y yo te curaré.

Tenía razón Virginia. Ahora era como él es realmente.

—No, déjame, no puedes obligarme. No puedes violarme, llamaré a la policía, Ezequiel te lo juro.

Tiró de su pelo rubio, fuertemente y ahogó el grito penetrante que ella dio al sentir como las suaves escamas de Astén surgieron de su piel y chocaron con el vientre de ella, metiéndole en su cuerpo aquel líquido dorado y desconocido que para los humanos no existía.

Al momento ella se dejó caer. Se dejó dormir.

No recordó nada, solo la posesión placentera de la que fue objeto.

Se dejó hacer el amor ente las aguas saladas de aquella bañera por aquel ser que Delia llamaba Dorado, aquel medio Ezequiel y medio estatua de oro, cuyas piernas se entrelazaron con las de ella, y separándose las raramente la rodeó en un lanzo de pasión que duró muchas horas, y muchos minutos.

Fue aquello la encarnación de un ser en otro, una transformación de la piel pero más espiritual que física, lo físico no fue sino un reflejo de lo otro que va más allá de lo que pensamos jamás. Si estar o no estar, si elegir el mar o no gobernar sobre él, si soñar o pensar si elegir amar a un fantasma o alguien de tu propio presente.

La carne humana tornada de cintura para abajo en un cuerpo de oro, en un hombre de las aguas era aquello que se le había dado elegir a Ezequiel, o ser llamado Astén en vez de ese primer nombre que le puso su madre en la tierra es algo que se manifestó entre él y esa mujer en ese momento.

Esa mujer era una hija, una hermana, una tía, y algún día sería una madre que quizá les podría contar a sus hijos la historia del hombre que ella creyó que era de la tierra pero no lo era. De un híbrido hermoso pero extraño de dos especies que buscó la verdad a través de su cuerpo, que le hizo saber quién era realmente, que le preguntó con la carne y no con el alma. Con el corazón y no con las palabras.

El agua alrededor de su cuerpo trajo entre ellos lo que de verdad sentían. No era solo amor, era más aún.

Era la curación. La Sal bajo la lengua de las sirenas y los tritones podía ser veneno o cura. Tenía razón Delia.

Y era también lo que sabía la vieja Raquel.

Virginia sintió como recuperaba sus sentidos, como esa amnesia y el velo de aquel hombre oscuro que la había besado afuera de esa casa y que había embotado su entendimiento como si fuera la misma Luna se iba.

Amaneció abrazada a un hombre de verdad, no a un Dorado.

La transformación no había funcionado.

Delia había fallado.

Virginia le amaba.

—Tengo algo que darte, Virginia —dijo él sin que ella pudiera decir nada más.

Sacó de su chaqueta la medalla. La Virgen del Carmen.

Se la puso.

—Me has salvado —dijo él

—No, tú a mí —dijo ella —pero por favor, debemos marcharnos de esta casa. Aquí solo hay gente mala, Ezequiel.

—¿Has visto? Has visto lo que soy —dijo él

—Sí, pero he visto lo que eres ahora, y lo que nunca dejarás de ser —dijo ella

—Eso depende de ti —dijo él —aunque ahora sé que no amas a Luis.

—El me ha decepcionado tanto —dijo ella —no me ha aceptado como yo soy, jamás lo ha hecho. Pero ya no estoy segura.

—¿Te prometió que volvería?

Ezequiel se recostó sobre su pecho desnudo. Quería que el agua aún tibia de tanto movimiento les tapara. Que fuese como una colcha.

—Sí, me aseguró que lo haría. Las promesas de amor son sagradas.

—Luna me aceptó con todo cuanto yo era —dijo él —sabiendo antes que yo mismo lo que era.

Él se tocó sus piernas bronceadas, todo estaba en su sitio.

—¿Y si vuelvo a convertirme en esa cosa? Si me descubrieran me matarían —dijo él

—Solo funciona cuando no eres amado, cuanto tienes el corazón roto —dijo ella —obviamente algo lo ha activado.

—Ha sido ella —dijo Ezequiel —ha sido Delia. Pretende que me una a su pueblo y me convierta en un monstruo.

—El ser con el que he dormido esta noche no era un monstruo —dijo Virginia mirándole —era un ser hermoso, era un amante, un hombre que buscaba una respuesta.

La cara de él entre las manos.

¡Cómo sentía que la amaba!

Era como si el hecho de haber sufrido esa metamorfosis le hubiera hecho amarla aún más profundamente.

¿La quería como había querido a Luna?

No lo sabía. Simplemente la quería.

Simplemente ahora se sentía amado, curado.

—No me puedo creer que hayamos pasado aquí esta noche —dijo ella en un hilo de voz.

—¿Quieres irte, verdad? —le preguntó él

—Claro, y tú también deberías —dijo ella

—Pero debemos disimular —dijo él —de momento bajaremos a desayunar. No creo que ella nos dé nada más que pueda hacernos mucho daño.

—Es cierto. Ya me dio ese beso, y a ti te echó algo en ese café, seguro.

—En realidad es la Sal que todos nosotros tenemos —dijo él

—¿Qué es la Sal?

—Es la fuerza que tenemos con que no cuentan los humanos, la Sal es nuestro signo de identidad con las aguas, lo que nos hace volver y tener el poder. La Sal es todo cuanto tenemos. Me hizo probar la suya propia para probar algo.

—¿Te amenazó?

—Más o menos —dijo él —me dijo que esta misma noche yo mismo me daría cuenta de a donde pertenezco.

—Y lo has hecho —dijo ella

Ezequiel se cayó mirando a Virginia, preguntándose qué estaba bien y qué no.

Podía ser un ser de ambos lugares.

Pero ¿cómo lograr ese equilibrio?

—No puedes escapar a lo que eres, eres uno de los nuestros —en su cabeza todo cuanto Delia quería de él aparecía ahora que la transformación había surgido.

—¿Qué sientes?

—Lujuria —dijo él torvamente, echándose el cabello oscuro hacia un lado.

—Oh basta ya, Ezequiel —dijo ella —no podemos arreglar todo cuanto hay entre nosotros con sexo.

—Yo nunca lo había hecho hasta que te conocí —dijo él

—¿Quieres decir que yo te he cambiado? Es imposible tú has estado casado antes.

—Con Luna no era así, así nunca —dijo él —cuando estoy contigo me siento encendido —su pelo volvió a su sitio.

Ella le miró pensando en el ser egoísta que era, solo buscando para su ego femenino la respuesta que esperaba oír. No era porque lo quisiera, aunque lo hacía, era que algo en ella estaba cambiando desde hacía mucho, su interior lo hacía.

Buscaba ser siempre la mejor. Ya desde pequeña, ya desde bien joven había pretendido sino ser la más popular al menos la más hermosa .La que mejores notas sacaba no podía ser.

Ahora se veía a sí misma, como un retrato de la evolución que había sufrido, como de ser aquella chica de grandes ojos azules, animadora y sexy en su adolescencia, cómo había fracasado en estudiar y había cosido, aprendido y estudiado aquella formación profesional que su hermana sabiendo de su amor por la aguja le había propuesto.

Luego vio al Luis, parecía que se dirigía a ella, como si fuera realmente él.

Pero tembló.

—¿Qué te pasa?

—Oh Ezequiel, si seguimos en esta casa acabarán con nosotros. Con los dos, sentía que Luis estaba aquí —dijo ella

En la puerta sonó un sonido sordo.

—¡Queridos! El desayuno está en la mesa. Dos cafés con leche ¿verdad?
—la voz de una joven mujer sonó casi como si fuera un espectro.

—Maldita arpía, la criada ha vuelto. La ha traído alguien —dijo Ezequiel en voz baja.

Virginia se rodeó a sí misma con los brazos.

Había alguien más esperándoles en esa casa.

Podía sentirlo.

Capítulo V : La gente de las aguas

—¿Aún no han bajado?

Su padre posó su bastón en la mesa de la salita, impaciente.

Se puso los guantes negros, preparado para la acción.

Delia negó, cansada.

—¿Padre es necesario lo que tenemos que hacer?

—¿Ahora que sabemos lo que es? Por supuesto. Astén debe volver con nosotros, su pueblo. Los humanos jamás podrán ser nuestros amigos, lo sabes mejor que nadie, Delia. ¿Por qué dudas ahora?

Los ojos de su padre brillaron como dos brasas llameantes de un verde que daba miedo.

Si Astén era un Dorado, no había nacido para ser el líder, sino para destruir.

No era posible, su seducción sería imposible de resistir tanto para humanos como para las sirenas. Los Dorados solo buscaban la supremacía de los suyos propios.

Surgían cada mil años, la última vez habían tenido que deshacerse de ellos, y la guerra en el mar fue inmensa, duró días y días.

Los Dorados comenzaron a asesinar a todo el pueblo de las sirenas. Los tritones y su sangre azul manchó la costas, y los humanos no sabían lo que era.

Había sido terrible. Ella no había estado allí, pero sí su padre.

Girard. El Tritón Padre, el Alfa de la Colonia.

Siempre había tenido los ojos del color del corazón del mar.

Era el que más hijos había tenido, pero casi todos habían muerto entre las corrientes de los nuevos tiempos, dejándose llevar por la espuma que los barcos al seguir su camino para señorear al mar dejaban.

Querían unirse a la sal. Querían vivir por ellos bajo el agua.

Perdida toda idea de venganza o guerra, las nuevas generaciones de sirenas eran verdaderamente felices.

Eran felices como anoche en el agua salada, y completamente hechizado Astén lo había sido en compañía no de Virginia, sino del amor.

—El amor es la única respuesta —dijo a Girar, su padre. Llamado Germán entre los hombres.

—¿Es que te estás reblandeciendo? Raquel tenía razón —dijo ella

—Raquel está camino de esta casa —dijo Delia —y ella me advirtió que el día que la viera aproximarse riendo sería mi último día.

—Eso son tonterías —dijo Germán

—Tu Sal se acerca, para recibirme, lo sé —dijo ella —oh Padre, tal vez has nacido para vivir para siempre, pero yo me temo que he hecho cuanto se espera de mí.

—Que Ruth suba el desayuno —dijo su padre

Germán movió despóticamente el cayado.

Había traído a alguien consigo. Alguien a quien había cogido en la carretera.

—¡Entra! Ahora —dijo él

Un hombre joven, vestido con un traje chaqueta que apestaba a colonia de caballero entró. Como un robot se quedó delante de ambos.

La mirada perdida.

—Oh, vacío de sentimientos —dijo Delia tocándole la espalda, agitando los delgados brazos —todo un muñeco, sin conciencia, sin ideas.

—Será la única manera de que Astén vuelva con nosotros. Tiene que desencantarse de Virginia.

—Es tarde —dijo Delia —muy tarde.

Ambos sabían lo que significaban sus palabras.

—¡No!

El perro ladró afuera.

Los peces de la fuente comenzaron a cambiar de color.

—El perro está ladrando —dijo Delia

—Ya han sido llamados, a ver que hacen. Si Astén se niega a venir con nosotros debemos de arrebatarse al menos la medalla. Ya me queda poco tiempo —dijo él subiendo el pantalón.

Era cierto.

Y si a él le quedaba poco tiempo a ella, la única hija que le quedaba también.

Nunca se había sentido tan débil.

La metamorfosis de Astén era para ella como una declaración a la vez que una derrota y una traición. Todo eso en sus saladas vísceras fue demasiado.

No dejaría que él muriera, pero tampoco que abandonara a su raza.

Era a Virginia a la que debían de abatir, por más que la fuerza de Luna

la acompañara.

Bajaron las escaleras pronto, tras la llamada de Ruth.

Cuando lo hicieron, abajo estaban Germán y Delia, quien les saludaron.

—Bienvenidos a mi mesa —dijo Germán en tono cortés

—Gracias —dijo Ezequiel mirándole —es muy amable.

Germán le abrió la silla a éste, y luego a Virginia.

—Permítame —dijo abriendo su silla

—Vaya gracias, ningún hombre ya lo hace —pero algo en ella hizo que el anciano la mirase.

Era un hombre poco agraciado, pero sensualmente atractivo.

Su piel oscura era idéntica a la de Ezequiel y a la de Delia. Supo entonces que allí no era más que una intrusa.

Pero solo ella tenía el corazón de Ezequiel, algo que todos querían.

—He visto muchas cosas, señorita —dijo Germán —y he conocido a muchas personas también, pero de todas las mujeres cuantas he conocido a través de los siglos ninguna poseía su belleza.

Lo dijo de un modo hipnótico, perdido.

La observaba de cerca como si realmente creyera todo cuanto le estaba diciendo.

—Ahora sé por qué ha logrado que un Dorado la ame así. ¿Sabe cuántas sirenas de nuestro pueblo los han amado?

La dejó que se sentara.

—¿Luna?

—Sí, pero no solo ella —dijo él sentándose ante el desayuno tan brillante que Ruth les traía.

Tostadas, zumo de naranja, y flores.

Café y leche a un lado, con los terrones. Todo lucía apetitoso.

—¿Muchas otras?

—Oh sí, señorita. Muchas sirenas amaban el canto de los Dorados, y muchas morían de dolor ante su abandono. Los Dorados buscaban solo la preeminencia de los que eran como ellos. Tenían una vida larga, tanto que ni ellos mismos podían imaginárselo.

—Ezequiel —dijo Virginia

—Una vez una gitana me pronosticó larga vida, en soledad si yo me lo planteaba. Dijo que sería larga mi vida, pero como una tormenta.

—Como una tormenta, en efecto —dijo Delia bebiendo el café.

Nadie dijo nada más.

—¿Cuánto tardarás en arreglarme la ropa, Virginia? Ya han retirado el árbol y la nieve ha dejado de caer esta misma noche, tu coche podrá bajar.

—Muy pronto, se los subirá cuando lo tenga arreglado su chica si quiere, si vive allí.

—Oh me temo que no será posible, Ruth no puede hacerlo. Tendrá que venir usted, le pagaré bien.

—Ya hemos sido pagados por tu hermana —dijo Ezequiel.

De nuevo Raquel. Era como una bruja que todo lo sabía, que todo lo presentía. Era una plaga para las sirenas.

Pero ya era tarde, tras ellos una voz surgió que los hizo a todos volverse.

—Virginia

Virginia se volvió. Y allí vio al que había sido el amor de su vida hasta hacía tan poco.

—Oh, Luis ¿qué estás haciendo aquí?

—Te hice una promesa, Virginia, vengo a cumplirla —dijo él acercándose.

Todos callaron.

Luis abrió los brazos, sonriendo.

—Luis, no deberías estar aquí —dijo Ezequiel acercándose a él. Pero Luis le apartó de un manotazo.

—Esto no es asunto tuyo, es mi prometida —dijo él mirándola directamente a los ojos.

—Luis, por favor. ¿Quién de los dos lo ha traído aquí?

Virginia sonaba más peligrosa de lo que parecía.

—Luis ¿quién te ha obligado a venir? —dijo Virginia cogiéndole por las solapas de su chaqueta gris.

—Buscaba a mi verdadero amor —dijo él —y al fin te he encontrado.

—¡No! —Ezequiel lo cogió de la espalda y lo apartó con toda la fuerza de su metro noventa contra la pared —¡no es él mismo, Virginia!

—¡No le hagas daño! ¡Ezequiel!

Pero ninguno de los dos le escuchó.

—Ella es mi prometida —dijo Luis quitándose la camisa, intentando resistir los envistes de Ezequiel, quien como un tigre se lanzó ante él.

Le golpeó contra la pared, hasta que vio como Luis sangrando por el estómago sacó un cuchillo.

—¡Parad, por favor! ¡Parad! —gritó Virginia, desesperada.

—¿Lo ves? Astén no debería de estar aquí, en la tierra. Sino bajo las aguas, donde nadie más le encontrase, donde fuese feliz. Con Luna —dijo en su oído Delia.

—¿Qué? Eso es imposible, Luna ha muerto.

—Sí, pero no bajo las aguas, Virginia —dijo Germán en su otro oído. Como dos serpientes, sus voces se solapaban en una sola.

—Debes marcharte con Luis ahora —ella las escuchó, al final, esa melodía de Luna.

La que tocaba con la flauta construida por ella misma.

Era un ser mucho más digna del amor de Virginia que Luis.

Perdida en la melodía ignoró los golpes que se llevó Ezequiel cuando fue derribado por Luis finalmente. Éste descargó toda la maldad de su corazón, todos los celos que sentía sobre el marinero.

—¿Un cerdo marinero para Virginia? Jamás me quitará la mujer un hombre así.

Ezequiel se puso en pie, la rabia lo era todo en él. Tomó el cuchillo que le había entregado Germán, y de rodillas trazó con él un círculo sobre el que arrodilló hasta que el dorado de sus piernas estuvo completamente formado. Era un Dorado.

Lanzó el cuchillo contra Luis, mientras éste le lanzó el suyo, hiriéndole en el hombre.

La sangre brotó del cuerpo de Luis, su boca fue un valle rojo.

El amante despechado había muerto. Su cuerpo cayó a bocajarro, sobre el suelo.

Virginia de pronto sintió sobre su cuello una cuchilla, y vio como su sangre caía por su propio cuello, fina como una herida apenas punzante. Había sido como una caricia.

—El tiempo se nos acaba, Astén —dijo Delia.

Sus manos estaban deformadas con las escamas del mar, la piel que unía sus dedos eran lo que cortaba la piel de Virginia. Sus membranas se deslizaron como un abanico sobre ella.

Virginia cerró los ojos. Eran como una caricia.

Todo en aquellos seres del agua era tan endiabladamente seductor.

—Me llevaré lo que más amas, Astén —dijo ella —debes de saber a donde perteneces ahora. Mira tu potencial. Debemos de volver al agua juntos,

ellos nos esperan.

Ezequiel se puso en pie. Su tamaño de pie, era absolutamente hipnotizante.

Era un dios de oro para Delia y Germán, era ese magnífico ser humano mitad estatua de oro, mitad de hombre del que la mitología jamás se había atrevido a hablar.

—Dame a la mujer —dijo él —o no dejaré que viváis

Su voz ahora ya no sonaba como la voz de Ezequiel, ni como la de Astén, el tritón perdido. Sino como la de un ser extraño, ajeno.

Era grave, parecía que no brotaba de su garganta sino de su cuerpo dorado.

—Dadme a la mujer, o mi canción os destruirá —dijo él comenzando una especie de murmullo que a todos les hizo taparse los oídos, menos a Virginia.

Su sonido era imperceptible para ella.

—¡Astén, por favor! ¡Para!

Los tímpanos de Germán creyeron que explotaría.

—¡Dadme a la mujer!

Delia entonces apartó su mano de sirena sobre el cuello de Virginia quien cayó antes de llegar hasta Ezequiel gritando de horror al ver a su novio perdido en ese charco de sangre.

—Sigue cantando, pequeño —dijo una figura conocida en la puerta.

La figura de Ruth cayó, temblando, transformada en una especie de sombra. Las aletas negras buscaban algo que no había.

—Ve a la fuente, niña, te mantendrá fría mientras te devolvemos a tus hermanas —dijo Raquel

—Virginia ven —dijo Ezequiel cogiéndola.

—No sabes lo que haces —dijo Germán a sus espaldas. Había estado sentado todo este momento —lo que has hecho.

Le desafió abiertamente.

Sería una pelea a cuchillo.

Ezequiel había tenido muchas. Pero su canto no se acalló.

—Canta para él —dijo en la puerta Raquel —como él cantó para mi madre, muerta por su culpa.

Ezequiel siguió entonces cantando. La misma melodía que Luna, la misma.

Por su melodía pudo Ruth sobrevivir. En la piscina se lanzó boca arriba. Su cola negra recibió el agua salada, y respiró profundamente, inhalando la sal, buscando alivio en cierta medida.

Raquel se sentó junto a Delia. Delia lucía como un charco de sangre cayendo por sus oídos.

Al ver a su hermana chilló.

Era con su voz de sirena. Fue un chillido horrible, monstruoso.

—¡Tú! —dijo ella subiendo las manos hasta Raquel, intentando arañar su rostro. Ese rostro de caramelo que le había quitado todo.

—Cállate —le dijo sonriendo Raquel. Su cayado hundido en su garganta escamosa.

—Escuchemos la canción —dijo ésta

El murmullo del Hombre Triste del Puerto se transformó en una llamada.

Numerosas personas de cabello oscuro fueron congregadas en la casa, oían por la carretera nevada el cantar.

El cantar de un nuevo líder. El ocaso de otro.

Los dos hombres seguían luchando.

Ezequiel de rodillas le clavó el puñal en una pierna, luego en su espalda.

Germán lanzó un grito de socorro.

De pronto la casa se llenó de personas, pero todas miraban, ninguna decía nada.

Germán le clavó en un movimiento certero el cuchillo en el corazón a Ezequiel. Pero su corazón no era de hombre, sino de oro. Como su medio cuerpo.

Así era su biología, así era el desconocimiento.

Por eso el cuchillo cayó a sus pies, de modo que su muerte fue lenta.

Ezequiel le dio la vuelta y le retuvo de modo que él tritón le golpeó, le empujó, le intentó reventar los brazos inútilmente porque no pudo, hasta que con los tímpanos rotos y la sangre de su pierna corriendo verde y serena se desinfló, sus aletas se formaron completamente, como sus labios desaparecieron, y su voz chillona llamó a alguien que Ezequiel no entendió.

—Eras uno de nosotros —dijo él —pero sí que has escogido.

—Sí, lo siento —dijo Ezequiel —pero no te mereces menos.

Así cayó al suelo.

Así perdió la vida.

Virginia estaba a punto de desvanecerse, pero Ezequiel la cogió a tiempo.

—Bien hecho, bien escogido —dijo Raquel

—Raquel —dijo a sus pies Delia —por favor...

Pero Raquel no la escuchó.

—Hermana... —dijo cogiendo sus faldas —has de saber algo.

—¿Qué? —dijo Raquel —¿Qué lo sientes? ¿Qué te perdona o te ayuda?

Raquel sonrió.

—Ya no me engañarás —dijo ella —nunca jamás. Tú arruinaste mi vida. Y aún ahora lo intentarás.

—Ven conmigo —dijo ella mirándola

Había algo que se había formado alrededor de Raquel.

Un abrazo de amor, un abrazo de sirena.

—Oh

La anciana gritó, pero todo resultó distinto.

Algo tiró de ella hacia atrás, mientras los habitantes oscuros de la casa que sentados habían observado aquellos trágicos eventos se lanzaron como tigres sobre Delia.

Por fin.

Ya podían acabar con la Sal de la última agitadora, por fin serían libres de la guerra a la que las viejas sirenas les obligaban a las más jóvenes contra los humanos.

Virginia se abrazó a Ezequiel, quien pudo por fin escapar a su forma dorada, paso tras paso, como si fuera un bebé.

Tomó a Virginia entre sus brazos, y la sacó de allí, al igual que tomó del brazo a Raquel, quien contempló la dantesca escena de la muerte de su hermana con lágrimas en los ojos.

—Podía haber sido diferente —dijo ella mirando a la casa.

—Espera, no podemos dejar a Luis ahí dentro —dijo Virginia, con su mano presionando el trapo que le había dado Ezequiel.

—No te preocupes, te prometo que todo saldrá bien —dijo él —tu aprieta ahí.

La dejó en la parte de atrás de su coche rojo.

Luego fue a la fuente, y observó al yacente sirena. La cogió por el cuello y ella emitió un grito de horror. Los demás seres fueron en su ayuda, pero al ver al Dorado sujetándola todos con las fauces chorreando sangre se

limpiaron como mejor pudieron.

—Os ofrezco la paz a cambio de su vida —dijo él, sus piernas dos piernas doradas, bajo las que sus vaqueros parecieron perderse —¿qué me decís?

—Nos iremos a nuestra casa, nada malo queremos con los humanos, ni tampoco de bueno —dijo el primero de ellos —vinimos hacia aquí a ayudarte a ti, nuestro nuevo guía, no soportando la tiranía de las viejas sirenas.

—Entonces vuestro camino es claro —dijo Ezequiel dejando a Ruth sobre el suelo, mirándola —debéis cazar a aquellas sirenas que siguen el antiguo código de traer la ruina sobre el hombre y derrocarlas —dijo él —y a mí jamás me buscaréis más, pues al mar jamás me haré de nuevo tras esto. Yo escojo ser un hombre. Escoged vosotros sed lo que sois, pero libres de toda guerra, de todo yugo.

El hombre más joven asintió.

Sus ojos verdes señalaron el camino hacia el mar. Todos le siguieron. Dios, eran como un puñado de sombras, como si las primeras luces de la noche ya resplandecieran, pero al mismo tiempo transmitían paz, calma. No guerra como Delia y Germán.

Eran nereidos, pero también eran sirenas y tritones, eran pacíficos. Tenían un hogar y un futuro unidos.

El hombre no tenía nada que ver. Y ellos lo sabían y lo sentían así.

La dictadura sobre lo que debían o no hacer estaba en ellos el terminarla.

Todos juntos se alejaron, uno tras otro.

Dentro de la casa, un reguero de sangre sin color alguno se mezclaba, y de todo ello la sustancia verde que resultó peinó el lugar de fantasmas, pues Ezequiel supo que del agua salada ya nada más podía salir en aquel lugar que no fuese muerte y ruina.

Por eso cogió varios de los bidones de gasolina que había junto a la puerta del garaje e impregnó toda la casa, desde arriba hasta abajo, por adentro y afuera de gasolina.

Todo lo que unía a esa casa fue desapareciendo. Las criaturas del agua se llevaron a Ruth y se alejaron hasta el gran acantilado, desde el que como gaviotas se lanzaron al mar en marcha desigual, al mismo tiempo que la casa de Delia era quemada por dos mismas cerillas de encender su pipa.

—No, quiero verlo —dijo Raquel —necesito estar aquí.

—Está bien, lo entiendo, pero no olvides llamar a los bomberos.

Le dejó el teléfono de Virginia, ya nada podía importar.

Ezequiel se subió al coche y se marchó de allí, dejando tras él todo un reguero de llamas, quemando un pasado que nunca había conocido ni había querido.

Nadie jamás los encontró.

Ni la familia, ni los amigos, ni seres de fábula, ni marineros, ni caminantes de tierra. Ni siquiera sus más allegados.

Mientras que en los ojos de la vieja Raquel aquellas llamas que hicieron venir a los bomberos en pleno invierno, se reflejó el pasado de una maldición que ya se había roto, cálida e hipnotizante como aquel fuego que abrasaba su corazón.